

BIBLIOTECA  
DE  
**MI ABUELO.**

---

Obra utilísima para la instrucción de los niños,  
en Religión, Moral, Educación, Historia,  
Geografía, Viages, etc., etc.

BAJO LA DIRECCION  
DE  
**D. LORENZO ELÍZAGA.**

---

*J. M. Aguilar y Ortiz, editor.*

---

MEJICO.

---

IMPRESA DEL EDITOR,  
Primera calle de Santo Domingo núm. 5.  
1864.

**LOS BUEYES EN QUERRELLA.**  
**EL CIEGO Y EL COJO.**  
**AVENTURAS**  
**DE MAURICIO.**  
**VIAJE AL POLO DEL NORTE.**  
**LA TIA LEONARDA.**  
**LA ESCUELA MILITAR.**  
**UN BENEFICIO NO SE PIERDE JAMAS.**

---

**ENERO.**

A LOS SEÑORES PADRES DE FAMILIA

Y PROFESORES DE ENSEÑANZA PÚBLICA.

*Homenaje de respetuosa  
simpatía.*

*El Editor.*

## INDICE.

Plan de la obra.....	V
Introduccion.....	I
Fábula.....	3
Los bueyes en querella.....	5
Cuento.....	7
Historia.....	8
El ciego y el Cojo.....	9
Las aventuras de Mauricio.....	15
Imprudencia de un buen padre.....	id.
Quilómetros, metros, varas, leguas.....	16
Dificultades imprevistas.....	21
Un tirano de aldea.....	22
Una resolucion arriesgada.....	26
Exhalaciones.....	28
Aereolitos y volcanes en la luna.....	33

## INDICE.

El primer albergue.....	36
El almuerzo.....	39
Escrúpulos.....	42
Nuevas alarmas.....	46
Las buenas mocitas.....	48
Soledad.....	53
Una buena accion.....	55
La sopa de berza y los buenos consejos. .	59
Un pordiosero.....	63
Haz bien y no mires á quien.....	68
Mauricio hizo una mala amistad.....	72
Humillacion.....	76
Sospechas demasiado fundadas.....	77
Poder de un buen recuerdo.....	76
El bondadoso alcalde.....	83
Dragon.....	87
El calderero ambulante.....	90
La inocencia afligida.....	94
La caza de los rateros.....	100
Fatal encuentro.....	103
Una falta grave.....	106
Unos muchachos que no van á la escuela.	112
La posada.....	115
Nueva aficcion.....	123
El buen proceder.....	126

INDICE.

El mensajero de aldea.....	131
¿En dónde dormirá esta vez?.....	134
Nuevas aventuras.....	139
Teodoro.....	142
El castillo de Varanes.....	146
Mauricio á caballo.....	152
Mauricio encuentra á su padre.....	158
Reflexiones morales del abuelo.....	164
Francos, sueldos, doblones.....	167
Continúan las reflexiones morales.....	168
Un viaje al Polo del Norte.....	173
Derrotero de Inglaterra á las islas de Spitz- berg.....	175
Esplicacion de la aurora boreal.....	192
Aurora boreal en Méjico.....	193
Destruccion de Sodoma y Gomorra.....	196
Asesinato de Dongo; causa y suplicio de sus asesinos.....	197
Polos de la tierra; equinoccio; ecuador; hemisferios; grados; latitudes ó parale- las; trópico de cáncer; por qué los dias son mas largos que las noches, y por qué en seis meses no se pone el sol en los polos.....	216
Arco-iris.....	220

**INDICE.**

Rengíferos.....	222
Foca ó becerro marino.....	223
Propiedades del calor y del frío.....	225
El imán; sus propiedades; origen de su descubrimiento; sepulcro de Mahoma; se desvanece un error popular.....	227
La tia Leonarda.....	231
Los cuatro huérfanos.....	id.
El niño, el pan y el perro.....	237
La escuela militar, drama en un acto....	242
Un beneficio no se pierde jamás.....	273
El mes de enero.....	285
Reflexiones y conclusion del mes.....	288

**PLANILLA**

**PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS.**

El almuerzo . . . . .	50
La posada . . . . .	121
La tia Leonarda. . . . .	239
Un beneficio , . . . .	277



BIBLIOTECA  
DE  
**MI ABUELO.**

— —  
PLAN DE LA OBRA.  
— —

Son muchos los libros que se han escrito para los niños, pero en su mayor parte de poco interés y utilidad, y aun algunas veces de una inconveniencia notable para las tiernas imaginaciones à que están dedicados. Para remediar tan grave falta, y animados del deseo de contribuir en cuanto nos sea posible à la buena educacion de los niños, que es, en nuestro concepto, el principio y la base de la sociedad, nos hemos determinado à hacer esta publicacion, que creemos merecerà la aprobacion de los padres de familia y de los profesores de enseñanza pública. En ella nos hemos propuesto reunir cuanto pueda servir de encanto à la juventud, à la vez que lo mas propio para el cultivo de su entendimiento; y mas que todo, lo que nos ha parecido mas à propósito para formar su corazon.

## VI

Es casi imposible imaginar un campo mas vasto que el que se estiende á nuestra vista. Nuestro plan abraza, como dejamos indicado, todo lo que se ha escrito de mejor sobre religion, moral, historia, viajes, ciencias, artes, y cuanto hemos creído ser de alguna utilidad y recreo á nuestros jóvenes lectores.

El método que hemos adoptado no es nuevo á la verdad; pero es el mas sencillo, y por consiguiente el mas propio para que se graben en la temprana mente de los niños, los ejemplos de la mas pura moral, los descubrimientos de las ciencias, la situacion y costumbres de los diversos países del mundo, los principales hechos de la historia. Hemos imaginado un hombre inteligente, de edad y de esperiencia, pero pobre, á quien están encomendadas la educacion y la subsistencia de sus nietos, muy niños aun y ya huérfanos de padre y madre. El abuelo comprende que no les puede durar mucho tiempo y que muy pronto les faltará ese único apoyo que, despues de Dios, tienen en la tierra. No posee ningunos bienes de fortuna que dejarles á su muerte, pero es dueño de otro tesoro inapreciable que les puede legar para hacerlos útiles á si mismos y á la sociedad: su instruccion y sus virtudes. Los reúne todas las noches en derredor de una mesa, y

## VII

leyendo algunas veces en un libro de su biblioteca, y otras explicándoles lo que les ha leído, repitiéndoles las lecciones que le ha dado la experiencia, ó contestando á las preguntas que no dejan de hacerle con frecuencia sus nietos sobre lo que no han comprendido muy bien, los instruye divirtiéndolos, como un guia práctico los conduce por el primer sendero de la vida, los preserva de los peligros que rodean la adolescencia, y va formando de ellos insensiblemente y sin que el fastidio tome parte en su enseñanza, unos jóvenes virtuosos, instruidos y apreciables.

Nos ha parecido oportuno, por consiguiente, llamar á esta publicación la BIBLIOTECA DE MI ABUELO. Nada, ó muy poco se encontrará en ella de nuestro propio caudal, pues hemos querido mejor coleccionar las producciones mas notables de los autores que han escrito para la juventud, no anhelando otra cosa que el verdadero bien de nuestros pequeños conciudadanos, y deseosos de asegurar así el logro de nuestras aspiraciones.

— —  
CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra se publicará los miércoles y sábados de cada semana, por entregas del tamaño y clase de este prospecto, de veinticuatro páginas de im-

## III V

presion y una estampa perfectamente litografiada, como la que ahora acompañamos, ó de cuarenta páginas las que no lleven estampa. El precio de cada entrega será MEDIO REAL, pagadero en el acto de recibirla.

Las personas que quieran adelantar su suscripción, solo pagarán TRES REALES por todas las entregas que correspondan á un mes, y que contendrán cerca de trescientas páginas, con cuatro estampas litografiadas, las que recibirán en un tomito elegantemente encuadernado á la rústica y con su forro de papel vitela de color, si esperan el fin del mes, y si nó recibirán sus entregas semanariamente.

Cada tomo, que comprende un mes, formará una obra independiente, de manera que las personas que tomen uno de ellos no están obligadas á tomar los demás.

Se recomienda á los señores suscritores conserven en su poder este prospecto, que servirá de prólogo á la publicacion y que debe encuadernarse con las entregas.

Las suscripciones se reciben en la imprenta y librería del editor, primera calle de Santo Domingo número 5. La primera entrega saldrá á luz el dia 2 de Enero de 1864.

J. M. AGUILAR Y ORTIZ.

---

**INTRODUCCION.**

---

**FABULA, CUENTO, HISTORIA.**

**C**AL' anochecer de un dia de invierno, y en un aposento modestamente amueblado, se hallaba un anciano como de sesenta años de edad, sentado ante una pobre mesa de madera pintada, y leyendo atentamente en un libro encuadernado en pergamino, cuando repentinamente se abrió con estrépito una de las puertas del cuarto y entraron por ella cuatro niños que se precipitaron en los brazos del anciano, cuyas manos se disputaban para besarlas con respeto y cariño, mientras él, que habia ya dejado su lectura, correspondia con dulces caricias á las

tiernas efusiones del amor de aquellas encantadoras criaturas. Eran sus nietos, hijos de una hija única y querida, y á la que habia tenido el sentimiento de ver morir cási en la flor de su edad y cuando acababa de dar á luz á Juan, el menor de aquellos cuatro niños, que contaba apénas seis años. El mayor, Luis, no llegaba aún á los diez, y las dos niñas que le seguian, Angela y María, tenian ocho la primera y siete la segunda. Su padre, que habia sido un honrado comerciante, aunque sin fortuna, siguió á muy poco tiempo á su adorada esposa, sin poderles dejar á sus hijos mas que un nombre sin mancha, y llevando al sepulcro el dolor de dejarlos en el mundo, en una edad tan tierna y sin otro apoyo que la Providencia en el cielo, y un pobre anciano, débil y enfermo en la tierra. Este se habia hecho cargo de los huerfanitos, en quienes concentraba todas sus afecciones, y ellos, que se puede decir no habian tenido tiempo de conocer á sus padres, le amaban con toda la fuerza de sus corazones de niños.

La tarde de que venimos hablando, el abuelo, despues de haber abrazado á sus nietos, les dijo con un tono afectuoso:

## INTRODUCCION.



*El abuelo.*—Y bien, hijos míos, ¿habeis sido hoy buenos en la escuela?

*Todos.*—Sí, papá, no hemos hecho nada malo, y ya ve usted como ninguno de nosotros se quedó arrestado.

*El abuelo.*—Bueno; en ese caso teneis derecho á que os cuente la fábula que os prometí esta mañana, cuando salimos á hacer nuestro ejercicio. ¿Te acuerdas con qué motivo os la ofrecí, Luis?

*Luis.*—Sí, papá; mientras dos muchachos estaban riñendo, vino un perro y se comió un pedazo de carne que llevaba uno de ellos en la mano, y el otro no le quiso ayudar á quitársela.

*Angela.*—Y entonces nos dijo usted que habia hecho muy mal, y que todos debiamos ayudarnos mutuamente si no queriamos que nos sucediera lo que á los bueyes de la fábula.

*María.*—Y tambien nos prometió mi papá que si hoy éramos buenos, esta noche nos contaria lo que les habia sucedido á esos bueyes.

*El abuelo.*—Sí, hijos míos; pero es preciso ántes que os diga qué cosa es una fábula. Cuando se quiere instruir, jugando, á los niños y aun

á los hombres, se les dice que en tal ocasion, tales ó cuales animales han obrado de tal ó cual manera. No para hacerles creer que así haya efectivamente sucedido, porque las mas veces son cosas que todo el mundo sabe muy bien que los animales no pueden hacer, sino solamente para enseñarles lo que es bueno ó malo, y cuáles son ordinariamente las consecuencias de tal ó cual accion.

*Angela.*—Me parece muy bien pensado.

*El abuelo.*—A fin de hacer la instruccion mas clara, y la leccion mas patente, se tiene cuidado de arreglar su narracion de modo que suceda justamente á los animales lo que les sucederia á los niños ó á los hombres, si obrasen de la misma manera que se ha hecho obrar á los animales, y á esta relacion se le llama fábula. ¿Habeis comprendido bien, hijos mios?

*Todos.*—Sí, papá.

*El abuelo.*—Pues bien, para hacer ver á los hombres la ventaja que encontrarán los mas débiles en unirse estrechamente contra los que son mas fuertes, esta es la fábula que se ha imaginado.

LOS

**BUEYES EN QUERRELLA.**

(FABULA.)

En un país poblado de béstias feroces, habia muchos bueyes que pacían tranquilamente; luego que veian á alguna de aquellas béstias rondar para sorprenderlos, se colocaban en círculo con la cabeza para afuera, amenazando al enemigo con sus cuernos agudos.

Mientras supieron mantener esta buena inteligencia, vivieron numerosos y tranquilos; pero al fin, por una bagatela, llegaron á tener una

disputa séria y acabaron por irse cada uno por su lado.

No tardaron en sentir las consecuencias funestas de esta division. Cuando aparecia una béstia feroz, ya no corrian á colocarse uno al lado de otro; el que primero era atacado se veia abandonado, y muchos fueron devorados.

Este ejemplo no hizo mejores á los otros; su querella, al contrario, era cada dia mas viva que nunca. El enemigo, aprovechándose de su debilidad, los degolló á todos, de suerte que no quedó uno solo para contar ese funesto acontecimiento á sus descendientes.

Bien comprendéis, hijos míos, que semejante acontecimiento no se ha verificado.

*Juan.*—¡Oh! sí, papá, ya lo creo.

*El abuelo.*—¿Y por qué lo crees?

*Juan.*—Porque los bueyes son incapaces de hablar, de buscarse querella y de decirse injurias.

*El abuelo.*—Muy bien; hay, sin embargo, algo de verdad en mi relacion. En primer lugar, hay béstias feroces que atacan á los bueyes para devorarlos.

En segundo lugar, es cierto que colocándo-

## EN QUERELLA.

7

se los bueyes en círculo con los cuernos para afuera, pueden defenderse muy bien. En fin, también es cierto que si no se defienden mutuamente de esta manera ó de otra, no están en estado de resistir á las béstias feroces que los atacan separadamente. Pero, como tú mismo lo has observado muy bien, lo que no es cierto es que los bueyes puedan decirse injurias. Se ha podido ver eso entre los hombres, pero jamás entre los animales.

*Angela.*—¿Y podría sucederles á los hombres lo mismo que á los bueyes, papá?

*El abuelo.*—Sí, les sucedería lo mismo si rehusasen ayudarse unos á otros para resistir á los que quieran atacarlos. El ejemplo de los bueyes está, pues, bien imaginado para dar esa lección. Así es como se ha hecho servir á la instrucción de los hombres esta especie de narración que se llama fábula.

*Luis.*—¡Pues qué! ¿hay muchas especies de estas narraciones?

*El abuelo.*—Sí, se distinguen tres: la fábula, en que se cuenta lo que se sabe muy bien que nunca ha sucedido ni podía siquiera suceder; el cuento ó la historieta, en que se cuenta

lo que en efecto ha podido suceder muy naturalmente; en fin, la historia, en que se cuenta lo que se sabe haber sucedido verdaderamente de la manera que se ha escrito.

*Juan.*—Pero, papá, ¿contar lo que se sabe muy bien que nunca ha sucedido, y que ni podía siquiera suceder, no es decir una mentira?

*El abuelo.*—No, cuando se ha advertido de antemano que es una fábula ó un cuento. Voy á deciros ahora un cuento, pero con la condicion de que vosotros solos tratareis de descubrir en él lo que le distingue de una fábula ó de una historia.

---

# CIEGO Y EL COJO.

(CUENTO.)

Un pobre hombre que habia perdido la vista hacia muchos años, iba una tarde por el camino real, á tientas con un baston. ¡Qué desgraciado soy, esclamaba, por haberme visto obligado á dejar á mi pobre perrito enfermo en la casa! He creido poder pasarme hoy sin ese guia fiel, para ir á la próxima aldea. ¡Ah! comprendo mejor que nunca cuánto le necesito. Ya se acerca la noche; no es porque yo vea mejor durante el dia, pero al menos podia encontrar á cada instante á alguno en mi camino, para decirme si iba yo bien, en vez de que ahora debo temer no encontrar ya á nadie. No llegaré hoy á la ciudad, y mi pobre perrito me espera para cenar. ¡Ah! ¡cómo va á sentir no verme!

Apenas habia dicho estas palabras cuando oyó que alguno se quejaba muy cerca de él.

—Qué desgraciado soy, decía, acabo de meter el pié en este agujero; me es imposible apoyarle en tierra. Será preciso que pase yo toda la noche en el camino. ¿Qué van á pensar mis pobres padres?

—¿Quién sois, exclamó el ciego, vos á quien oigo exhalar quejas tan tristes?

—¡Ah! respondió el cojo, soy un pobre jóven á quien acaba de suceder un cruel accidente. Venia solo de nuestra casa de campo; me he descompuesto el pié y ahí me teneis condenado á acostarme en el lodo.

*El ciego.*—Os aseguro que lo siento; pero, decidme, ¿hay todavía algun resto de luz y podeis ver por el camino?

*El cojo.*—¡Ah! si yo pudiese andar tan bien como veo, muy pronto habria sacado de inquietud á mis queridos padres.

*El ciego.*—¡Ah! si yo pudiese ver tan bien como ando, muy pronto habria dado de cenar á mi perro.

*El cojo.*—¿No veis acaso, mi querido amigo?

*El ciego.*—¡Ah! no; soy ciego como vos sois cojo. ¡Pues estamos bien los dos! yo no puedo avanzar mas que vos.

## Y EL CIEGO.

11

*El cojo.*—¡Con qué placer me habría encargado de conducirlos!

*El ciego.*—¡Cómo me habría apresurado á ir á buscaros hombres con una camilla!

*El cojo.*—Escuchad, me ocurre una idea. No depende mas que de vos que salgamos del mal paso.

*El ciego.*—¿No depende mas que de mí? Veamos, ¿cuál es vuestra idea? me suscribo á ella de antemano.

*El cojo.*—Os faltan á vos los ojos, á mí las piernas. Prestadme vuestras piernas, yo os prestaré mis ojos, y venceremos así la dificultad.

*El ciego.*—¿Y cómo arreglais eso?

*El cojo.*—Yo no soy muy pesado, y vos me pareceis tener muy buenos pulmones.

*El ciego.*—Son bastante buenos, gracias á Dios.

*El cojo.*—Pues bien, tomadme en vuestros hombros, vos me llevareis, y yo os enseñaré el camino; de esta manera tendríamos los dos todo lo que necesitamos para llegar á la ciudad.

*El ciego.*—¿Está lejos todavía?

*El cojo.*—No, no; la veo desde aquí.

*El ciego.*—¿La veis? ¡ay! hace diez años

que yo no la he visto; pero no perdamos un momento; vuestra invencion me parece muy buena. ¿Adónde estais? esperad, voy á arro-  
dillarme como un camello, vos trepareis mas fá-  
cilmente á mis hombros.

*El cojo.*—Poneos un poco á la derecha.

*El ciego.*—Está bien así?

*El cojo.*—Todavía un poco mas. Bueno. Voy á pasar mi brazo en derredor de vuestro cuello. Ahora podeis levantaros.

*El ciego.*—Ya estoy en pié. No pesais mas que un gorrion.

Inmediatamente se pusieron en camino; y como tenian en comun dos buenas piernas y dos buenos ojos, llegaron en ménos de un cuar-  
to de hora á las puertas de la ciudad. El ciego llevó despues al cojo á casa de sus padres, y éstos, despues de haberle manifestado su re-  
conocimiento, le hicieron conducir al lado de su perrito.

Así es como prestándose un mútuo servicio, esos dos pobres enfermos llegaron á salir del paso: de otra manera se habrian visto obligados á pasar toda la noche en el camino real. Su-  
cede lo mismo con todos los hombres, mis que-

ridos hijos, el uno tiene comunmente lo que le falta al otro, y lo que éste no puede hacer, aquel lo hace. Así es que ayudándose recíprocamente, no carecen de nada, en vez de que si rehusan ayudarse entre sí, acaban por sufrir igualmente los unos y los otros.

Volvamos al empeño que tomásteis cuando os hice esta narracion de tratar de descubrir lo que la distingue de la que os hice sobre la querrela de los bueyes.

*Luis.*--No es difícil, papá. La querrela de los bueyes no ha podido suceder nunca de la manera que la ha contado usted, en vez de que la aventura del cojo y del ciego habria podido suceder esactamente en todos sus puntos.

*El abuelo.*--Has notado muy bien la diferencia. Esta última narracion no es una fábula, porque no tiene nada de imposible, y sin embargo, no es una historia porque ignoro si el acontecimiento ha sucedido realmente.

*Angela.*--Sí, papá, ese no es mas que un cuento ó una historieta.

*El abuelo.*--Si al pasar por el camino hubiese yo oido al ciego y al cojo hablar de la manera que os he dicho, si los hubiese encontrado el

uno en los hombros del otro, entónces mi narracion seria una historia, y os la daria como una cosa sucedida realmente, en vez de como una cosa que ha podido suceder. A fin de no engañar á nadie en las diversas narraciones, es preciso, para la historia, contar la cosa justamente como ha pasado, sin agregar nada; y es preciso dar la fábula y el cuento por lo que son en efecto, es decir, como invenciones útiles y agradables, y no como verdaderos acontecimientos. Pero ya es tarde, hijos míos, añadió interrumpiéndose el anciano, idos á acostar para que podais mañana levantaros á buena hora.

Aunque de muy buena gana habrian querido los niños prolongar mas la velada, acostumbrados á obedecer ciegamente y sin replicar á su abuelo, se arrodillaron para decir su oracion de la noche y abrazando luego al anciano se retiraron á sus departamentos para entregarse al sueño.

A la tarde siguiente volvió el abuelo á reunir á sus nietecitos, y tomando un libro de su biblioteca les leyó lo que sigue:

LAS AVENTURAS  
DE  
**MAURICIO.**

—  
ADVERTENCIA.

En obsequio de nuestros suscritores insertaremos en lo de adelante sin interrupcion ni divisiones los cuentos ó historias que refiera el abuelo, no haciendo hablar á éste y á sus nietos sino cuando los niños deban hacer alguna pregunta y el anciano dar una respuesta instructiva.

—  
I.

IMPRUDENCIA DE UN BUEN PADRE.

En una hermosa tarde del mes de setiembre, Dionisio Gerbin, maestro albañil, habiendo cogido de la mano á su hijo Mauricio, se fué con

éste á una colina, situada fuera de la aldea, desde donde se alcanzaba mucho con la vista. En efecto, de allí, como de muchos puntos de la Borgoña, se divisan las mas altas cimas de los Alpes, al ponerse el sol en medio de un cielo despejado. Luego que llegaron al lugar mas claro, dijo el padre al hijo:

--¿Ves á lo léljos una punta colorada que brilla como una llama? Si miras por entre las ramas del nuevo guindo, verás bien el objeto de que te hablo.

--Le veo, exclamó el muchacho gozoso. ¿Qué cosa es? ¿el Monte Blanco? ¿la montaña mas alta del mundo?

--No de todo el mundo, sino de Europa, segun se dice. Muy léjos está de nosotros, pues dista ciento cincuenta quilómetros, distancia cuyo efecto no ignoras. La punta de nuestro campanario es como la de unas tigas mirándola desde la orilla del rio; una estrella viene á ser un punto en el cielo, aunque es mayor que la tierra.

*Luis* (interrumpiendo).-- Papá, díganos usted qué son quilómetros.

*El abuelo*.-- Es una medida de longitud que

equivale á mil metros; así es que ciento cincuenta quilómetros son ciento cincuenta mil metros; y como cada cien metros vienen á ser ciento diez y nueve varas y tercia, si multiplicas esta cantidad por los ciento cincuenta mil metros, como ves que lo hago yo en esta pizarra, dividiéndola luego por cien, te dará por resultado ciento setenta y ocho mil novecientas noventa y cinco varas.

*Luis.*—¿Y cuántas leguas vienen á ser esa cantidad de varas?

*El abuelo.*—Cada legua se compone de cinco mil varas; de consiguiente, si divides la cantidad de varas que nos resultan de nuestra multiplicacion, por las cinco mil que contiene cada legua, hallarás que los ciento cincuenta quilómetros son iguales á treienta y cinco leguas, más cuatro quintas partes de legua; es decir, muy cerca de treinta y seis leguas.

*Juan.*—Papá ¿y como qué trecho harán esas treinta y seis leguas?

*El abuelo.*—Treinta y seis veces la distancia que hay de aquí á la villa de nuestra Señora de Guadalupe.

--¡Qué léjos! dijeron los niños á una voz; y

el abuelo continuó su interrumpida lectura de esta manera:

--¡Ciento cincuenta quilómetros! dijo Mauricio, cuando á mi modo de ver no hay mas de tres de aquí á la hermosa campiña en la que has trabajado seis semanas en la última primavera.

—Pues bien, hijo mio, nos conviene animarnos, porque pienso salir para el país donde está aquella montaña. Nos separaremos uno de otro por mucho tiempo á causa de una obra urgente que tengo allí para seis meses, y me será bien pagada, consuelo que en algun modo aliviará mi pena de dejarte aquí. Deseo que te instruyas bien, para que un dia seas mas hábil que yo.

No habia acabado Gerbin de hablar así, cuando brotaron de los ojos las lágrimas al muchacho, que carecia de madre, hermanas y hermanos. Fuera de su padre, solo le quedaba una buena prima que vivia en la misma aldea, y albergaba á Mauricio cuando dormia fuera Gerbin. El bondadoso padre continuó hablando despues de un instante de silencio:

—Nuestra prima te hospedará en su casa,

## DE MAURICIO.

19

pues así estamos convenidos, cuidándote tanto mas cuanto que te encomendaré en un todo á ella.

Acompañó Gerbin esta nueva comunicacion de exhortaciones, que Mauricio escuchó en silencio, levantando la cabeza de cuando en cuando, y mirando á su padre sumiso y resignado.

—Cuando seas hombre, Mauricio, viviremos siempre juntos. Tengo muchas esperanzas de que un dia trabajaré á tus órdenes, luego que te hagamos un buen arquitecto. ¡Animo! tu maestro me ha dicho que adelantas en el dibujo. Para que sea completa tu educacion, voy adonde pueda ganar mas.

—¡Ah! dijo el triste Mauricio, me parece que no acertaré á hacer nada bueno léjos de tu vista.

Hablando así volvieron á casa.

Una infeliz vecina servia á Gerbin; pero no vivia en casa de éste, concretándose á los quehaceres que habia por la mañana y por la noche, para retirarse despues de concluidos. A la llegada hallaron la sopa cocida en su punto y se sentaron á la mesa frente á frente. Mau-

ricio comió con trabajo algunas cucharadas, y dió el resto á su perro.

—¡Pobre Dragon! le dijo, no sabes que quedamos solos y por largo tiempo.

—Cuidarás de él, Mauricio, y de su conducta. Por fortuna le ama tambien nuestra prima, y no le faltará que comer.

—Le cuidaré, sí, dijo el muchacho, pues no olvidaré que me ha defendido contra el gran bribon que queria maltratarme, porque le rehusaba la entrada en nuestra casa.

Estremecido el padre por tan doloroso recuerdo, dijo sin aparentar su emocion:

—No os sucederá ninguna cosa igual, amigo mio, y Dragon no se verá en precision de mostrar su valor.

Dionisio Gerbin, despues de disponer sus cosas y de recomendar tiernamente su hijo á su buena prima, marchó el dia siguiente ántes de amanecer, sin despertar á Mauricio, á fin de evitar la escena de despedida. Habiéndole seguido un poco el vigilante Dragon, volvió dócilmente luego que vió que así lo queria su amo. Gerbin, satisfecho de haber precavido todo, caminaba con pena, pero sin inquietud.

## II.

## DIFICULTADES IMPREVISTAS.

No hubo novedad en los primeros seis días, porque estaba contenta la prima con el muchacho, que como persona afectuosa tenía el más cumplido placer en creerse necesaria á la dicha de otro, sobre todo, considerando la amabilidad y gratitud de Mauricio. Desgraciadamente sobrevino un accidente el más inesperado, aunque muy común. El sétimo día murió de repente la buena parienta que hasta entónces estuvo muy buena, pues cayó en la cocina sobre una silla, mientras aderezaba el almuerzo. No dió un grito, ni hizo otra demostracion. El muchacho, levantándose de la cama algo despues que ella, al percibirla pálida y con la cabeza vuelta, creyó que se hallaba mala, y dando gritos acudieron los vecinos, quienes desde luego supusieron lo mismo que Mauricio; pero la comadrona que hacia tambien veces de enfermera en la aldea, llegó, tomó el pulso de la infeliz, y declaró luego que ya no habia remedio, pues estaba muerta.

Mauricio la lloró muy de corazón, y no tardó en conocer cuánto perdió. Recogióle un vecino por su propio motu, impidiéndole la elección de su albergue. Nadie le contradijo, porque era un hombre que por su fiereza y altivez era temido de todos en el pueblo. A algunos bienes de fortuna reunía mucha charla y un tono magistral, con que tenía á todos á raya por temor de encolerizarle; así es que le llamaban señor Bernardo y le dejaban sin réplica, por disparatado que fuese su modo de pensar. Con demasiada frecuencia sucede que el error y la vanidad; si se manifiestan en tono fuerte, se burlan de los débiles.

## III.

## UN TIRANO DE ALDEA.

En la presente ocasión Bernardo, al acoger al muchacho Mauricio bajo su tutela, ejerció muy á gusto un acto de autoridad que en todo caso no le impondría á su juicio una gran carga, puesto que presumía que Gerbin volvería el día primero según su costumbre. Luego que supo por el chico que duraría seis meses

## DE MAURICIO.

23

la ausencia del padre, tuvo pesar del pasado.

--¿En dónde está tu padre? dijo á Mauricio, el cual, turbado por la pregunta, no supo responder categóricamente á ella. Gerbin, llevado de su hábito dijo solo á la buena prima el nombre del lugar adonde se dirigia, pues no le ocurrió que ella podia morirse y llevar su secreto. Nuevamente le apuró á Mauricio con preguntas; pero no pudo decir mas, que su padre habia ido á la tierra del Monte-Blanco.

—¿Pues estamos adelantados! exclamó el vecino. La Saboya es estensa, y no es fácil dar con él. Si sus asuntos no fueran algo delicados, no tendríamos hoy que sobrellevar á su hijo; pero es un socarron que no merece nuestros miramientos, y á no tener compasion de su infeliz hijo, dejaria á éste donde le he recogido.

Mudó de color el chico, en tanto que Bernardo hablaba en su presencia; pero como éste, segun se ha dicho, se hacia notar por su voz áspera y gesto amenazador, intimidado aquel, ahogó la réplica que le hubiera hecho, si hubie-

se escuchado solo su piedad filial y su honor heridos á la vez.

En la mañana siguiente hubo de sufrir nuevas reconvenciones, siendo motivo de ellas Dragon.

—Tu perro come como un lobo, decia Bernardo que era tan avaro como grosero, y á mi ver no es muy vigilante. Mira, Mauricio, no nos hace falta en casa este animal, y aunque te queremos alimentar, queremos descargarnos de él, ó mejor, quiero ahorrarte su cuidado. Perin, traeme la escopeta.

—No, no, señor Bernardo, exclamó Mauricio lloroso. Dejadme que parta con él lo que tengais la bondad de darme, pues os aseguro que mi padre lo agradecerá, y os pagará el gasto de Dragon lo mismo que el mio.

—¡Lo mismo! dijo el vecino que miró á su mujer levantando los hombros, demostracion cuyo sentido comprendió muy bien el muchacho. Vió, pues, que se creia que le alimentaban por caridad, y se lastimó al pensarlo así.

Por eso se levantó bruscamente de la mesa, seguido muy luego de Dragon, como si hubie-

se éste adivinado el postre con que intentaba regalarle su huésped, y se dirigieron los dos amigos hácia la colina, donde anunció el padre al hijo su malhadado designio. Hacia una tarde magnífica, y Mauricio, despues de situarse como la primera vez, vió de un modo claro por entre las ramas del guindo la bella montaña, en cuya contemplacion permaneci6 hasta el momento de ocultarse en medio de la sombra general.

—Por allá está, y no tardaré en llegar, decía Mauricio; ciertamente no sabe cómo estoy abandonado.

Al pensarlo así, el muchacho desfalleció y vino á caer sobre el césped.... Tendióse á su lado el perro, apoyando su gruesa cabeza sobre las rodillas de su tierno amo, y fijando en éste aquella mirada espresiva con que un buen perro sabe significar tanto.

—¿Qué tienes? ¿dónde está? ¿volverá pronto? Estoy enfadado de no verle. Tal era el lenguaje de Dragon, al que Mauricio correspondia con caricias.

Esclamó de repente:

—¿Seria posible que matasen á mi perro? En-

tónces se levantó temblando de cólera, y sin saber adónde dirigirse. Resolvióse en fin á pesar de todo á volver á casa del vecino. Pensaba que lo ocurrido era una tonta amenaza que no se realizaria nunca, y darian algo de comer á Dragon.

## IV.

## UNA RESOLUCION ARRIESGADA.

Retrocedia pues Mauricio, bien lentamente y con desconfianza, y habiendo llegado á una plaza desde donde se dominaba la casa de su vecino, fijó sus miradas en el patio al través de los ramajes, y vió con distincion al hombre con la escopeta en la mano, al parecer ocupado en cargarla. Detúvose horrorizado y conteniendo á Dragon por medio de su collar de cuero, empezó á huir á toda prisa, con firme propósito de no poner mas sus plantas en casa de Bernardo.

¿Dónde lograria sin embargo estar fuera de su alcance? Hubo un momento en que pensó refugiarse en casa del maestro, y lo hubiera

verificado á no reflexionar que éste era un hombre muy jóven, que por ser reciénvenido, tenia necesidad de protectores en el pueblo, y no podría á pesar de la mejor voluntad, sostenerle y defenderle contra el tirano que se hacia temer de todos.

Llegó Mauricio rodeando á la garita del camino real, donde todavía volvió á pensar qué es lo que habia de hacer; Dragon le miraba, diciéndole al parecer:

—¿Qué hacemos aquí?

De repente el camino por donde vió que se alejaba el amo, despertó en él un afectuoso recuerdo, lanzó un suspiro, tembló, y tomando la iniciativa á su vez, quiso arrastrar á Mauricio significando á su modo: ¡Vamos á buscarle! Comprendió bien el muchacho la intencion de Dragon.

—¡Ah! dijo pesaroso, si hubiese marchado ayer, te seguiria lleno de confianza, pues darías con él por su rastro, y pronto estaríamos todos juntos. Pero al cabo de ocho dias que marchó, infeliz amigo mio, en la primera encrucijada no sabrias qué hacer.

Miéntras razonaba así, reprimía el ardor de su buen compañero, volvía frecuentemente la cabeza hácia la aldea, y siempre con la imágen de la arma funesta delante de sus ojos no sabia qué hacer, cuando mirando hácia el lado adonde le impelia su corazon, vió correr una estrella en la misma direccion.

Habia oido decir que se cumplian infaliblemente todos los deseos que se formaban durante el paso de la claridad celestial....

*Angela* (interrumpiendo).—Yo tambien he visto correr las estrellas, pero no sabia que se le cumplia á uno lo que deseaba al verlas. ¿Es cierto eso, papá?

*El abuelo*.—Ni es cierto que corren las estrellas, ni mucho ménos que se cumpla el deseo que uno formule al verlas correr. Tambien se dice que este fenómeno es la señal cierta de la muerte de alguno; pero esta creencia no es menos errónea que las otras dos.

*Todos*.—Pero, papá, si nosotros las hemos visto correr.

*El abuelo*.—Habeis padecido un error, hijos mios, habeis visto una luz atravesar con rapidez la atmósfera y la habeis tomado por una

estrella sin que lo sea. Los sabios no han llegado aún á conocer bien la causa de esas rápidas luces. Las opiniones están divididas; unos dicen que es algun aire inflamable que se enciende muy cerca de nosotros y que una ilusion de nuestra vista hace referir á la region de las estrellas; otros pretenden que son piedras, cuerpos opacos que viajan en derredor del sol con una gran rapidez, que atraviesan algunas veces nuestra atmósfera, y que con frecuencia caen en la tierra. Porque habeis de saber, hijos mios, que caen piedras del cielo, y que caen muchas.

*Luis.*—Bueno, pero las piedras, usted mismo acaba de decir que son cuerpos opacos, y lo que nosotros hemos visto despide luz como una estrella.

*El abuelo.*—Me agrada tu objecion, hijo mio; pero debes de haber notado que el frotamiento calienta los cuerpos. Si bajas de lo alto del techo por medio de una cuerda que tengas entre las manos, dejándote resbalar por ella, te quemarás las manos. Los salvages encienden fuego frotando con velocidad el uno contra el otro dos trozos de madera bien se-

cos. Las piedras que están sembradas en el espacio se mueven con una estremada rapidez. Cuando entran en nuestra atmósfera, frotan de una manera tan viva contra el aire, que se calientan y en el momento se encienden. Sin embargo, esta explicación es admitida por algunos, pero para nadie es cierta.

*Luis.*—Entonces, ¿qué son esas luces que vemos correr y que nos parecen estrellas?

*El abuelo.*—Lo mas verosímil es que sean unas nubecitas imperceptibles, compuestas de ciertas materias que á fuerza de agitarse se encienden por sí mismas, y como este incendio no le causa esfuerzo alguno no se comunica el fuego á la vez á todas las nubes sino sucesivamente mostrándose á nuestra vista á la manera de un cohete; porque encendiéndose el fuego progresivamente, describe y sigue la línea de su situación.

*Luis.*—¿Y por qué creían antes que esas exhalaciones eran la señal cierta de la muerte de alguno?

*El abuelo.*—Hubo un tiempo en que se creía en los hechiceros, se creía que pretendidos sabios, que se llamaban *astrólogos*, podían

leer de antemano en el cielo los acontecimientos de la tierra. Cuando un príncipe nacía, el astrólogo del palacio miraba qué planeta estaba visible en el momento del nacimiento, y predecía su vida futura. Nuestro orgullo se complacía en ver nuestros destinos ligados á los cuerpos celestes, porque entónces el universo habria sido creado exclusivamente para nosotros, y nuestra pequeña tierra seria el centro en derredor del cual todos esos mundos circulaban para su gloria y su felicidad. La ciencia, la verdadera ciencia de la astronomía, ha visto en fin la tierra en su verdadero lugar. Nuestro globo no ha sido ya mas que un planeta ordinario, circulando en derredor del sol con otros planetas sus vecinos y sus hermanos; las estrellas han sido otros soles análogos al nuestro, y en derredor de los cuales otro planeta circula tal vez como nosotros circulamos en derredor de nuestro sol. Entonces, todas esas pretendidas relaciones, todas esas ligazones entre las estrellas y nosotros no han sido otra cosa que puras imaginaciones, sueños que engañan á las gentes crédulas y que divierten á los orgullosos. En los tiempos de ignorancia

y de superstición, puesto que se creía que cada hombre, y sobre todo, los príncipes y los grandes, tenían su estrella en el cielo, es natural creer que una estrella que caía y que se veía desaparecer, anunciaba la muerte de alguno.

*Luis.*—¿Y hay quien crea todavía en eso; papá?

*El abuelo.*—En los campos se cree todavía en muchos de estos cuentos absurdos: si un cometa aparece en el cielo, las almas débiles, y sobre todo las mujeres, creen que el fin del mundo se aproxima. Si se anuncia un eclipse de luna ó de sol, se espantan hasta perder la cabeza. Nosotros tendremos muchas veces ocasión de tratar de estos errores. ¡Ojalá me sea posible combatirlos de una manera victoriosa! Espero que estas lecciones recibidas á vuestra edad, os preservarán para el porvenir, y os impedirán creer ligeramente en mil cuentos que un espíritu razonable debe desechar, y aun podreis explicar algún día á los demás lo que yo os haya enseñado.

*Angela.*—Papá, ¿es cierto que caen piedras

del cielo, como nos dijo usted ántes? yo nunca he visto eso.

*El abuelo.*—Vosotros lo dudais, y en efecto, es una cosa que á todos nos parece muy extraordinaria. Sin embargo, es cierto: esas piedras que caen del cielo se llaman *aereolitos*. Este fenómeno ha sido conocido en todo tiempo. Los pueblos antiguos no lo ignoraban, y es raro que se pase un año sin que se citen nuevos ejemplos. De todas las piedras que caen, solo se encuentran algunas. Si caen en los continentes y en las islas, deben caer muchas en los mares, que presentan una estension de cerca de tres cuartas partes de la superficie del globo. Por consiguiente, se puede decir no solo que caen piedras del cielo, sino que caen siempre: es una lluvia de aereolitos. En el Japon caen con mucha frecuencia; y como caen con un ruido semejante al ruido del rayo, los japoneses las llaman las piedras del trueno.

*Luis.*—¿Y de dónde vienen esas piedras?

*El abuelo.*—No está resuelta la cuestion. Están compuestas de materias diferentes, que se encuentran aisladamente en nuestra tierra particularmente de hierro; pero no se encuen-

tra en la tierra la combinacion que presenta el aereolito. Algunos sábios creen que se forman en la atmósfera; otros piensan que existen en gran número en el espacio, que provienen de algun planeta que se haya roto; otros, en fin, creen que vienen de la luna. Esta opinion ha sido sostenida por un ilustre astrónomo francés llamado Laplace.

*Angela.*—¿De la luna! ¿y cómo puede ser eso?

*El abuelo.*—La luna está muy cerca de nosotros; á lo mas, á trescientos ochenta y dos mil quilómetros de la tierra, y la luna tiene volcanes. Un dia, durante un eclipse de sol, estando la luna colocada delante del sol é impidiendo que sus rayos llegasen hasta nosotros, se vió en ella una luz. Los astrónomos se espantaron mucho; creyeron que se le habia hecho una abertura á la luna, y que se veia el sol á través de ella. Temieron que la luna, de tal modo agujerada, hubiese experimentado una revolucion cuyas consecuencias le serian fatales. Felizmente, á pocos dias, se volvió á ver la misma luz en la luna, y esta vez el sol no estaba detrás porque no habia eclipse. Fué preciso

creer que esa luz era producida por el fuego de un volcan. Si se ve la luna con un buen antejo, se ven en ella grandes montañas, cuyas cimas se asemejan á aberturas ó cráteres de volcan. Si la luna tiene volcanes, lanzan llamas, lavas y piedras. Laplace ha calculado que esos volcanes lanzarian piedras bastante léjos para que se aproximasen á la tierra de modo que fuesen atraidas por ella y cayesen.

Callaron los niños, satisfechos sin duda de las respuestas del anciano, y éste continuó su interrumpida lectura del modo siguiente:

Habia oido decir que se cumplian infaliblemente todos los deseos que se formaban durante el paso de la claridad celestial; y aunque se hubiera reido de una creencia tan loca en cualquiera otra ocasion, sobre todo, estando al lado de su padre, no sucedió así en medio de su aficcion, de la ansiedad y del aislamiento que le rodeaban.

—¡Dios mio, vuélveme mi padre! exclamó á la vista del vestigio brillante, y sin reflexionar mas empezó á seguir á su perro alegre. Mauricio, despues de tan imprudente resolucion, iba en busca de su padre, huyendo de un

bárbaro huésped, y se decidía á salir de Francia á tientas, porque hasta entonces no habia salido nunca de su aldea.

En tanto que duró el crepúsculo caminó bien con el ardor que infunde el primer movimiento de esperanza. El cielo habia hecho una manifestacion que ciertamente no le seria engañosa. ¿Era posible fuga mas justa y mas prudente que la suya, dirigida á salvar á un amigo como Dragon? Su padre no podria ménos de aprobarla. El muchacho se figuraba su viaje como un pasatiempo. ¡Cuántas cosas iba á ver! En el fondo no sentia que el malvado vecino le hubiese dado margen para huir; pero como poco á poco se oscureció mas la noche, cambiaron progresivamente de color sus ideas. En fin, al entrar en un bosque, asaltaron al tierno viajero las mas tristes reflexiones.

## V.

## EL PRIMER ALBERGUE.

Tal vez habria vuelto, si no se viese tan avanzado y no dejase ya trás de sí inmensas soledades. Por otra parte, el internarse en los bos-

## DE MAURICIO.

37

ques le parecía peligroso, y habiendo por fin divisado á la orilla del camino una de aquellas casucas de barro que los camineros levantan para recogerse alguna vez, se albergó en ella por esa noche. Dragon fué á agazaparse al lado de su amo, quien se alegró mucho de su vecindad, porque le servia de abrigo.

Desde que entró en la guarida, perdió todo miedo; pero en cambio experimentó ganas de comer, porque desgraciadamente la ausencia de un mal trae casi siempre tras de sí otro mal. Acordóse Mauricio de haber oído á su prima tan melancólica reflexion, y no tuvo otro consuelo para cenar. Filosofando con la misma tristeza, parecia no obstante Dragon próximo á dormir, cuando levantó bruscamente la cabeza y empezó á refunfuñar.

Mauricio, receloso de alguna aventura, temió verse descubierto por su perro, y cogiendo vivamente á éste por la boca supo imponerle silencio con un golpecito en la espalda. ¡Cuántas veces tuvo por qué alegrarse en aquel momento de haberle acostumbrado á la obediencia! El perro, si bien pudo fácilmente burlarla, observó una disciplina tan exacta como un

buen soldado á la vista de su cabo, pues ni dió un soplido, ni mucho ménos se meneó á pesar de sentir al presente el mismo Mauricio el ruido que le habia despertado.

Avanzaban algunos hombres por la parte por donde él vino, hablando confusamente. Uno de éstos llevaba un farol con que alumbraba á uno y otro lado, á la manera que se suele hacer cuando se busca un objeto perdido. Pronto adivinó Mauricio lo que se intentaba. Andaban en busca suya, y no tardó en ver á la distancia de cincuenta pasos al terrible Bernardo en medio del grupo. ¡Justos cielos, todavía llevaba la escopeta! Además, sus gestos no indicaban buenas intenciones. Oyó el muchacho algunas palabras sueltas que se reducian á amenazas de muerte al perro y á injurias á él mismo. Así es que se detuvo quieto en su albergue, y el perro no fué ménos prudente que él. A pocos pasos de la casucha dijo uno de los que le buscaban:

—Hay á mano derecha unas pilas en el prado; ¿estaria dentro de ellas por ventura? porque no creo que se haya atrevido á penetrar en el bosque.

## DE MAURICIO.

39

Corrió, pues, la muchedumbre al prado, respiró Mauricio y se salvó Dragon. Habiendo reconocido una por una todas las pilas, lanzaron gritos llamando á Mauricio. En fin, viendo que se cansaban inútilmente, se fueron todos á otro lado sin recorrer otra vez el mismo camino como cosa supérflua. Cuando volvió todo al silencio y conoció Mauricio que su corazón palpitaba con mas pausa, soltó la boca de Dragon. En este estado, estrechándole entre sus brazos, le dijo lleno de ternura y de gozo:

—¡Perro mio, hoy te he salvado dos veces!

En el apuro se fueron las ganas de comer. Sin embargo, antes de entregarse al sueño, Mauricio, agitado de los sucesos del dia, juntó las manos, se arrodilló y pidió á Dios que velase por él.

## VI.

## EL ALMUERZO.

Despertóse á los primeros rayos del sol. Hacia buen tiempo, y las yerbas altas que cerraban hasta la mitad la entrada de la ca-

sucha, mantenian gotas de rocío que reflejaban los colores del arco-iris. Mauricio, gozoso de tan hermosa mañana, dió gracias al Criador por haberle librado tan cumplidamente, y saliendo luego á la ventana respiró el perfume del aire temprano, sensacion delicada que no le privó de otra menos agradable, cual fué la del hambre que sintió.

No bien salió de su covacha, miró á todos lados, y vió sobrados objetos de tentacion. El camino estaba guarnecido de manzanos, cuyas ramas, dobladas por el peso, le invitaban al parecer á coger las mas hermosas manzanas que vió en su vida. "Antes ayunar que robar," se dijo luego recordando un proverbio de su padre. Se hubiera creido indigno de verle nuevamente si hubiese osado tocar el fruto ageno, cuando bajo el amparo del cielo iba en busca de su buen padre.

Ocurrióle entonces una idea que le ayudó bastante para vencer la tentacion. No estaba lejos la floresta, donde acaso habria proporcion de coger algunos frutos silvestres. "En esa parte, dijo, no tendré el menor escrúpulo, pues puedo participar del alimento de los musgaños y de las ardillas."

Fué pues, ó mejor dicho, corrió hácia los lindes de un bosque, y encontró allí avellanos en abundancia. El sitio era retirado y solitario. Mauricio no se contentó, pues, con unas pocas avellanas, sino que cogió innumerables. Estaban muy maduras y al menor golpe se desprendían de la cáscara. Después de comer bastantes, tuvo paciencia para hacer de ellas una provision. En romperlas, pelarlas y tragarlas tardaba mas de lo que queria. Entretanto Dragon estaba mirándole y lanzando suspiros significativos. Mauricio habia pensado en él sin necesidad de oír sus quejas, y trató de hacerle partícipe de su frugal almuerzo. Dragon, aunque miraba con desden las avellanas que le daba peladas, comió cinco ó seis por condescendencia; pero no pudo mas, y el muchacho empezó á decir tristemente:

--¡Le habré librado de la escopeta para que le vea morir de hambre!

Después de esto volvía á su cosecha, cuando una gran culebra que iba en busca del sol se deslizaba silenciosa bajo las hojas. Dragon la apercibe, da un salto rápido, la coge valientemente por medio del cuerpo, la ahoga y la tra-

ga despues de hacerla pedazos con sus agudos dientes. Solamente una grande hambre podia reducirle á devorar tan raro manjar. Sin embargo, luego que la remató, miró al amo con muestras de contento, y meneando la cola al paso que se lamia el hocico, le decia al parecer:

--Esto es mejor que tus avellanas.

Vuelto Mauricio en sí de la emocion que le causó esa tragedia, empezó de nuevo su cosecha, porque no estaba seguro de hallar á menudo tal fortuna. Así, luego que estuvo harto, llenó sus bolsillos, su pañuelo y su sombrero, quedando con gran sentimiento de no tener otra cosa donde hacer mayor provision.

## VII.

### ESCRUPULOS.

En fin, empezó á caminar y atravesó un gran bosque. Al cabo de pocas horas de camino se tuvo por libre de persecucion, y sin cuidado ya acerca de Dragon, comenzó á alarmarse respecto de sí mismo.

--¿Hago bien en esponerme así por salvar

mi perro? ¡Si lo supiese mi padre, cuánto se inquietaría!

Estas tristes reflexiones influían en Mauricio con bastante fuerza para impedirle que anduviera vivo, y aun detenerle á veces, pero no para hacerle retroceder.

--¡Alejarme de él, ir por aquí cuando él está allí! ¡Entregarme al malvado Bernardo para oírle hablar mal de mi padre!

Mauricio inquieto y turbado hacia estas reflexiones, poniendo siempre un pié delante del otro. No se creía esento de toda reconvencion, pero sí mas acreedor á la compasion que al viciatuperio. Decíase:

--Mi padre me ha hablado alguna vez de jóvenes malvados que se escapan de la casa paterna y van á correr el mundo; mas yo no soy del número de esos vagabundos, pues no tengo ya casa paterna, habiendo quedado solo y sin amparo por una espantosa desgracia, y busco á mi padre.

Entónces avivaba el muchacho el paso, dándose prisa en llegar á su lado para disminuir la responsabilidad que habia tomado al emprender solo el viaje sin consultar á nadie, así

como un animal demasiado cargado apura el paso, á fin de librarse cuanto ántes del peso; y sin embargo, por mas que corria, la conciencia, lejos de quedar atrás, le decia de continuo:

—¡Detente, detente! ¡haces mal!

Finalmente, comprendió que llevado de un loable sentimiento de compasion para con un animal, incurria en la desobediencia y temeridad, debiendo sufrir todo, hasta la muerte de su perro; antes que dejar la aldea donde le habia dejado su padre, el que pensaba que aun estaba allí. Distinguiendo el mal que se ocultaba bajo bellas apariencias, pareció á Mauricio su falta tan clara como el dia.

Cerca del camino donde razonó así, habia una fuente, y habiendo bebido agua el muchacho y su perro, se sentó él á su inmediacion para determinar qué es lo que debia hacer.

—¡No seria posible conciliar todo; se dijo en fin, salvar á Dragon y volver al deber? Dragon es un perro hermoso y bueno, que por ser joven puede acostumbrarse á un nuevo amo. Quiero buscarle en la vecindad. Lo tomará gustoso algun arrendatario para su servicio, y regresando solo yo á casa de Bernardo, me

## DE MAURICIO.

45

pondré á sus órdenes y sufriré todo, hasta que pueda informar á mi padre de la desgracia que nos ha sobrevenido.

Mauricio se sintió muy aliviado luego que tomó esta resolución.

¡Lo que es una buena accion! es recompensada sobre la marcha. No vemos el que la otorga, pero sin duda alguna existe, puesto que jamas deja de aprobar una buena intencion. Durante la meditacion en que el muchacho estuvo engolfado á sus solas, Dragon le hizo mil caricias como para grangearle y seducirle, y sin embargo fué sacrificado virtuosamente.

--Me olvidarás luego, le decia bondadosamente el triste Mauricio; mi determinacion te es tan provechosa como á mí: ¿quién sabe en qué terminarian nuestras aventuras? Ven, pobre Dragon mio, ven á buscar nuevo amo, pues nos conviene separarnos.

Se decia á sí todo esto, redoblando las caricias que hacia á su perro, y el inadvertido Dragon, que nada se maliciaba, jugueteaba con su desconsolado amigo.

## VIII.

## NUEVAS ALARMAS.

En este momento vieron venir del lado de su aldea á un jóven mozo montado en un buen caballo, al que Mauricio conoció luego como á un vecino suyo. Era éste una de aquellas criaturas que sin intencion maligna se divierten en hacer atolondradas travesuras que dañan á sus semejantes, y que sobre todo son muy inclinadas á burlarse de los bobos y de los muchachos. Conoció, pues, á nuestro viajero y dió un grito de sorpresa.

—¡Ah, estás aquí infeliz Mauricio! ¿A dónde vas?

—Ya lo ves, iba para adelante.

—Te aconsejo que no avances por el camino real, porque anoche han enviado tus señas á la ciudad, pidiendo que te detenga y guarde en la cárcel la gendarmería hasta nuevo aviso. Es terrible M. Bernardo, y contra tí está furiosamente encolerizado. Dicen que has huido por salvar el perro, pero que no lo harás dos veces. Cuidado con lo que te espera; ¡un ca-

labozo, pan y agua acaso! No quisiera estar en tu pellejo.

Después de hablar así con la mira de estremecer á Mauricio, el jóven vecino, que difícilmente pudo contener su fogoso caballo, continuó á galope su camino, haciendo aun al fugitivo gestos animados para que se retirase á prisa á un lado. Tan inesperado encuentro turbó nuevamente al desgraciado muchacho. ¡Arrestado por los gendarmes! ¡encarcelado é ignorar lo que seguirá! Habia sobrados motivos de confusion para nuestro tierno viajero. Así echó á huir por los campos, como si le persiguiesen todos los gendarmes de la comarca, sin atreverse apénas á mirar rápidamente para atrás á ver si alguno venia hácia él. Buscaba los sitios cubiertos, se deslizaba al lado de los setos, saltaba las zanjas y penetraba los talleres, temblando al ruido que hacia él mismo al rozar con las ramas. Habiendo notado en medio de un cañamar un espantajo, vestido peregrinamente con una casaca vieja de militar, que se ajó bajo el sol africano y servia por última vez en las heredades de Borgoña, estuvo Mauricio á pique de caer de espanto, porque

creyó ver un gendarme emboscado. Dragon corria tanto como él, dando ladridos que le irritaban, pues, como fiel animal, viendo turbado á su amo, le creia amenazado del mas grave peligro.

## IX.

## LAS BUENAS MOCITAS.

Los que temen con bastante frecuencia causan miedo á otros. Mauricio, en su carrera desconcertada, pasó muy cerca de una pradera donde cuidaban de una manada de vacas dos muchachas, de las cuales la mas tierna, sobrecogida de los roncós ladridos y de la aparicion repentina de Dragon, huyó llena de terror, dando altos gritos. Al instante se alborotó toda la manada, de suerte que las vacas embravecidas berreaban, saltaban, huian en todas direcciones con la cola levantada y con las narices humeantes. Mauricio, que con razon se alarmó esta vez del mal que podia causar Dragon, le llamaba con toda su alma, cuando una vaca mas atrevida que las demas hizo frente al perturbador de la paz de los pastos. Era inevitable una lucha sangrienta; pero

Mauricio se metió con resolución entre los combatientes á pesar del riesgo de recibir la cornada dirigida á su perro, y gracias á su animosa intervencion, el sobresalto fué tan corto como habia sido vivo. Sosegada la niña se paró en la fuga, y volviendo á ruegos de Mauricio, acarició á Dragon, el cual en cambio le lamió las manos.

Sentáronse luego el amo y el criado cerca de las pastorcillas, porque tenian necesidad de descansar despues del trecho que acababan de caminar. Hasta entonces no advirtió Mauricio que tenia vacíos el sombrero y el pañuelo, habiendo perdido todas sus avellanas, escepto las guardadas en los bolsillos. Ofreciólas á la niña en recompensa del susto que la habia dado Dragon, y le espresó su pesar de no tener mas.

La niña le dijo por su parte:

—Tenemos patatas asadas al rescoldo, y quiero que las probeis.

Habiendo sacado algunas del fuego, las presentó á Mauricio y éste las aceptó sin hacerse rogar.

A medida que las pelaba, Dragon zampaba con avidez las menores partículas, y Mauricio

comia con tal apetito, que lo notaron las niñas.

—¡Teneis mucha hambre los dos! exclamaron éstas, y él respondió:

—No lo estrañeis, pues en todo el dia no he comido mas que avellanas, y en cuanto al perro, ha devorado una culebra.

—¡Una culebra! dijo la niña estremeciéndose.

—¡Avellanas! continuó la mayor juntando las manos; y sin escuchar otra cosa, corrió á sacar una escudilla de estaño bastante grande de una cesta escondida bajo el seto vecino, llamó á su cabra y empezó á ordeñarla.

Al verla de rodillas, corrió Mauricio á detenerla, diciéndole:

—¡Qué dirá vuestro padre?

—Murió mi padre, dijo la mocita, levantando los ojos al cielo; pero Dios nos ha dejado una madre bondadosa, y no temais nada con respecto á mí. Nos cede para nuestro gusto la leche de esta cabra, y nos enseña con su ejemplo á darla á cuantos tienen hambre y sed. Las patatas que mi hermana acaba ahora de prepararos, son buenas si las empapais en leche.

Las pastorcitas continuaron en su charla, en



*Litog de Friarte y Ca*

**El Almuerzo.**

tanto que el famélico Mauricio, sin hacerse rogar mas, mezclando lo sólido con lo líquido, hacia una de las comidas mas regaladas de su vida. Mirábanle con visible alegría sus dos bienhechoras, y cada vez que llevaba la cuchara á su boca, hacian éstas un nuevo gesto de satisfaccion ó una triste exclamacion: “¡Ave-llanas! ¡qué almuerzo!”

En cuanto apuró la escudilla quisieron las niñas llenarla segunda vez; pero no lo permitió, y como le rogasen todavía, les dijo:

—Ya que sois tan caritativas, haced por mí perro lo que habeis hecho por mí: él es la causa de que yo ande por esta tierra, y aunque me ocasiona muchos sinsabores, sin embargo le amo cada vez mas.

A las primeras palabras de Mauricio la muchacha cogió la escudilla, la que aun se pudo llenar del ubre de la cabra, en tanto que la menor fué á su hogar y sacó las últimas patatas. Así fué obsequiado el perro como el amo, gozando la gracia de la escudilla y comiendo muy bien sin cuchara.

Despues que los dos viajeros se alimentaron suficientemente, desearon sus bienhechoras sa-

ber por qué corrían los campos. Mauricio respondió sin el menor embozo, refiriéndoles los pormenores todos de su historia. No lo hizo así por sola complacencia, sino por la necesidad también de desahogarse y la esperanza de hallar una buena consejera en la mayor de las mocitas. Desgraciadamente por la relación de su salida y fuga tomó ésta una parte demasiado viva en sus penas, indignándose demasiado contra el malvado vecino, como también concibiendo demasiado miedo de los gendarmes, para sentir y pensar de otro modo que él. Sin quererlo, sorprendió pues á su juez, y en vez de cuerdos consejos sacó pésames tales como:

—¡Ah Dios mio! ¡qué horror! ¡qué lástima!

Tanto que Mauricio se aferró en la idea de huir.

—Ven á esconderte en nuestra casa, decía la menor, y te tendremos hasta el regreso de tu padre.

Mauricio le dió las gracias mas espresivas pero, sin hacer caso de su cándida proposición, dijo á la mayor, mostrándole con el dedo una colina que se elevaba á alguna distancia:

—¿Se ve desde allá arriba el Monte-Blanco?

—Jamás he ido allí, respondió ella, ni he oído hablar del Monte-Blanco hasta ahora.

Levantóse entónces Mauricio, y dando la mano á las dos pastorcitas, les manifestó su reconocimiento por su buena acogida, despidiéndose en seguida con gran sentimiento de las niñas. Estaba ya muy léjos de éstas, y sin embargo, se saludaban mutuamente con gestos y voces.

## X.

## SOLEDA D.

Acababa de desaparecer el sol cuando Mauricio llegó á la altura de la colina. Miró muy bien á todos lados, buscando con la vista la alta montaña hácia la cual se dirigió su padre, y cuando el sol al ponerse apareció á su derecha, aunque un poco atrás, volvió los ojos al sudeste. Unas nubes que tendidas en el horizonte figuraban una cadena de montañas, le ocultaban el objeto que buscaba con tanta ansia. Largo tiempo tuvo fijos los ojos en las masas, teñidas de los últimos rayos del sol, con la esperanza de verlas en fin entreabiertas ó

elevadas de modo que se dejasen ver los montes de la Saboya; pero las nubes no cambiaron de lugar. Contemplaba con una profunda tristeza aquellos vapores amontonados que representaban á su imaginacion mil fantasmas peregrinas ó amenazadoras. La oscuridad que subia de la tierra, el silencio cada vez mayor que reinaba á su torno, chirridos de las aves silvestres que se recogian en los bosques vecinos, y el aislamiento en que se hallaba en un país desconocido, le traspasaron de temor y de congoja. Buscaba diligente un refugio para pasar la noche, echando de ménos, pero tarde el asilo que le habia ofrecido la pastorcita, y no parecia casa alguna á su vista. Por otra parte, la idea de haberse publicado sus señas le causaba una viva inquietud, de modo que tenia por sospechosos á los hombres, y su corazón se oprimió en la soledad.

--¡Ah, padre mio! ¡ah, Dios mio! decia sollozando; ¿qué será de mí?

No léjos de un robleal vió una pila de heno que se alzaba como una sombra grande en una pradera apartada. Habiéndose dirigido hácia aquel lado.

--No vendrán en busca mía hasta aquí, as dijo, recordando el miedo que habia tenido la víspera.

Hizo una cama bastante cómoda para él y su fiel compañero, colocándola del lado ménos combatido por el viento, y se acostaron mejor que en la noche anterior, aunque no tan abrigados, pues el viento soplabá con mucha fuerza. Sin embargo, se habian cansado tanto durante el dia, que no tardaron en dormir.

## XI.

## UNA BUENA ACCION.

Al despertarse pudo Mauricio ver que se hallaba en un bello país por la riqueza y variedad de su cultivo, pues todo era prados, viñas, sembrados y vergeles. Al través de los árboles distinguía en lontananza bellas aldeas, de donde se alzaba sobre las hojas en columnas sutiles el humo, señal del primer almuerzo. En todas aquellas moradas luego se animarian las mesas de familia, y en ninguna de ellas se aguardaria á Mauricio. Recordándole el toque de las campanas que era domingo, sintió

mas en el alma que de costumbre la imposibilidad de asistir al oficio divino, viéndose siempre perseguido del temor de la policía.

Iba cautamente por sendas apartadas, y se decía con tristeza al ver los setos.

--Todas las apariencias son de que no me desayunaré siquiera tan bien como ayer. ¡No hay una avellana en todos estos matorrales!... A falta de otra cosacogia acá y allá algunas moras, y Diagon cazaba siguiendo á su amo. De repente le vió Mauricio olfateando á las márgenes del camino una cosa que resultó ser una bolsa de cuero, dentro de la cual habia seis monedas de cinco francos y dos doblones de oro. ¡Oh fortuna!

Cuando Mauricio hubo bien contado todo, volviendo y revolviendo diez veces las monedas de oro, tras de su primer gozo se halló muy embarazado. Díjose sencillamente.

—Mi deber seria el de ir á hacer mi declaración al alcalde del lugar, entregarle esta bolsa y continuar mi camino; pero si está avisado de mi fuga, no me dispensará de la cárcel y del maltrato que me prepara mi perseguidor.

Después de reflexionar bien sobre el particular, supo el muchacho tomar un partido muy prudente, que podrían seguir muchos hombres en igual caso, cual fué de aguardar en el mismo sitio lo que pudiese suceder. Se dijo, pues:

—El que ha perdido el dinero, no dejará de notarlo en breve. He oído á la buena prima que nadie anda mucho sin registrar su bolsa, así es que retrocederá el hombre que ha perdido esta bolsa, y su cara me guiará para evitar el riesgo de dar á un bribon mi hallazgo.

Con tan buen pensamiento se resolvió nuestro caminante á ponerse en acecho; pero cuidadoso de su propia seguridad al paso que del interés del dueño de la bolsa, se ocultó trás del matorral para aguardar el suceso. Hacia dos horas que estaba así sin ver aún á nadie, moría de hambre, así como también Dragon, y sin embargo, se mantenía firme en su puesto. Se decía:

—Si me retiro, puede llegar el hombre, y yo habré perdido mi trabajo, como él su dinero.

Finalmente, vió á un venerable eclésiastico, llamado sin duda por su ministerio á la vecin-

dad, que se acercaba lentamente. Entonces cambió de resolución el muchacho, el cual, saliendo de su escondite, avanzó respetuosamente al encuentro del sacerdote, Díjole:

—Señor, acabo de hallar aquí una bolsa, dentro de la cual hay mucha plata y dos monedas de oro. Aguardaba aquí á que viniese en su busca el hombre que la ha perdido, y siéndome imposible detenerme mas, os ruego tengais la bondad de recibirla, pues sabreis mejor que yo, cómo hacerla volver á su dueño.

—¿Si por ventura no se le hallase, hijo mio?

—En ese caso la dareis, señor, á los pobres.

—¡Amable criatura! lo haré como lo deseais. ¡No quiera Dios que os disuada de hacer una obra tan buena! Sin embargo, estoy seguro que el dueño no llevará á mal el que recibais vuestra parte.

—Nada me pertenece, señor.

—¡Cómo! ¿no aceptareis siquiera una moneda de cinco francos?

—No, señor; sin embargo, si quereis recompensar al que ha hecho el hallazgo (Mauricio señalaba á Dragon), aun no se ha desayunado,

y he visto dentro de la bolsa algunos cuartos que los recibiría gustoso para comprarle pan. Por mas que instó el eclesiástico á Mauricio, no quiso nada mas éste, que, despues de saludarle respetuosamente, se fué muy contento con seis cuartos en su bolsillo.

## XII.

## LA SOPA DE BERZA Y LOS BUENOS CONSEJOS.

Pronto divisó una choza miserable, situada en medio de la soledad de los campos, y en la esperanza de que no habrian penetrado en ella los rumores de la poblacion y de la carretera, osó presentarse para comprar pan á sus habitantes que á la sazón estaban comiendo. Hirieron vivamente el olfato de los peregrinos un vapor craso que despedian los platos, y el olor de la sopa de berza. Sin embargo, la ambicion de Mauricio se reducía á tomar por su dinero un pedazo de pan moreno que veía en el remate de la mesa, medio cubierto de un grosero lienzo. Así lo pidió en un tono meticulouso, dejando parecer á medias los cuartos fuera de su bolsillo.

Un hombre de rostro venerable, le respondió:

—Damos algunas veces un pedazo de pan al forastero que pasa, pero jamás le vendemos.

—Somos dos, repuso todavía con timidez Mauricio, mostrando su perro, que cauteloso alargaba la cabeza y olía el humo de la comida rústica.

—¡Muy bien! no conviene, hijo mio, olvidar los amigos; me agrada tu bondad, y así no perderéis nada uno y otro.... Mujer, dales la sopa que guardabas para la noche, pues este muchacho no está acostumbrado á pedir. Al ver cómo ama á su perro, y éste á él me merece buena opinion.

Mientras el honrado labrador hacia estas y aun otras muchas reflexiones morales propias de un Salomon de aldea, Mauricio y Dragon que á mediodía almorzaban con un apetito envidiable, engullian á porfía. El pan y el queso llenaron los vacíos que pudo dejar la sopa en el estómago de Mauricio. Habiendo satisfecho tan generosamente los deberes de la hospitalidad, se creyó el rústico autorizado para hacer hablar á su huésped. Preguntóle, pues

acerca del motivo de su correría por el país.

Contentóse Mauricio con decir que andaba en busca de su padre, por haber quedado inesperadamente sin asilo ni recurso alguno á causa de la muerte de una buena parienta. Siendo ésta casi la única revelacion que creyó conveniente, se estendió con bastante delicadeza sobre los pormenores de tan grave suceso, porque conocia bien que era necesario entretener á su bienhechor. Sin embargo, no pudo evitar otra pregunta:

—¿Dónde está tu padre?

—En Saboya, respondió Mauricio, que por fortuna aprendió en casa de Bernardo el nombre de la tierra donde estaba el Monte-Blanco.

—¿En Saboya! es un viaje muy largo. ¿Vas, pues, solo?

—Con Dragon.

—Es algun amparo, porque me figuro que, mientras conserve tu perro sus colmillos, no dejará que te maltraten; pero en fin, ¿tienes dinero? ¿llevas pasaporte?

—Tengo seis cuartos, puesto que los rehúsais: pero no pasaporte, el cual no sé para qué sirve viajando: de suerte que camino á merced del cielo.

—Es el mejor socorro; pero no basta en la frontera.

—¿En la frontera?

—Sí, en la frontera. Cualquiera diría que te hablo en alemán. Conviene sepas, amigo mío, que nadie sale ni entra en Francia, como en la iglesia, sin decir lo que es, y probarlo con documentos formales. Hay una policía, y ¡pluguiera al cielo que fuese mas rígida, para librarnos de tantos vagos nocivos á las casas de campo! No lo digo por tí; pero figúrate la vergüenza que tendrías de verte confundido con los fugados del presidio y conducido de pueblo en pueblo entre dos gendarmes.

Este fatal lenguaje hizo temblar todo el cuerpo de Mauricio. El labrador, que atribuyó tan repentina emoción á la fuerza de su elocuencia, dijo al muchacho, poniéndole la mano en el hombro:

—Vuelve á tu pueblo, hijo mío, pues es lo que conviene á una criatura de tu edad. No olvides el dicho de nuestros abuelos: “El que temprano corre por los caminos reales, jamás acaba bien.”

Habiendo Mauricio escuchado con docilidad

## DE MAURICIO.

63

y estimacion ese adagio, saludó y dió rendidas gracias al caritativo labrador. Sin embargo, se retiraba de nuevo inquieto, pues veía ahora delante sí el mismo peligro que detrás, á saber: sables y carabinas temibles. Su imaginacion le pintaba la frontera, como una barreira ó pared que debia atravesar. Veía una gran puerta circuida de torres, y á los dos lados uniformes amenazadores con las manos levantadas en ademán de prenderle al paso. Aterrado de tales imágenes, caminaba despacio y perplejo sin hacer caso de Dragon que le seguía silenciosamente.

## XIII.

## UN PORDIOSERO.

Sacó á Mauricio de su meditacion un pasajero de malas trazas, saludándole familiarmente. Era éste un hombre de buena edad, robusto, ancho de espaldas y de génio alegre, por lo que se admiró el muchacho, viendo lo asqueroso y desarrapado que estaba. Caminaba con un saco viejo en la espalda, cuyo tejido, desgarrado acá y allá, dejaba ver cortezas de pan y algunas migas.

Estuvo tardo Mauricio en corresponder al saludo, porque quedó estupefacto á su vista. Además, habiendo oido un gruñido siniestro de su perro, fijó en éste su atención y le agarró del collar por temor de que mordiera al pasajero en las piernas.

—Y bien, ¿tanto te cuesta devolver los buenos dias, señorito? ¿desprecias acaso mis andrajos? Quiero que sepas que no me seria difícil vestirme con decencia, si lo quisiese; pero en mi oficio vale mas mover á lástima que causar envidia. ¿A dónde vas así? Apostaria que no lo sabes, pues tienes trazas de un prófugo de la casa paterna ó de algun taller, donde te hacian trabajar demasiado tiempo. Dime, ¿lo he adivinado?

No respondió nada Mauricio, absorto de semejante compañía. El mendigo le observaba con una sonrisa maligna, y tuvo la idea de divertirse con pervertir completamente al muchacho, al que ya suponía bastante descarriado. Volvió, pues, á sus zumbas, echando de cuando en cuando unas miradas curiosas al muchacho.

—Si has abandonado á un mal amo, no te

vitupero: yo era de tu edad, poco mas ó menos, cuando hice otro tanto. Ya ves que en este mundo el fuerte conduce al débil, como quiere y hasta donde quiere; pero hay personas á quienes no conviene eso y que á tiempo conocen el precio de la libertad. Desde que uno puede gobernarse á sí mismo, ¿por qué se dejaría poner el bocado y el freno como un animal? Dícesenos que todos debemos trabajar, miéntras el que puede evitarlo, lo hace siempre; y á fe que yo jamás he obrado de otro modo: mira si por eso estoy peor.

Al terminar estas palabras sonrióse el vagabundo con cierta satisfaccion, dilatando su gran rostro, y despues, levantando una de sus mangas, mostró un brazo robusto que un buen obrero habria mirado con envidia, como un excelente instrumento de fortuna. Mauricio miró con atencion al desconocido, y al punto recordó el pensamiento de su padre.

¡Qué diferencia entre los discursos que estaba oyendo y los que le habian dirigido en toda su vida! Sin poder comprenderlo aún conoció lo bajo y vil de las inclinaciones que manifestaba el pordiosero con una brutal franqueza.

Quería desasirse de él y no sabía cómo lograrlo. Al fin, con pretesto de fatiga, se sentó al pié de unos nogales cercanos al camino, y se escusó de no poder caminar mas. El hombre, que no estaba dispuesto á soltar tan presto su presa, se puso al lado de Mauricio y le preguntó dónde pensaba comer, á lo que respondió éste que lo pensaría mas tarde. Entónces el mendigo, despues de decir que tenia apetito, abrió el saco y cogió de entre sus mendrugos una caja de lata escondida con cuidado. Abierta que fué, apareció un cuarto de buey asado bastante apetitoso. De otro escondite sacó una botella de vino y una mitad de pan blanco.

--¿Qué dices ahora, compañero? en tanto que no tengas otra cosa mejor, ¿te gusta esto?

Mauricio queria rehusarlo, pero ne se atrevió temeroso de ofender otra vez al hombre. Se dejó pues servir, y en abundancia. Como quiera, aunque á sus ojos era vergonzoso comer el pan del holgazan y ser el convidado de un súcio bribon, en medio de su hambre no dejó de tener gusto en satisfacerla: aun se animó á beber un trago á pico de jarro, que al fin le hizo hablador.

## DE MAURICIO.

67

Lisonjeado el mendigo de haberle vuelto al fin mas dócil, empezó de nuevo á charlar.

--Ya ves que no es tan malo el oficio que alimenta á un hombre, pero no sabes todo. Tal como me ves, soy mas rico que los labradores que cultivan esas heredades y habitan en casucas. Es verdad que vivo en un desvan, pero tengo ocultos oro y plata en todos los rincones, y si tuviese que evacuar el país no me faltarian recursos para ir hasta la India.

Admirado Mauricio de lo que acababa de oír, no pudo ménos de preguntarle cómo tenia ese oro sin trabajar.

--¿Cómo? le pido á los que le tienen. Para ello hay muchos modos: muelo á compasion á unos; muelo á otros; á veces los intimido, y como los hombres tienen siempre un flaco, procuro aprovecharle.

--Decídme, ¿cómo escitais la compasion? Cuando ven que sois fuerte y robusto, como lo sois, ¿no os dicen que trabajéis?

--¿Pobre inocente! exclamó el bribon. Mira, vas á ser testigo de mi habilidad. He ahí una carroza, y apuesto que no pasará sin pagarme tributo.

Después de hablar así, recogió los restos de su festín, los metió todos en el saco, y echando éste sobre sus espaldas, se dirigió al coche cojeando y fingiendo un temblor convulsivo.

En este instante Mauricio, examinando la figura del mendigo, no le tenía por lo que era, pues parecía lleno de arrugas y de otras marcas de vejez, transformado así en el hombre más desgraciado y lastimoso del mundo. Por eso, cuando se acercó al coche y recitó su plegaria en un tono gangoso y quebradizo, al instante le echaron una moneda. Luego que pasó el coche, el pordiosero recogió su pitanza, dando un salto cómico la mostró desde lejos á Mauricio y se reunió con éste, ágil y alegre, de suerte que como por encanto desaparecieron sus dolencias. No se descuidó en meter la moneda á la vista de Mauricio en una bolsa de cuero que se parecía á una alforjita.....

*María* (interrumpiendo).—Yo ya no le vuelvo á dar limosna á ningun pobre, puesto que los hay tan bribones; ¿no es verdad, papá, que haré muy bien?

*El abuelo*.—No, hija mia, porque la mayor de las virtudes y la que á Dios le agrada más

es la caridad; y si es cierto que hay algunos vagabundos que abusan del título de necesitados para engañar á las almas compasivas, tambien hay muchos verdaderamente pobres á quienes no debe uno dejar de socorrer si tiene la posibilidad de hacerlo; y vale mucho mas esponerse á darle algo á quien no lo necesite, que dejar de aliviar la verdadera miseria por no ser víctima de un estafador. Así es que debes continuar como hasta ahora, partiendo lo poco que tienes con los pobres.

*María.*—Está bien, papá.

*El abuelo (leyendo).*—Es cobre, dice el píllo, que cambiaré por oro ó plata cuando llegue á molestarme. Tengo diez mil francos atesorados en mi desvan.

—¡Diez mil francos! ¡y seguís aún así una industria tan ignominiosa?

—¡Qué dices? replicó el hombre con aspe-  
reza. ¡No apruebas que sea astuto? ¡quién de-  
ja de serlo en este mundo? Los hombres han  
nacido para engañarse unos á otros, y no se  
trata en este mundo mas que de sacar cada uno  
su tanto del juego. Dime, cuando juegas, ¿te  
es indiferente perder ó ganar?

—Querria-bien ganar, pero sin hacer tram-  
pas.

—Como los otros no son honrados, serás su  
juguete.

—¡Su juguete!

—Sí, es decir, que te engañarán.

—En hora buena, lo prefiero.

—¿Y si te prometiese una parte de mis ahor-  
ros bajo la condicion de cuidar de mi morada  
cuando estoy ausente? Vamos, no tendrias  
ningun quehacer, y te dejaria andar á veces á  
tu arbitrio. Despues de llevar por dos meses  
tan buena vida, no apetecerias otra.

El muchacho meneó la cabeza para mani-  
festar su repulsa; y, como continuasen nue-  
vamente su camino, acortó el paso con eviden-  
te intencion de apartarse del vago.

Este, empeñado en arrastrarle, hizo aun es-  
fuerzos para ello, bien que vanos, y dijo enfa-  
dado:

—Si no quieres seguirme, me llevaré tu  
perro.

Habia notado que Dragon, familiarizado al  
fin con él, olia mas atentamente á su saco, y  
empezó á echarle algunos mendrugos de pan,

## DE MAURICIO.

71

á acariciarle con la mano y á llamarle. Dragon le seguía, y el hombre, viendo el fruto de su ardid, dejó poco á poco atrás á Mauricio. De cuando en cuando el perro miraba atrás, y aun volvía como para llamar á su amo, pues quería conciliar todo; pero en cuanto veía asomarse un nuevo incentivo, se dejaba llevar de nuevo del mendigo. Aunque Mauricio llamaba por su parte á Dragon, no tenía nada que darle, en tanto que el bribon le regalaba cada vez con una rajita, ajustando su liberalidad en términos de escitar el apetito sin satisfacerle. Llegó al fin el instante en que la amistad venció la glotonería, y por más que el seductor apeló al medio mas engañoso, mostrando sus mejores mendrugos, Dragon fué á reunirse con Mauricio, de quien no pudo ya separarle.

Cambióse entónces la escena. Entrando el hombre en cólera, hizo amenazas, y aun retrocedió con el fin de maltratar á sus ingratos convidados, pues como se viese chasqueado á su vez, á pesar de estar acostumbrado á lo contrario, quería vengarse del desaire.

Paróse el muchacho temblando de miedo y pronto á tomar soleta; pero Dragon, que ve al

hombre avanzar con el baston levantado, va animoso á su encuentro con los ojos centellantes y el pelo erizado. Entónces el pillo se detiene á su vez, y Dragon hace otro tanto. Míranse los dos campeones, como dos gallos prontos á desplumarse el uno al otro, y no se sabe lo que habria sucedido, si el hombre no hubiese visto á lo léjos un coche. No quiso, pues, es-ponerse á una disputa con la justicia, porque sabia ya que no se ganaba nada con ella, y se retiró con gran satisfaccion de Mauricio.

## XIV.

## MAURICIO HIZO UNA MALA AMISTAD.

A fin de no tropezar todavía con tan enfadoso sugeto, se resolvió Mauricio á no andar mas en aquel dia, tanto mas cuanto que con la comida que hizo á despecho suyo, estaba satisfecho suficientemente. Miraba, pues, á uno y otro lado en busca de algun retiro donde poder pasar la próxima noche. A la sazon llegó cerca de él un coche que conducia un anciano bajito, de nariz remangada, de ojos vizcos y de

## DE MAURICIO.

73

labios delgados, que llevaba flotantes sobre sus espaldas agobiadas algunas vedijas de cabellos canos, y en la cabeza un sombrero de fieltro sin color ni forma regular; de modo que, como su vestido, correspondía á lo demas: apénas se diferenciaba del mendigo. Con todo eso, en sus modales tenia un no sé qué capaz de seducir á un inesperto. Miró á Mauricio risueño, le saludó con gracia é iba á pasar adelante, cuando se paró como asaltado de una repentina idea. Observó, pues, curioso al jóven viajero y le preguntó á dónde iba.

Apénas lo sabia ya Mauricio, pues á medida que avanzaba, se debilitaba su ánimo, y por otra parte, temblaba al pensar en la vuelta á casa de Bernardo. Suponia que se aumentaba la cólera de éste cuanto mas tardaba en realizarla. En consecuencia, respondió á la pregunta del anciano con bastante dificultad. Luego que supo este hombre cuáles eran, ó mejor dicho, cuáles habian sido las intenciones de Mauricio, le dijo que era muy fácil llevar á cabo su proyecto, y, si queria seguirle, en breve estaria en Saboya, adonde se proponia dirigirse tambien.

Mucho se alegró Mauricio al oír tan buena nueva; pero sin embargo manifestó sus temores.

—No tengo pasaporte, y temo que me arresten los gendarmes como á un vago.

El anciano, despues de tranquilizarle allanando todo, le dijo:

—Viajas con un perro, amigo mio, y yo con doce, como lo puedes ver.

En efecto, por todos lados sacaban el hocico á la ventana muchos perros que iban en el coche y formaban una coleccion, figurando entre ellos el de aguas, el doguillo y la galga. Eran pues unos perros sábios. El maestro vivia con su habilidad, que iba manifestando de lugar en lugar. Habiendo dado estas esplicaciones, reiteró sus oficiosas ofertas.

—Si te juntas conmigo, hijo mio, descansa en cuanto al alimento, pues el talento de mis actores basta para que vivamos honradamente. Tengo pasaporte corriente y no se meterán contigo, pues te presentaré como un criadillo mio. ¿Quién sabe si podré llevarte á los brazos de tu padre? ¿Ves cómo se familiariza ya tu

## DE MAURICIO.

75

perro con los míos? Ellos se entenderán bien, y lo mismo nosotros.

Mientras hablaba así el anciano en el tono mas cariñoso, los perros dividían con él la atención de Mauricio, á quien divertían sus actitudes y saltos. Como había oído hablar de perros sábios y no los había visto jamás, estaba vivamente embelesado de tan curioso espectáculo. Conoció bien el maestro que uno de sus discípulos daría fin fácilmente á la obra empezada por su lenguaje. Tomó una galguita, y poniéndola en tierra hizo que bailase. Fué tal su destreza, que hechizó á Mauricio. Grandes ó chicos nos dejamos á veces cautivar á poca costa. Cuando la danzarina remató su minué el muchacho la acarició, y dijo al anciano:

— Iré con vos,

El astuto charlatan, para que Mauricio empezara á aficionarse á su nuevo estado, le dijo:

— Vamos á subir al coche; hace ya largo tiempo que gobierno mi caballito, y no te disgustará, á mi ver, el reposo. Vamos, Brusquet, conviene que lleguemos al primer pueblo ántes de anochecer.

## XV.

## HUMILLACION.

Sentáronse juntos. Dragon seguía á pié, muy sorprendido de ver tan alto á su amo. Apenas se figuraba Mauricio los proyectos que estaba meditando el anciano. No pudo este hombre conservar cerca de sí un criadillo que le ayudó en las funciones que había ejecutado en las aldeas de Borgosia. El amo y el criado riñeron entre sí, como lo acostumbran las gentes de su calaña, y Mauricio había de reemplazar al último. ¿Qué diríais, honrado y laborioso Gerbin, al saber el paradero de vuestro Mauricio, de aquel que, destinado por vos á ser arquitecto, fuera de pueblo en pueblo haciendo bailar perros para divertir á los bauzanes? Si viéseis á vuestro hijo hacer un papel tan innoble y ridículo, ¿cuál sería vuestro dolor y confusión!

Cosa notable fué que Dragon sintió al parecer la humillación á la que se condenaba su amo. En la primera vez que le vió vestido de una rara librea, ladró contra él, como si no

## DE MAURICIO.

77

hubiese querido conocerle. En vano quiso Mauricio acallarle á buenas, y cuando recurrió á los medios de rigor, el pobre perro se alejó de él triste y confundido, dirigiéndole unas miradas en las que se pintaba su disgusto.

Sin embargo, se desentendía de todo Mauricio á trueque del placer de admirar las lindeszas de los perros sábios de Frisquet. Viendo que tanto los adultos como los chicos se estasiaban delante de tan miserable espectáculo, no concebía que fuese indecoroso tomar una parte activa en farsas grotescas. Aun mas; se complacia en figurar en la escena, y aunque el primer día estuvo algo torpe, en breve se corrigió. Así es que respondía luego con desembarazo, hasta que acabó por ser uno de los personajes de la compañía.

## XVI.

## SOSPECHAS DEMASIADO FUNDADAS.

Cuando menguaron algo sus primeros transportes, advirtió que hacían jornadas muy cortas, y alguna vez, comparando el curso del sol

con la dirección de su marcha, se figuró que ya no seguían el camino de la Saboya. Lo hacía presente al anciano, el cual respondía que ello consistía en los rodeos del camino, y no tardarían en tomar otra dirección diferente. En efecto, pocos días después anduvieron tan poco hacia Saboya, que Mauricio, seguro de no equivocarse, dijo á Frisquet que sin duda alguna se engañaba.

—Y bien, le dijo el maligno hombrecillo, si crees que me engaño, véte á donde quieras; pero vuélveme antes el vestido que llevas, pues es mío.

—¿Cómo quereis que os le vuelva? Hábeis tomado en cambio el mío y le habeis vendido.

—Me arruinaba tu perro, el que no me has dicho comía como cuatro.

—¿Quereis, pues, echarme en cueros?

—De tí depende el permanecer conmigo.

—Permaneceré, si me prometeis conducir-me hácia la residencia de mí padre.

—Por donde quiera se va á Roma, é iremos á Saboya pasando por el país de Borbon.

—¿Y cuándo llegaremos?

## DE MAURICIO.

79

—En breve. Ten paciencia, que mañana daremos una función en una pequeña ciudad, donde vas á lucir. Te enseñaré esta noche una nueva travesura que te honrará mucho. Mira, muchacho, fíate en mi experiencia y no te aflijas por nada.

A pesar de tan halagüeñas palabras, no se tranquilizó el muchacho. El anciano, lejos de ganar su confianza, la perdía con su insistencia en pedírsela, porque le desmentían sus hechos. Comenzaba Mauricio á arrepentirse de haberle seguido. Desgraciadamente, al paso de enfriarse con el maestro, fué aficionándose cada vez mas hácia los perritos, hasta el punto de causar envidia al pobre Dragon. Por último, todavía estaba por pensar en el papel vil y ridículo que hacía, y que desperdiciaba el tiempo. Por un azar cayó en cuenta en esta parte.

## XVII.

## PODER DE UN BUEN RECUERDO.

Al entrar en la pequeña ciudad que le anunció Frisquet, vió un edificio de modesto este-

rior, en cuya fachada estaban escritas estas dos palabras: *Escuela de primeras letras*. No fué menester mas para su turbacion, pues recordó la escuela de su pueblo, su querido maestro y los últimos consejos de su padre. Así es que quedó inmóvil con los ojos fijos sobre el rótulo.

—¿Qué miras ahí? le preguntó el anciano.

Mauricio le enseñó con el dedo el objeto que llamaba su atencion.

El anciano en su miserable vida perdió de tal modo la aficion á todo lo loable y grave, que se imaginó otra cosa. Supuso, pues, que Mauricio miraba la escuela con rencor, y se complacia de haberla dejado. Mientras en su imagin zurcia alguna nécia chocarrería, resonó en la sala un dulce canto que anunciaba el fin del trabajo, y salieron alegres los discípulos de dos en dos con el maestro. A su vista Mauricio se agitó y empezó á llorar, lo que encolerizó mucho al anciano.

—A la verdad, bueno estás ahora para divertir á las gentes de la ciudad. No me gustan llorones, ¿lo oyes, Mauricio? ¡Vive Dios que si no cambias de semblante, quedarás sin cena.

He aquí el tono en que el malvado empeza-

ba ya á hablará su compañero. Tras de la seducción y del cariño empleaba las amenazas con la esperanza de subyugarle poco á poco; pero por esta vez no lo consiguió. Mauricio se hallaba conmovido demasiado al vivo de lo que habia visto, para ceder buenamente á los caprichosos arranques de Frisquet. Murmuró Mauricio, y Frisquet le estiró las orejas. El muchacho, que jamás se habia visto tratado así, lanzó altos gritos, y como el viejo bribon alzase el látigo para corregirle, igualmente que á sus discípulos, penetrado de indignacion, huyó á todo correr, pidiendo socorro. El hombre se dió prisa en perseguirle, sin acordarse en medio de su furor del coche y de los perros. Dragon corria con Mauricio; dando espantosos ladridos. Los demás perros, escitados por tan violenta escena, se escaparon la mayor parte del coche, y tomando parte con aullidos frenéticos, ofrecieron á la ciudad un nuevo espectáculo. En un instante se esparció la alarma de tal modo que no hace mas ruido un motin. Avanzaban Mauricio y Dragon cuando un hombre, que venia del lado opuesto, viendo que un anciano perseguia á un mu-

chacho, y suponiendo la razón por la ancianidad, salió al encuentro con los brazos estendidos. Hubiera podido costar caro á éste, porque el bravo Dragon iba delante; pero por dicha Mauricio vió frente de una hermosa casa á un señor respetable por sus años que al parecer se afligia de tal escena; como despavorido se echó á él, y apretándole dentro de sus brazos, exclamó tristemente:

—¡Salvadme, señor, salvadme!

El señor le preguntó, por qué huía de su padre.

—No es mi padre.

—Al ménos es tu amo.

—Tampoco; me he juntado á él en el camino real por desgracia.

Empezaba su historia sin poder alentar cuando llegó y quiso ejercer autoridad el viejo. El señor se lo impidió, diciendo que era el alcalde, y le mandó declarar cómo llegó á sus manos el muchacho. Respondió descaramadamente Frisquet que el padre le habia puesto á su servicio. Exclamó Mauricio contra su mentira. Ordenase entónces al hombre que

## DE MAURICIO.

82

lo pruebe con documentos, y como no podía verificarlo:

—Sabeis, le dijo el magistrado, que dais lugar á sospechas de que le habeis arrebatado.

Comprendió el anciano el peligro que corría é invitó al mismo Mauricio á que dijese la verdad, lo que hizo con tanto candor, que se hubiera dado entero crédito á sus palabras, aun cuando una circunstancia no hubiese concurrido á robustecer tan felices impresiones.

Mauricio, al paso que refirió sus aventuras procurando dar de sí una idea favorable, pues le era necesario, llegó á referir la historia del hallazgo de la bolsa con sus pormenores. Pues bien; es de saber que de ese honorífico hecho hizo mencion el diario departamental, y encantó á todos el saber que su autor fué el far-santillo.

## XVIII.

## EL BONDADOSO ALCALDE.

—Hijo mio, le dice el alcalde, tú que has sabido conducirte tan bien, eres acreedor á un oficio mas honroso que el de hacer danzar per-

ros, y me encargo de restituirte á tu padre. En cuanto á vos, pues habeis osado engañar y descarriar á este chico, salid al instante de nuestro lugar. Os prohibo el ejercicio de vuestra infame industria, como deberia hacerse en otras partes, pues es inhumana.

Habiendo el alcalde mandado dar á Mauricio vestidos mas decentes, hasta le recogió en su casa, le hizo cenar, y le envió á dormir á un cuartito que miraba al jardin y al campo. Hacia mucho tiempo que no se habia hallado tan bien el pobre muchacho, quien obtuvo asimismo que Dragon durmiera en la cuadra.

Hubiera pasado una noche tranquila y abrazado luego á su padre, merced al hombre caritativo que le habia recogido, si hubiese tenido la dicha de quedar dormido luego segun su costumbre; pero no sucedió así. Todavía no se habian desvanecido en él las emociones de la tarde, y le costó mucho conciliar el sueño á pesar de su hábito. Por otra parte, habia alguna agitacion á su rededor, pues estaban desvelados en el cuarto de audiencia del alcalde que separaba del suyo una pared delgada. Es el caso que hácia las once un hom-

## DE MAURICIO.

85

bre que pisaba fuerte y con ruido, como calzado de gruesas botas, entró en casa del vigilante magistrado y le saludó en voz baja. Llamó la atención de Mauricio el estrépito de un sable arrastrado, y cada vez mas agitado oyó la conversacion siguiente entre el alcalde y el reciénvenido:

—Brigadier, me respondeis de él, pues sentiria mucho que malograsemos su captura.

—Señor alcalde, os respondo de él.

—Mañana saldreis á la madrugada, y no le dejareis que se aparte de vuestra vista.

—Si se rebela, señor alcalde, le sujetaré con las esposas que llevo.

—Apruebo, brigadier, que tomeis de antemano precauciones, y le pongais esposas á la salida.

—Ejecutaré puntualmente, señor alcalde, vuestras órdenes, y si el bribon....

—Basta, brigadier, no hablais tan alto, pues cerca de nosotros duermen algunos.

Hemos dicho que no dormia Mauricio, y esa conversacion le quitó las ganas que tenia para ello. Figuróse no con razon que se hablaba de él, y se llenó de espanto é indignacion

su corazón. Tenia, pues, deseos de tratarle con tanta crueldad el hombre que le habia parecido tan bueno, haciendo que se le arrastrase como á un criminal, amenazado con el sable y atadas las manos. ¡Qué horror! El cuidado sudaba copiosamente en su cama, donde se volvía y revolvía sin cesar.

Cuando la casa quedó silenciosa, y llegó á creer dormida toda la gente, se levantó y fué de puntillas á la ventana que daba sobre el jardín. Por la claridad de la luna pudo calcular que no le seria difícil bajar, porque una parra tapizada de espalderas guarnecía la pared hasta el primer piso donde estaba aposentado. Sobre la marcha tomó pues su determinacion, y vistiéndose sin ruido, al punto se trasladó al jardín.

¡Oh! cuánto sentia la imposibilidad de entrar en la cuadra para librar tambien á su querido Dragon! Le dejaba preso en poder de los enemigos, y sin embargo, abrigaba motivo de miedo de que su fiel amigo sirviera para perseguirle. Así es que dió algunos pasos hácia la cuadra; pero le pareció bien cerreda la puerta, y no se atrevió á aventurarse mas, teniéndose

DE MAURICIO.

87

por demasiado dichoso si lograba él mismo evitar las horribles esposas.

## XIX.

## DRAGON.

Echó á correr en el campo sin saber á dónde iba y sin tratar mas que de ganar terreno, á fin de hallarse fuera de peligro. Jamás habia sufrido tanto. La soledad en que le dejaba la ausencia de Dragon aumentaba su tristeza y su temor. ¡Padre mio! ¡padre mio! decia de cuando en cuando, y los sollozos sofocaban su voz. Su corazon y espíritu padecian muchísimo, tanto como el cuerpo, y el sueño y el cansancio le abrumaban. Por eso, levantando los ojos al cielo y mirando á la luna, dejaba escapar de tiempo en tiempo la exclamacion familiar á los que sufren: ¡Dios mio! ¡Dios mio!... Los rayos de la luna llegaban como flechas de llama hasta sus húmedas pupilas, y el jóven, continuando su incierta carrera, elevaba los brazos hácia el cielo.

Al llegar á una pradera, que formaba una

concha y presentaba una retirada mas segura que todos los puntos por donde habia pasado hasta allí, olió á humo y vió al instante una débil luz que salia de una hoguera que todavia ardia, dejada por unos campesinos. Alabó á la Providencia por el socorro tan grande que le enviaba, corrió al resplandor de la llama y halló aún con que reanimarla. Principió á enjugar lo mejor que pudo su calzado y su vestido mojados por el rocío; luego se acostó cerca del fuego, y esta vez el exceso del cansancio hizo que se durmiese en seguida muy profundamente.

Dejémosle un momento abandonado á los sueños mas agradables de su vida, y sepamos entretanto cuál era la suerte de su compañero de viaje. Dragon, siempre fiel y reconocido á pesar de cierta envidia que tenia á algunos perros sábios que vió, jamás dormia bien si no estaba al lado de su amo. Diéronle sin embargo paja fresca en una cuadra caliente, y se acurrucó en un rincon junto á los caballos, bajo la colgada cama á donde el palafrenero acababa de trepar. Esto no era bastante para un corazon como el suyo.

## DE MAURICIO.

89

—¿Dónde está Mauricio? ¿qué se ha hecho?  
¿por qué nos han separado?....

Todo esto se preguntaba á sí mismo lanzando agudos quejidos. El palafrenero quiso imponerle silencio, pero no lo consiguió sino por momentos, pasados los cuales clamoreaba con mas fuerza, yendo en aumento sus ladridos. Impaciente el hombre quiso sacudirle; pero qué alboroto! los caballos relinchaban, se agitaban y pateaban. En fin, nadie dormia en la cuadra, por hallarse Dragon separado de Mauricio.

Las noches de los palafreneros no son largas y quieren emplearlas bien. Este, perdida ya la paciencia, abrió la puerta al incómodo huésped, y le dijo, despachándole á puntillones:

—¡Anda y duerme donde quieras!

Dragon recibió su puntillon sin quejarse, y aun hubiera sufrido mucho mas por la libertad. Llegado al patio no tardó en hallar el rastro de su amo en el jardin, en el vergel y en el campo; en fin, no salió del verdadero camino ni un solo instante.

Imaginad cuáles serian sus trasportes de gozo y sus turbulentas caricias cuando halló,

despertó y saludó á su caro amigo. Mauricio sintió al principio mas temor que alegría, figurándose que Dragon no venia solo. Sentóse, escuchó un momento sin corresponder á las pruebas de cariño que el pobre animal le estaba prodigando, y en fin, viendo que nadie se asomaba, enmendó su primera frialdad y le volvió caricias por caricias, demostracion que recíprocamente se hicieron largo tiempo.

## XX.

## EL CALDERERO AMBULANTE.

Helos aquí nuevamente dueños de sí mismos y dispuestos á correr nuevas aventuras. Mauricio, lleno de gozo por el hallazgo de su perro, no reflexionó en que podia haberse engañado en la nueva escapatoria que acababa de hacer. Tan fácilmente se entregó al péfido Frisquet, como fué pronto en desaparecer y abandonar los favores que un hombre de bien queria hacerle. Le habia estraviado un pavor irracional, y no dejaria su nuevo atolondramiento de costarle caro. Echó á andar de nuevo al amanecer, decidido á informarse exacta-

mente en la próxima aldea del camino que debía seguir para ir á Saboya. Después de haber andado cinco ó seis horas llegó á una villa pequeña, y la primera persona que halló en ella fué un calderero ambulante de los que estañan las cazuelas y funden también la vajilla de estaño. Este hombre había establecido su horno portátil cerca de una pared. El hoyo que hizo en tierra estaba lleno de áscuas, y el fuelle puesto al lado animaba ya ese brasero bajo el impulso impreso por el pié del artesano. Tocante á sus manos, las empleaba entonces en el servicio de su boca, pues el calderero estaba almorzando. Su pambazo, casi tan negro como sus manos, y un plato de buey frito con cebollas, escitaron el apetito de la hambrienta pareja. El calderero lo echó de ver, y pudo sin trabajo detener al jóven viajero para hacerle charlar.

Cuando supo en globo la historia de Mauricio, le agasajó mas y mas, y le dijo:

—Dos forasteros que se encuentran lejos de su casa son dos hermanos, y deben socorrerse recíprocamente; por lo mismo, amigo mio, te propongo lo mejor que puede ofrecerse á un

jóven honrado, y es trabajo y pan. Según juzgo, tu viaje es largo y te falta dinero; quédate conmigo solo una semana, y te daré comida y quince sueldos diarios. Así podrás ir luego lejos sin pedir nada á nadie.

Mauricio le repuso que temia le conociesen; y el calderero, al oír esto, saca de su carrito, que le servia de almacén, un gorro de lana parada polvoreado de carbon; disfrazá al chiquillo con un gran delantal de cuero, le hace embardunar un poco la cara y las manos, y le asegura que con semejantes precauciones jamás la policía podrá dar con él.

Mauricio debió sospechar de un hombre que tan benévola se prestaba á lo que él queria; ¿pero podriamos nosotros, mejor que él, desechar al que nos lisonjea? . . . .

He aquí al hijo de Gerbin con otro amo y otro oficio. Decíase presuntuoso:

—Al ménos ahora mi oficio es honrado; las cazuelas y el carbon podrán ensuciarme las manos, pero no por eso dejaré de ser el mismo. He oído decir á mi padre:

En el trabajo se depura el alma;  
Tener las manos sùcias no es infamia.

## DE MAURICIO.

93

Miéntaras que esté oculto en esta delantal, cesarán de ocuparse de mí en los alrededores, al cabo de algunos días con una bolsa llena de cuartos honradamente ganados partiré á reunirme con mi padre. ¡Qué dicha para mí si no necesitase ya mas de limosnas!

No bien acababa Mauricio de entrar en el servicio fué invitado á almorzar; y al ver del modo que principiaba á tratarle, halló que su amo se alimentaba bien. Dragon participó tambien de algunos restos, y terminado el almuerzo, el chico y el perro principiaron su servicio, yendo juntos á pedir trabajo á la villa. La honrada fisonomía del chiquillo y sus grandes ojos azules, que brillaban todavía mas en su ennegrecida cara, llamaron la atencion de todas las mujeres. No hubo una casa en que no hallase algun utensilio para refundir ó componer. Mauricio tuvo la ocurrencia de cargar á Dragon la mitad á cuestas, que atados con cuerdas le maltrataban las costillas.

Esta peregrina traza fué muy provechosa á ambos. Tan interesante juzgaron al perro como al amo; los dos engordaron, y su alimento costó muy poco á Pierral, pues así se llamaba

el calderero. Dragon se desquitaba de sus trabajos, pues es inútil añadir que Frisquet le tuvo á media racion, y desde que salió de la aldea, tanto él como su amo, no hicieron una comida completa y regular. La ciudad fué para ambos la tierra de Pipiripao. El calderero, muy satisfecho de haber encontrado tan útiles como poco gravosos ayudantes, elevó la paga de Mauricio á veinticinco sueldos diarios. Dióle una bolsita de badana, y todas las noches se los pagaba regularmente. ¡Qué hombre de bien era M. Pierral!

No tenia mas que un defecto, y era el de dejar que se acumulase el trabajo. Ya devolvía de cuando en cuando alguna cosilla, pero no era nada en comparacion de lo que le quedaba. Sin embargo, los parroquianos tenian paciencia porque trabajaba con esmero, y por otra parte Mauricio disculpaba á su amo con tanta gracia, que quitaba todo motivo de enfado.

## XXI.

## LA INOCENCIA AFLIGIDA.

Llegó por fin el sétimo dia; Mauricio contaba placentero ciento setenta y cinco sueldos

## DE MAURICIO.

95

en su bolsa, los que reunidos con los seis que le quedaban de hallazgo, hacian ciento ochenta y uno. Decíase á sí mismo, que con ellos, podria ir hasta el cabo del mundo, pero su corazón no aspiraba á tanto.

--¿Y nuestros utensilios? dijo la gente á quien Mauricio anunciaba para la noche su marcha en el dia siguiente.

--¿Vuestros utensilios? M. Pierral os los devolverá; yo le he dejado, porque el sueño se apoderaba de mí; lo que es él, todavía trabaja. ¡Oh, que hombre tan trabajador!

Mauricio se fué á acostar cuando terminó esta esplicacion. Esperaba volver á ver á su amo el dia siguiente, pero nada mas que para despedirse y almorzar con él todavía una vez, para terminar, así dijo M. Pierral, como principiaron.

Empero M. Pierral, desembarazado de su aprendiz, ejecutó el proyecto para el que se sirvió de él; y poseedor de una gran cantidad de cobre y de estaño que valia bastante, desapareció durante la noche, ayudado quizá por algun encubridor, á quien le entregaria su fardo.

Acababan de justificar su huida cuando Mauricio salía de su casa.

Las mujeres se enfurecieron tanto, que una de ellas coge al muchacho del brazo y le sacude atrozmente; otra le amenaza con el puño cerrado; la tercera le llama que sé yo como, y Mauricio lleno de consternación manifiesta tal pesar, que en alguna de ellas la lástima reemplazó á la cólera.

—Si fuera cómplice, grita una, no estaría entre nosotras; hubiera seguido al ladrón.

—No importa, dijo otra, él es el responsable; á él entregamos nuestros efectos, que nos los restituya.

La autoridad creyó que convenia en todo caso asegurarse de su persona, aunque no fuera mas que para recibir su declaración.

Así cayó Mauricio en la desgracia que mas temia. El hijo de Gerbin se hallaba preso por sospechas de robo, como cómplice ó como fautor. Digamos sin embargo que Mauricio lanzó gritos de desesperación tan lastimeros cuando le llevaron á la cárcel, que toda la buena gente se compadeció de él, acompañándole algunos, y condoliéndose con él, ó animándole

otros. El perro, que hacia poco habia participado con su amo de la benevolencia pública, daba ahora mucha lástima, pues se hallaba el mas afligido de la ciudad. Cuando le vieron andar con la cabeza baja al lado de Mauricio, lamerle las manos, ó precipitarse sobre él, como para arrastrarle ó darle la libertad, se afligieron aun mas, y decidieron que no los separarian.

No bien llegaron á la cárcel, el magistrado hizo declarar al muchacho. Respondió con bastante acierto, dió todos los pormenores que desearon, tratando, lo mejor que pudo, de aclarar á la justicia el asunto que tanto le interesaba. Contó al propio tiempo su historia al magistrado, y preguntó si se le permitiria escribir á su padre. Autorizáronle al efecto, advirtiéndole que leerian la carta ántes de enviarla. Mauricio no lo rehusó, y escribió la siguiente carta, figurándose sin duda que sabria encontrar sola el camino.

“Querido padre, te escribo esta carta en lo mas profundo de la cárcel, en donde me han encerrado, para decirte que soy inocente en el robo del cobre y del estaño. Querido padre,

muy desgraciado he sido desde que te marchaste; pero juro que no tengo yo la culpa, y lo juro ante Dios. Seis días después de tu partida, nuestra prima cayó muerta de repente; y como los que me hospedaron luego querían separarme aun de Dragon, sin preguntar mi parecer, y fusilarle, siendo tan inocente como yo, nos escapamos de la aldea juntos con intención de reunirnos contigo cuanto antes. Hasta ahora no lo hemos podido conseguir; me han engañado y alejado de mi camino algunos, pero también he hallado gentes honradas que me han cuidado. Dos chiquillas me han dado leche de sus cabras con patatas asadas al rescoldo. El día siguiente Dragon y yo comimos en casa de un honrado lugareño, y nos dió buenos consejos; pero desgraciadamente no los seguí y escuché luego otros malos. No quiero contarte todo lo que me ha sucedido, porque necesitaría mucho tiempo; pero no creas que es por ocultarte algo. Si Dios quiere, luego te lo contaré todo yo mismo. Me aseguran que jamás se castiga la inocencia, y espero saldré libre é iré á abrazarte una y mil veces para desquitarme del tiempo perdido.

DE MAURICIO.

99

Adios, querido padre, no te inquietes: tu fiel y honrado hijo.

MAURICIO."

He aquí el sobrescrito de la carta: Al señor don Dionisio Gerbin, albañil, en Saboya.

Hiciéronle presente al chiquillo que con esas señas difícilmente llegaría la carta á su destino, y decidieron que se escribiese al pueblo de donde salieron el padre y el hijo, con el fin de recibir informes mas circunstanciados, á ser posible.

A pesar de esto, Mauricio se desconsolaba en su cárcel, y al ver que se hacia de noche, se entristeció mas y mas. Hallábase sentado en un rincon junto con Dragon. La criatura recordaba con ternura el gozo que este fiel compañero tuvo al encontrarle ocho dias ántes.

—¡Y corriste, le decia, en busca mia para seguirme á la cárcel! Sin embargo, aunque lo hubieras sabido, no habrias dejado de correr lo mismo.

## XXII.

## LA CAZA DE LOS RATEROS.

De repente ocurrió á Mauricio la idea de que, pues Dragon le habia encontrado tan pronto, tambien podria descubrir á Pierral, con el que se habia familiarizado durante los ocho dias que estuvieron juntos. Afortunadamente Mauricio acostumbró á su perro á oír ese nombre, y divertir al calderero, diciendo alguna vez al inteligente animal.

—¿Dónde está Pierral?

Y el perro corria en el acto hácia el hombre. Tan pronto como esta idea vino á la imaginacion de Mauricio en su triste morada, éste, para probar á su perro, se repitió la pregunta. Dragon levantó bruscamente la cabeza y olfateó en todas direcciones.

Persuadido de que su idea era buena, la criatura hizo llamar al juez en seguida, diciendo que tenia que comunicarle un negocio importantísimo. Vino el juez, quien sin embargo de que pareció tener por muy singular el proseguir así la sumaria, consintió en ello y dió permiso

á Mauricio para hacer la prueba por sí mismo. Salió bien acompañado con su perro sin que nadie lo advirtiese, pues la noche estaba oscura, y solicitó ir al sitio donde Pierral trabajaba.

Al llegar allí Mauricio despues de haber acariciado bien á Dragon, le dijo con viveza:

—¿Dónde está Pierral?

El perro empezó á buscarle, corrió en varias direcciones y volvía siempre al mismo punto. Nada se esperaba ya de él; sin embargo, Mauricio escitaba al animal con su voz y repetía frecuentemente la pregunta escitadora que aumentaba de nuevo su celo. En fin, siguió otra pista, y despues de rondar alrededor de algunas casas situadas en el extremo de la ciudad, volvió al interior, se introdujo en unas calles retiradas y se paró obstinadamente delante de una casa, en cuyas ventanas no se veía luz alguna. Allí Dragon subió sobre unas gradas exteriores, olfateó, ladró con ahinco, y el chiquillo aseguró que debía estar dentro Pierral. El amo de la casa se asomó á la ventana, y cuando supo de qué se trataba, enfadándose á imitacion de un hombre á quien le arrancan

del sueño, rehusó abrir la puerta y quiso al parecer embarrerrarse. Dijéronle que semejante conducta le hacia mas sospechoso y culpable que las indicaciones del perro. Intervino el magistrado, y haciendo abrir la puerta de la casa principió á registrarla. Al cabo de un gran rato de diligencias se descubrieron los objetos robados. El amo de casa tuvo la osadía de sostener que ignoraba quién habia podido ocultar en su casa todo aquello. Dragon le respondió todavía arrogantemente, ladrando frente á una puerta trás de la cual se hallaba Pierral agachado. Arrestaron los culpados, y como nada ganaban no siendo francos, puesto que el robo y la ocultacion estaban manifiestos, confesaron su delito. Mauricio no necesitaba de la justificacion de Pierral para que le juzgasen inocente; pero ni aun eso le faltó. El calderero, sea que no fuese del todo malo, ó sea que declarando francamente en favor de un chico á quien toda la gente apreciaba se prometiera alguna ventaja, dijo que su operario nada sabia de lo ocurrido.

DE MAURICIO.

103

## XXIII.

## FATAL ENCUENTRO.

Desde ese momento Mauricio estuvo en libertad, y en vez de volver á la cárcel pudo escoger entre cinco ó seis alojamientos que las mujeres le ofrecieron en recompensa del perjuicio que le habian ocasionado, y le obligaron á que guardase el dinero que habia recibido de Pierral.

—Le has ganado honradamente, le decian, y mas mereceria el servicio que nos ha hecho tu perro.

Le instaron á que prolongase su estancia en medio de sus nuevos amigos, pero lo que él queria era marchar pronto de allí.

El magistrado le llamó á su casa, y le dijo que hacia mal en correr á la aventura por el país.

—Vuelve, le decia, á la aldea donde te dejó tu padre; allí debes aguardarle.

El chiquillo manifestó una gran repugnancia en adoptar ese partido, y le contó mas circunstanciadamente sus desavenencias con Bernardo.

—Bien, te pondremos bajo la proteccion del alcalde, y así estáte seguro de que ni aun á tu perro se atreverán á tocar.

—¡Ah, señor! respondió cándidamente Mauricio, nuestro alcalde obedece á Bernardo como si fuera su alguacil.

—En tal caso, en vez de enviarte á tu aldea, te dirigiré á la sub-prefectura vecina. El señor sub-prefecto te tratará como á su hijo, y bajo su proteccion aguardarás noticias de tu padre. Este es el camino mas corto y el mejor para reunirte con él. Hay aquí un honrado mercader que va hoy á la feria de un pueblo cerca de aquí, y en direccion á la ciudad á donde quiero enviarte. Cuando llegueis á él, el comerciante se informará de un guia que te lleve mas léjos, y así llegarás lo mas tarde dentro de tres ó cuatro dias. Escribo recomendándote al sub-prefecto y espero que esta vez te fiarás de la autoridad, que vela tanto por proteger á los buenos, como por reprimir á los malos.

Mauricio prometió ser juicioso, y se marchó acompañado del comerciante, quien, al llegar al pueblo y poner el caballo en la cuadra de la

posada, dijo á Mauricio que iba á hacer sus negocios, y que al propio tiempo buscaría una persona de confianza para cumplir así la intención del magistrado; en cuyo intervalo no se oponía á que se pasease, con tal que dentro de una hora volviera á saber lo que se había hecho. El chico se fué á paseo con Dragon, y se divirtió mucho observando el movimiento del gentío. Veíanse muchas mercancías en los mostradores de las tiendas hechas de tablas. Mauricio vigilaba de cerca á Dragon, al que arrastraba á todas partes su curiosidad. Hacía ya casi media hora que iban errantes, cuando el chiquillo, distraído en una tienda mirando los juegos de niños, oye trás el mostrador al través de las tablas una voz severa que esclama:

—¡He aquí el perro; el amo no está léjos!

Y principia en el acto una violenta lucha entre el hombre y el animal. Ese sugeto era Bernardo, que había ido allí por asuntos comerciales. Arrebatado y colérico como siempre, cogió á Dragon, que si bien se resistía enérgicamente no por eso pudo evadirse.

Las amenazas del hombre y los gritos del per-

ro alborotaron y conmovieron tanto á la gente, que los negocios comerciales cesaron un momento. Mauricio pudo escaparse fácilmente, y no dejó de hacerlo así. Ni los consejos del señor juez, ni la esperiencia de una existencia llena de amargos recuerdos fueron bastante para detenerle. ¡Adios las sábias reflexiones, adios las buenas promesas! Al cabo de un cuarto de hora Mauricio estaba ya léjos.

## XXIV.

## UNA FALTA GRAVE.

Cuando se creyó fuera de peligro, en medio de una mimbrera todavía espesa, se puso á meditar sobre lo que debia hacer. ¡Iria á socorrer á Dragon? ¡Cuánto lo deseaba! pero juzgó que era inútil. O Dragon está en libertad como yo, se dijo á sí mismo, y no tardaré en verle como la última vez, ó ese maldito le ha vencido, y lo mismo resistiré yo que mi perro.

El pobre jóven creyó corresponder bastante á la amistad permaneciendo oculto donde se hallaba, y aguardar á que se hiciera de noche

para ir al pueblo á informarse de Dragon. El lance habrá hecho ruido, hablarán de él, y sin descubrirse hallará medio para saber en qué ha parado su desgraciado compañero.

Cuando se hizo de noche, Mauricio, con peligro de caer en las manos del infernal Bernardo, volvió al pueblo por sendas y senderos, y en la plaza mayor halló á algunos niños reunidos, con los que se puso á jugar sin el menor recelo. Como la feria atrajo allí muchas familias de los alrededores, nadie notó su calidad de forastero. Escuchaba todo lo que se decia, pero tardó en oir conversacion alguna relativa á su perro. Iba, arrostrando todos los peligros, á preguntar á uno de los aldeanitos, cuando oyó en fin una disputa de dos vecinos suyos.

—Está rabioso, gritaba uno.

—No lo está, decia otro.

—Ha mordido al hombre hasta ensangrentarle.

—Porque le cogió primero el hombre y quiso ahogarle en la plaza.

—Mi padre estaba allí y vió lo que pasó.

—Tambien el mio estaba, y fué el que se opuso á su muerte.

—¡Pues á fe que ha hecho gran cosa oponiéndose á ello!

—Sí la ha hecho, pues que aun por el interés del enfermo ;no vale mas informarse si el perro está rabioso ó no? Esto es lo que queria tambien el cirujano, y por eso ha mandado que se le tenga atado hasta saber la verdad: mi padre se ha encargado de vigilarle.

—Tanto peor para tí.

—¡Qué nos ha de suceder? Así que se le ha atado ha bebido. ¡Pobre animal! tan rabioso está él como yo. Los hombres si que lo están muchas veces al ver del modo que tratan á los animales.

Mauricio, al escuchar esta conversacion, se enterneció y se preguntó á sí mismo lo que debia hacer. La hombría de bien y el buen corazon el chico que hablaba de su perro le conmovian muchísimo, y se hubiera dirigido francamente á él; pero temió caer entre las uñas de Bernardo, mas enfurecido que nunca. Resolvióse á estar á la vista del chiquillo, á seguirle y saber así el punto donde Dragon se hallaba preso á su vez, para luego ver lo que debia hacer.

Los niños no tardaron en separarse, y Mauricio siguió de lejos al hijo del que cuidaba á Dragon: tan pronto como le vió entrar en su casa se paró, y al cabo de algunos minutos se acercó disimuladamente para tratar de descubrir el paradero de Dragon. Había allí junto á la casa un tejadillo que parecia servir de cuadra. Dirigióse hácia él, y acercándose á la puerta vió que estaba cerrada y sin llave. Apenas la tocó y se ensayó dos veces en abrirla. Dragon por el olfato conoció á su amo, y empezó el menguado á ladrar.

--¡Chiton! ¡chiton! ¡chiton! dijo bajito Mauricio, temblando de gozo y de miedo.

Nada mas necesitó el preso para callarse la boca y permanecer silencioso.

Habia allí una estrecha ventana no muy alta. ¡Qué dicha! se hallaba abierta y se podia entrar sin ningun inconveniente. Mauricio trepa por allí con ligereza, salta dentro, saca su navaja del bolsillo, corta la cuerda del preso y se lanzan los dos por el mismo camino, primero el perro y despues el amo.

El afortunado Dragon estaba loco de contento, y Mauricio; además del temor de ser

descubierto, temor que todavía le hostigaba, reprobaba ya lo que acababa de hacer. Efectivamente, mala acción era esa. Un hombre de bien salvó á su amigo, resistiendo en su favor á las sospechas populares, tan frecuentemente injustas y crueles, se espuso á lo que pudiera suceder y se encargó del preso por salvarle la vida, cuya resolución sostenia su hijo en medio de los chicos con tanta generosidad como él en medio de los hombres. En cambio Mauricio aprovechaba solapadamente algunas palabras que recogia á hurtadillas, seguia traidoramente la pista del niño, entraba como un ladron en la casa hospitalaria y robaba el depósito confiado por un poder tutelar al honrado ciudadano. ¡Qué reprehensible es semejante conducta! Y desgraciadamente Mauricio pensó demasiado tarde en cambiar de proyecto, y además se enterneció poco para remediar el mal que habia hecho.

Se alejó como un culpado y se introdujo en la campiña, buscando los lugares desiertos y meditando tristemente en su porvenir. El perro le colmaba de caricias y le daba las mas expresivas gracias. Mauricio se lo permitia, pero no le respondia como ántes.

--¡Pobre Dragon! decía, ¡cuánto me cuestas!  
Sin embargo, no hallaba dónde hospedarse; ni un escondrijo, ni una pila donde poder pasar la noche. Iba errante por un bosque á la ventura, y se vió en la necesidad de amontonar las hojas caidas de los árboles para acostarse y cubrirse. Luego tomó á Dragon en sus brazos, y mientras que el afortunado animal dormia sin cuidado alguno, él, mirando las estrellas que brillaban al través de las ramas, aguardaba en vano el sueño. En su situacion no influia el miedo, pues la vida que llevaba de algun tiempo á esta parte, le habia al ménos aguerrido; así es que echado en medio de un bosque y en país desconocido, no experimentaba el pueril temor de los fantasmas y de los hechiceros. Lo que contribuyó á su desvelo fué el temor de haber ofendido á Dios y de afligir á su padre.

Aun desde que quedó dormido no se vió libre de esta congoja, pues soñó cosas atroces. El que hubiera pasado por el bosque donde la luna brillaba sobre las hojas secas, hubiera oido los sofocados gritos que lanzaba el chiquillo, y le hubiera visto disputar contra las vi-

siones que le agitaban. Se despertó al sentir el sol, y continuó su marcha.

En una casa no muy léjos de allí compró dos sueldos de pan, y se le comieron entre él y su perro, sirviéndoles de único almuerzo.

—No merezco otra cosa, se decía Mauricio, y mi pobre perro no pide mas.

El hijo de Gerbin estaba tan desconsolado, que no pensaba ni aun en preguntar por dónde se iba á Saboya. Se dejaba llevar solo por el sol, esperando que la Providencia le condujese allí. Principiaba ya á temer la presencia de su padre y al propio tiempo la deseaba: tanto temia sus reconvenciones como anhelaba sus abrazos.

## XXV.

### UNOS MUCHACHOS QUE NO VAN A LA ESCUELA.

Al pasar por detrás de la iglesia de una aldea hácia las dos de la tarde, vió á unos chicos divirtiéndose juntos. Estos, contra la costumbre, no hacian ruido y hablaban bajito. No tardó en comprender que hacian novillos. Uno de ellos estaba de centinela sobre un hastial á

fin de anunciar en caso de necesidad cuando llegase el enemigo, si aparecía. Este enemigo era el señor maestro, que sin duda alguna no podía aprobar su conducta. Como hacia mucho tiempo que Mauricio no se divertía con los muchachos de su edad, se acercó á ellos y viendo que jugaban al cañuto, les dijo si querían que jugase. Le admitieron y continuó el juego.

Algunos de ellos tenían por chinas monedas de dos sueldos, y otros solo piedrecitas, y se quejaban muchísimo de tal desventaja. Mauricio, por hacerles ver que era un buen camarada, y todavía más por enseñar su bolsa, sacó de ella todos los sueldos que necesitaban los que no los tenían, cuyo número se elevó á quince con el suyo. Animóse el juego entonces. Mauricio les mostró que no era el más desmañado, y se divertía tanto que ya no se acordaba de lo que sufrió en la víspera. Lo único que le fastidiaba era el poco afecto que se tenían sus compañeros de juego, y la mala fé con que se trataban disputando sin razon aparente. ¡Cuánto hubieran gritado si no hubieran temido una sorpresa! En desquite se

zapateaban y amenazaban á mas no poder. No respetaban ni al mismo Mauricio que tan benévola-mente les prestó los sueldos. Es cosa averiguada que un mal estudiante rara vez es buen amigo. La disciplina y el órden son necesarios hasta en los placeres, y de un muchacho que resiste desvergonzadamente á su maestro, no es de esperar que ceda bondadosamente á sus condiscípulos.

Hacia una hora que jugaban, y siempre muy enardecidos, cuando se asomó impensadamente el maestro por la parte opuesta al punto donde estaba el centinela. Se espantaron tanto, que echaron todos á escape y en desórden, como una bandada de gorriones ahuyentados. Mauricio se escapó por su lado como los demás, sin poder recoger sus cuartos. Todo lo perdió, hasta la moneda con la que él jugaba, pues la acababa de tirar cuando apareció el maestro. Uno de los escolares, ménos ágil ó ménos afortunado que los demás, pagaba por todos, y gritaba, no de dolor, puesto que no le sacudían, sino de cólera, porque le arrastraban á donde no queria ir.

Mauricio iba solo huyendo y corria rene-  
gando.

—¡Mis sueldos, mis sueldos! decia colérico.

Pateaba, volvíase de vez en cuando, y aun se paraba, para deliberar si iria ó no á re-  
clamar su dinero; pero fué prudente y no se  
decidió. Su conciencia le acusaba. ¿Por qué  
te paraste con aquellos malos muchachos?  
Dios te ha castigado. Mauricio oia esta in-  
cansable voz, este testigo que no le dejaba nun-  
ca, y con la cabeza baja seguia su camino.  
Para consolarse contó lo que le quedaba, y  
halló tanto en cobre como en plata, una suma  
todavía no despreciable. Díjose en fin:

—Ello me servirá de leccion para en lo su-  
cesivo.

¡Desgraciadamente todo lo habia olvidado el  
mismo dia!

## XXVI.

### LA POSADA.

Por la tarde llegó á una posada de aldea, y  
se resolvió á pasar allí la noche y reponerse  
de sus fatigas anteriores en una verdadera ca-

ma. Pidió de cenar, y un cuarto para él y Dragon; y hasta tuvo la precaucion de ajustarle de antemano, alegrándose de ser ya tan prudente. Una buena sopa, un guisado de carnero y un trago de vino pusieron al chiquillo de buen humor. En su edad los pesares y los remordimientos duran poco. Se aproximó al fuego y estuvo escuchando la charla de unos bebedores sentados en la cocina. Uno de ellos entonó una cancion, pero no se acordaba de la segunda copla, y Mauricio, que la sabia por casualidad, la hizo presente al cantor; lo que hizo se fijase sobre él la atencion, y se le dijese que cantara á su vez. Tenia tan bonita voz que su padre se divirtió mas de una vez en oirle cantar, y enseñó á Mauricio en momentos de recreo algunas canciones escogidas. El chico no resistió á la tentacion de ganar aplausos, principiando sin vanidad una cancion que frecuentemente le habia venido á la memoria desde que viajaba, y cantó las siguientes oplas con voz sonora y acompasada:

¿A dónde avecilla vuelas  
Por la llanura marchita?

DE MAURICIO.

117

Vas á donde el cielo es bello,  
Donde la tierra es florida,  
La dicha acaso te aguarda  
Sobre la extranjera orilla,  
Y corres cantando: "vuelvo  
Hacia el padre de mi vida."

Vé á responder á su amor,  
¡Y que el cielo te bendiga!  
Huye el buitre y la borrasca,  
El cazador y la liga,  
Que ningun placer detenga  
Tu vuelo mientras caminas,  
Que no es placer si entristece  
Al que le debes la vida.

Vuela, y cuando estés con él  
Bajo su ala te cobija;  
Porque el amor paternal  
Es guarda santa y bendita.  
¡Ah! ¡cuán feliz es el ave  
Que sedentaria y tranquila  
En la misma rama siempre  
Junto á su padre se abriga!

Escucharon esta canción con placer, y elo-

giaron la bella voz de Mauricio, el que tuvo también el gusto de ver á la buena mesonera pasar la mano por sus ojos, y aun hubiera sido preguntado por ella en seguida si tenia analogía con el pájaro, y hubiera merecido su cuidado, si desgraciadamente no la hubieran llamado al patio, donde estuvo ocupada durante una hora.

En este intervalo los bebedores hicieron sentar á Mauricio con ellos, diéronle de beber mas de lo que necesitaba, hasta el punto de ponerse alegrito. El muchacho, como nunca se habia hallado así, charló, se rió y divirtió á todos los que estaban allí. Pidieron una baraja, y él miraba cómo jugaban. Al cabo de un instante apuntó al juego al ver que un alegre joven acertaba cuanto ponía. Como los que jugaban eran gente poco escrupulosa, no se opusieron á ello. El muchacho se jactaba ya de ganar lo que dejó entre las manos del maestro de escuela; pero se cambió la suerte. Principió á perder un sueldo, luego dos, despues seis y mas tarde veinte, los bebedores se alegraban cruelmente de su desgracia, y le escitaron aun tanto que al cabo de un instante su bolsa

estaba vacía. Entónces saltándole las lágrimas de vergüenza, se fué á dormir sin decir una palabra. Los perillanes que le despojaron, se guardaron bien de jactarse de su traversura delante del mesonero y de su esposa, pues los tenían por gente honrada, y se retiraron con el botín, yendo quizá á gastarlo en otra taberna.

Mauricio no cerró los ojos hasta por la mañana, pues el vapor vinoso tardó en desaparecer. Entónces pasó revista á sus continuadas aventuras y deploró sus faltas, y aun mas lo que él llamaba sus desgracias. No quería comprender que él mismo era la causa de esas desgracias. Sin embargo, su fiel conciencia despues de una tenaz lucha fué vencedora, y tuvo que escucharla.

—No debias jugar. Pues quisiste ganar el dinero ajeno, merecias perder el tuyo.

—Pero no estaba en mi sano juicio cuando principié.

—¿Y quién te forzó á que bebieras? Te disculpas de una falta con otra.

—Pues qué ¿podia acaso rehusar un acto le

urbanidad? Quisieron probarme el placer que tuvieron al oírme cantar.

—Pero ¿por qué cantaste? ¿Convenía eso acaso á un desgraciado como tú?

Mauricio descarriado, afligido y separado de su padre despues de las faltas que habia cometido y los contratiempos que habia soportado, ¿debía hallarse con ganas de cantar? No echas la culpa al vino, sino solo á tu orgullo. Quisiste que te elogiaran, y se burlaron de tí. Llorá, quéjate ahora, pero arrepiéntete, que es el único medio que te queda para aplacar la ira de Dios y consolar á tu padre.

Tal era el razonamiento que le dictaba su conciencia y que le fué muy útil. La noche la ha hecho Dios para descanso del inocente, y tormento de los criminales; pero sea el descanso ó la pena la que trae consigo, no deja de ser por eso la mensajera del Sér Supremo que vela siempre por nosotros. La perturbacion que causa en el pecador, es el camino difícil que le restituye á la paz. Mauricio no se hallaba aun en aquel estado humilde y profundo, precursor seguro de una alma regenerada; sin embargo, se levantó con el sentimiento de ha-



*Litog. de Inarte y Ca.*

La Posada.

ber pecado, y lo confesó en seguida á su mesonera. Díjola sollozando su malaventura, y la imposibilidad en que se hallaba de pagarle el gasto que tan prudentemente ajustó con ella. La huéspedada, conmovida de compasion, llamó á su marido, y se reconvinieron cortesmente los dos de no haber vigilado mejor al muchacho, y de haberle dejado solo en compañía de los bebedores.

—No nos debes nada, le dijo el mesonero; debimos precaver semejante desórden. Por desgracia de nuestro oficio ocurren en nuestra casa hartos males contra nuestra voluntad. Almuerza con nosotros, hijo mio; he aquí algunos cuartos para tu viaje; no puedo darte mas; pero, ¡cómo ha de ser! y otra vez sé mas reservado. Hospédate en las posadas cuando lo necesites, y huye de las malas compañías, que en todas partes se encuentran.

Mauricio no queria recibir lo que le daba el posadero.

—Te lo prestamos, le dijo la buena gente, tu padre nos lo devolverá.

Así hallaba el chiquillo en su viaje, aquí el bien, allá el mal, y pasaba alternativamente

del desaliento á la esperanza. Viendo que trataba con gente honrada, les preguntó el camino que debia seguir para ir á Saboya, á donde iba para reunirse con su padre. Los posaderos no le disuadieron de su propósito creyendo que le aguardaban, y bajo este supuesto le dieron todas las indicaciones que necesitaba. En fin, Mauricio partió bastante consolado.

## XXVII.

## NUEVA AFLICCION.

Las lecciones que recibió hasta entónces no le impresionaron muy profundamente. Sin embargo, á fuerza de aventuras reflexionaba ya mas, y reconoció que parte de sus desgracias fueron motivadas por su indiscrecion, y la facilidad con que se unia á los desconocidos. Prometiése ser mas cauto, ménos comunicativo, y en fin, lo mas honrado y prudente posible. Al cabo de varios cambios de fortuna se veia poco mas ó ménos en la misma posicion que cuando salió de la aldea. Un vestido peor quizá; veinticinco sueldos en el bolsi-

llo y cierto caudal de experiencia. El fin de su viaje no le veía aun; pero un día al preguntar si unas montañas que se veían á lo léjos, y que en su cumbre se hallaban cubiertas de nieve, eran el Monte-Blanco, le dijeron que era el Jura, pero que desde su cima se veía perfectamente el Monte-Blanco.

Esto le hizo doblar el paso. Deseaba muchísimo llegar á la cumbre de aquellas montañas, para ver desde allí el país donde se hallaba su padre. El deseo se las pintaba tan próximas que creía ya hallarse sobre sus alturas, abrazar desde allí la estension, distinguir la casa en la que trabajaba su padre; le veía sobre un andamio; la llamaba y le alargaba las manos. Levantando los ojos, su padre le conocía por su parte, y echaba en tierra las herramientas para estrecharle entre sus brazos.

¡Pobre niño, qué léjos estaba aun de tan dichoso momento! Una nueva separacion iba aun á desgarrar en un instante su corazon, pues pronto pasamos de las ilusiones halagüeñas á las tristes realidades. Llegó á escape el carro de un carnicero, tirado de un vigoroso caballo, lleno de terneras y carneros, y sobre su

rodilla un cabrito destinado sin duda al mismo fin que los demás.

El pobre animal se agitaba con frecuencia, como si adivinase la suerte que le esperaba. De repente se escapa de las manos del hombre, embarazado con las riendas y el látigo, y se lanza del carro, pero tan mal, que dió con la cabeza en una piedra. Chorreaba sangre, y esto provocó el instinto de Dragon. Saltó sobre el cabrito, que parecía muerto, y le coge del cuello. ¡Ah, desgraciado Dragon! ¿pues qué también se echó á perder en el viaje? Acude el hombre, y el pícaro defiende su presa mal adquirida. Mauricio, que se habia parado á coger moras, le llama de léjos pero en vano. Cuando llegó, el carnicero habia atado ya con su grueso látigo á Dragon del cuello y le arrastraba hácia el carro. Este hombre robusto y listo subia á su carro con su cabrito, y arreaba á su caballo para que corriese. Mauricio tuvo el dolor de ver arrastrado su pobre amigo trás del carro que huía.

Al cabo de algunos instantes se paró el raptor, y Mauricio creyó que iba á devolverle su perro, ó dejarle muerto en la carretera despues

de haberle desatado. La intencion del carnicero era muy diferente; reflexionó que el perro era jóven, de buena raza, y podria servirle de mucho. Le recogió sin trabajo, pues el pobre Dragon estaba demasiado maltratado para defenderse; así es que se dejó tirar y atar entre las terneras y los carneros. Esto se hizo en un abrir y cerrar de ojos, y luego el carro se alejó mas aprisa que ántes.

Mauricio vió todo á cien pasos de distancia, y lo sintió tanto, que se dejó caer por tierra, donde no hizo mas que gritar y quejarse por espacio de un gran rato. Si hubiera corrido, quizá habria podido seguir el carro de cerca y ver así el camino que tomaba. La desesperacion no reflexiona, y Mauricio, que acababa de prometerse juicio y prudencia, faltó á ello en el mismo momento en que formaba ese voto. Mucho debia sufrir cuando gritaba lastimoso:

--¡Yo que abandoné mi aldea por él, voy á perderle ahora tan tristemente! ¡Pobre Dragon! ¿pero por qué se arrojó con tanta ira sobre el cabrito? Pensó tambien mal á su vez, y yo recibí el castigo que merezco por haberle hurtado á su generoso defensor.

Todas estas reflexiones se cruzaron en él, hasta tanto que vió desaparecer al carnicero. ¿Por qué lado se irá ahora? La suerte del perro dependía del camino que iba á escoger Mauricio. Esta vez el hijo de Gerbin reflexionó diciendo:

--¿Por qué parte tengo de buscar á mi padre?

Y habiéndole el honrado fondista indicado circunstanciadamente el itinerario que debía seguir, Mauricio le siguió sin vacilar. ¡Pero qué triste estaba el pobre Mauricio! ¡Cuántos sollozos y cuántas lágrimas derramaba! ¡Cuántas veces volvió la cabeza y llamó á Dragon con toda su fuerza! ¡Ay, si Dragon vivía aún ya no estaba en su poder!

## XXVIII.

### EL BUEN PROCEDER.

El jóven viajero llegó al anocheecer á una aldea y anduvo solícito en informarse de si vivía en ella un carnicero. Habiéndosele respondido afirmativamente, procuró que le diesen las señas de su casa, y al punto que las adquirió corrió hácia ella. Aunque se presentó

de improviso no vió nada con todo capaz de infundirle sospechas. Entró y dijo con respeto acompañado de timidez, que habiendo seguido su perro el carro de un carnicero, esperaba hallarle allí.

— En ese caso, apénas te quería tu perro, le dijo en un tono fuerte un hombre gordo de rostro franco y afable, ó acaso no le dabas de comer lo bastante.

— Señor, aunque mis comidas no suelen ser opíparas, no se mostraba quejoso de ellas, y si he de deciros la verdad, creo que no me ha dejado de buena gana.

— Habla con mas franqueza, amigo mio; á tí te le han robado: veo que lo sientes al vivo, y así mucho me alegraría de que tu perro estuviera en mi casa para poder volvértelo.

Miéntas el hombre se explicaba en estos términos, un perro que se hallaba encerrado dió algunos quejidos trás de una puerta, y Mauricio volvió entonces vivamente los ojos hácia ella, pues su ladrido era muy semejante al de Dragon.

— ¿Crees que es el mismo? dijo el carnicero con franqueza y sinceridad.

—No, señor, repuso Mauricio.

—Quiero que te desengañes con tus propios ojos.

—De ningún modo, señor; no lo quiero, pues veo sobrado bien que sois un hombre honrado, y por tanto creo firmemente que Dragon no está aquí.

Al acabar de decir estas palabras, el muchacho salió aceleradamente al encuentro del carnicero, que iba á abrir la puerta. Este hombre, admirado de su confianza, le alargó entónces la mano y le dijo:

--Tú serás un hombre de bien, quiero que cenes conmigo.

Percibíase ya el olor que despedían las costillas que se asaban en la parrilla. Su humo sabroso y la generosa propuesta del carnicero hicieron recordar á Mauricio que habia estado en ayunas casi todo el dia. Aceptó, pues, el convite con señales de reconocimiento, y le condujeron á la trastienda. Aquí se sentó entre el marido y la mujer, los cuales con su gordura daban un gran realce á la carnicería. Dejáronse ver un muchacho y una muchacha, sus únicos hijos, que saludando á Mauricio de

un modo amistoso, se sentaron á la mesa. Esta bondadosa familia reunida así ofrecía la imagen de ser la mas dichosa del mundo. La hija que acababa de venir fué á abrir la puerta al perro, é hizo patente la sinceridad de su padre sin que tal fuera su propósito. Mauricio miró al carnicero con un semblante que quería significar: Sabia yo bien que no era el mio. Dió sus huesos al perro, como los demás, pensando en el regalado festin que habia perdido Dragon. El hombre trató de hacer hablar á su jóven convidado con la mira de distraerle. Mauricio, sin faltar á la urbanidad, le respondió con cautela, y comparando su triste aislamiento con el envidiable estado en que veia á aquella familia, dijo con una cordura superior á su edad:

--Cuánto apetezco vuestra dicha!

En seguida, dirigiéndose al muchacho, le dijo:

--Amigo mio, no te separes jamás de tu padre ni consientas que te deje.

--¿Te ha abandonado por ventura el tuyo? replicó el hombre de bien en voz alta.

--No puedo desear mejor padre; pero ¡sabe Dios cuándo lograré verle otra vez!

No habló mas, y visto que no deseaba estenderse en esa parte, dejaron de instarle.

--Hijo mio, dijo la mujer, al convidarte á cenar, no nos hemos propuesto ponerte en el banquillo. Léjos de eso, pues tienes mas necesidad de dormir que de hablar, vamos á preparararte la cama para ello.

Levantóse entónces, y dispuso efectivamente á Mauricio una cama al lado de la de su hijo. Se retiraron juntos, y el chico, imitando la prudencia de su madre, dejó dormir al jóven viajero, sin decirle casi mas que buenas noches te dé Dios.

Desde que viajaba Mauricio no habia hallado huéspedes mas benévolos; así es que los dejó con sentimiento y se dolía de haberse mostrado tan discreto. Lo que es ellos no dieron á entender que quedaban resentidos de su falta de confianza. Al marcharse le saludaron amistosamente y le siguieron con la vista todo el tiempo que pudieron. Por otra parte, fueron tan bondadosos, que no solo le dieron un almuerzo abundante ántes de partir, sino tambien le

abastecieron de víveres para todo el día. Parecía que el carnicero de aquella aldea había querido desquitarle de la pena que le había ocasionado el otro.

## XXIX.

## EL MENSAJERO DE ALDEA.

Mas olvidar á Dragon tan pronto era imposible. Su tan probada fidelidad le aseguraba la de Mauricio, el cual no hacia sino soñar con él en su triste andanza. El gozo que su padre tendria al verle no seria completo cuando supiese la desgracia del pobre Dragon.

Mauricio habia andado la mitad del dia sin que nada le sucediera, y acababa de comer bien con los manjares que su generosa huéspeda le dió, cuando vió cerca de allí á un hombre parado, que al parecer buscaba algo, encorvado hácia la tierra y manoseándola. No tardó nuestro viajero en conocer la causa; el jóven al que ya veia de cerca era ciego.

Sin embargo, llevaba el baston de peregrino y un saco de cuero cargado en las espaldas. Mauricio le preguntó lo que buscaba, y le ofreció sus servicios.

—Soy muy desgraciado, dijo el jóven con alterada voz. Soy el mensajero de la aldea que debeis ver desde aquí en medio de la cuesta de aquella montaña; queriendo contar aquí mi dinero, he dejado caer mi bolsa abierta y todo ha ido á rodar; he encontrado parte de él, pero me faltan treinta sueldos, los que justamente reservaba para comprar médias de lana á mi anciana madre que está paralítica.

—¿Sois mensajero, ciego como estais? dijo Mauricio ocupándose en buscar los sueldos perdidos.

--Sí, le contestó, y soy el sostén de mi enferma madre y de una hermana atacada de languidez: ¡Dios lo ha querido así!

El ciego no cesaba de buscar con paciencia, respondiendo al propio tiempo á Mauricio, y añadió:

—Sois jovencito, á lo que creo, pero sabreis sin embargo contar lo que tengo en esta bolsa; ved si acaso me equivoco.

Mauricio halló la misma suma que el mensajero, y en seguida se pusieron ambos á buscar; pero como no hallaban nada, el ciego dijo desconsolado:

--¡Pobre madre, qué frío tendrá!

--No nos aflijamos tan pronto, dijo Mauricio conmovido por las quejas y el aspecto de ese desgraciado. ¿Qué clase de monedas eran? añadió con segunda intencion.

--Un franco y lo demás en cuartos.

--Entónces debemos al ménos hallar parte de ellas. Veamos aquí en la zanja: ¡oh! justamente, he aquí un sueldo.... dos.... tres.... este es el buen sitio.

Diciendo esto, Mauricio sacaba los sueldos de su bolsa y se los daba al ciego despues de polvorearlos.

El pobre mensajero no cayó en malicia, y el chiquillo, hallaado de repente y del mismo modo la moneda de un franco, se la dió tambien. En fin, los veinticinco sueldos desaparecieron de la bolsa de Mauricio, y hele aquí paralizado por falta de recursos.

--Gracias, gracias, decia el ciego contentísimo: dejemos lo demás en la zanja; eso no me impedirá el que compre medias á mi madre. ¡Dios conserve tu hermosa vista, que tanto me ha servido!

Y en esto alargóle la mano, dándole aún las

gracias por su bondad, y continuó su camino. Mauricio, al paso de ver cómo se alejaba, sentía en sí una gran satisfacción.

Marchóse también por su lado. El país en que se hallaba era de aspecto lúgubre é imponente y cubierto de una densa niebla que oscurecía muchísimo la noche, y él, sin recursos, sin un cuarto y sin Dragon para su distracción y defensa, andaba siempre hacia aquella Saboya que se alejaba de él al parecer. Sin embargo, en medio de su profundo aislamiento, el recuerdo del favor que había prestado al ciego le consolaba y sostenía en su resolución.

--No lo sabe, decía á sí mismo; pero me ha visto Dios, he querido darle gusto y no me abandonará.

## XXX.

¿EN DONDE DORMIRA ESTA VEZ?

Mientras tanto, la tarde caía ya y Mauricio no había visto aún sitios tan desiertos. Hacia el anochecer se dejó caer de cansancio en la orilla del camino, se apoyó sobre un madero y estuvo un gran rato sin saber que era una cruz.

Levantóse entónces, púsose de rodillas y rogó de todo corazón. Reanimóse su confianza poquito á poco, abrazó la sagrada señal de nuestra salvacion, y dijo con nuevo ardor:

--¡Oh Salvador mio! ¡vos que carecíais hasta de un sitio en que reposar vuestra cabeza, tened piedad de un niño sin asilo como vos, y sin vuestro valor!

Despues de haber permanecido algun tiempo en esta posicion, se halló mas animado y pudo ponerse de nuevo en camino.

No se descubria desde allí ninguna casa en la campiña, ni se veia mas que grandes llanos separados por setos; pero apénas anduvo medio quilómetro, descubrió un asilo, que consistia en una cabaña de pastor sobre sus ruedas, rodeada del cercado para las ovejas, adonde fué gozoso, y decía sonriéndose:

--El buen pastor ha oido mis súplicas y me presta su casa.

Hallóla abierta; y se encontró en ella un colchon y una manta, de suerte que á su vista hubiera dicho cualquiera que aguardaban allí á Mauricio. Entró, pues, sin recelo como bajo la custodia del mejor padre.

Lo que le admiró al entrar, fué un olor apetitoso que indicaba la existencia de víveres; se aseguró en esta parte, y hasta tocaron sus manos un trozo de pan. ¡Vaya una tentacion para un chiquillo que no habia cenado! Sin embargo, no se dejó Mauricio vencer de ella y respetó la prevision. Rogó á Dios para que le dispensase luego el sueño y le quitase así el deseo de hacer mal; lo que consiguió en el acto, durmiendo tranquilo, persuadido de que le perdonarian su entrada en ella si se contentaba con sola esa usurpacion.

Serian las diez cuando despertaron á Mauricio los confusos balidos con los que se mezclaban la voz de un hombre y los ladridos de un perro, y comprendió por de contado que traian el ganado al redil. Abrióse luego la puerta y se avanzó una mano, la que suavemente palpó despacio.

—Muy bien, dijo la misma voz, haces tu deber; duerme cuanto quieras, así va á hacerlo tambien el rebaño: cierro las puertas del parque y dejo el perro.

Mauricio se aturdió tanto de verse despierto y de oir semejante apóstrofe, que no pudo res-

ponder. El hombre estaba ya léjos cuando él volvió en sí y pudo decirse que debió advertir ántes al desconocido su equivocacion. Ahora ya era demasiado tarde.

--En fin, se dijo á sí mismo, si no se trata mas que de dormir, apuesto con el primero á que no me gana.

Volvióse pues á dormir sin escrúpulo, cuando sintió que las ovejas dormían también á su rededor.

Mas la noche no debía pasar sin otro acontecimiento. Abrióse por segunda vez la puerta de la cabaña allá hácia las dos.

--¡Tio Claudio, dijo un jóven, heme aquí! Disimulad si vengo tan tarde; mi cuñado no ha querido que abandonase la boda hasta el fin.

El mozuelo continuaba escusándose, cuando Mauricio le respondió:

—No es el tio Claudio el que está aquí.

—¿Quién es pues?

—Un viajero, un muchacho que se ha refugiado en esta cabaña abierta, y que dormía ya cuando el tio Claudio trajo las ovejas.

Me ha hallado en vuestro sitio y ha creído

que érais vos, como acabais de creer que yo era él.

--¡Ah, amigo mio, de qué peluca me has salvado, y quizá de otra cosa peor!

--Y tú me has proporcionado una buena noche.

--Con suficiente cena, ¿no es eso?

--¿Por qué?

--¿Pues qué no has hallado bien provista la cabaña?

--Bien lo he olido, pero nada he tocado.

--¡Pobre chico! ¿no tenias gana?

--Llegué aquí muerto de hambre, pero me dormí en seguida para no pensar mas en ella.

--¿Y ahora?

--¿Ahora? ¡imagínatelo!....

--Entónces, cena corriendo sin reparo, amigo mio. Yo vengo de la boda de mi hermana mayor; ya te haré probar nuestra torta.

El pastorcito no permaneció inmóvil en el mismo sitio durante este diálogo, pues subió á la cabaña, donde, encendiendo una rústica lamparilla, se sentó al lado de Mauricio, principió á servirle, y mostró frente á él su cena. Vió con satisfaccion que el tio Claudio habia dis-

puesto las cosas ese día con bastante liberalidad. Mauricio lo consumió todo, de lo que se alegró mucho Miguel. La torta se sirvió después y la hallaron riquísima. Acabados los postres, los dos compañeros dejaron para el día siguiente las demás explicaciones, á fin de ocuparse en lo que mas urgía. Mauricio, gracias á tan buena cena, durmió mejor, y Miguel descansó como se descansa después de una boda, de un paseo de seis kilómetros y de la certidumbre de haberse salvado de la cólera de un terrible amo. Cuando se despertó y supo cómo vino Mauricio á la cabaña, dijo:

--Iré á colgar una corona en la cruz.

--Y harás bien también, añadió Mauricio, en decir la verdad á tu amo; te querrá mas si se la dices.

## XXXI.

### NUEVAS AVENTURAS.

Después de haberse separado de Miguel, volvió á marchar el viajero, y á pesar del recuerdo de la noche que pasó mejor de lo que creía, se desconsoló poco á poco. La in-

fluencia de la cruz se desvanecía á medida que se alejaba de ella. Desgraciadamente sucede que el ardor del piadoso celo que debería animarnos sin cesar, nos abandona á veces de cuando en cuando. En esta triste disposicion se hallaba Mauricio cuando encontró en el camino á lo que mas temia. Vió, en fin, con sus propios ojos á aquellos hombres terribles en quienes tantas veces pensó con espanto, á dos gendarmes con el fusil en el hombro y el sable en el costado, que conducian á un malhechor con las manos encadenadas. Andaban muy de prisa, y no tardaron en alcanzar á Mauricio lleno de espanto. Uno de ellos le saludó bruscamente, y el chiquillo se quitó humildemente el sombrero. No bien anduvieron algunos pasos, se volvió el mismo gendarme, fijó la vista en Mauricio y habló al parecer algo de él al otro gendarme.

El chiquillo sudaba de angustia, y no volvió en sí sino hasta que se alejaron, ó por mejor decir, hasta que desaparecieron.

Hacia largo tiempo que tenia digerido el almuerzo cuando pasó frente de la puerta de una casa situada en la orilla del camino, en donde

se hallaban sentados sobre el umbral de la puerta cuatro niños armados de cucharas, con enormes platos de sopa sobre sus rodillas que les servían de mesa. Alrededor de la devoradora tropa estaba acostado un perro, y Mauricio se dijo á sí mismo, primero: — ¡Pobre Dragon! ¿dónde estás? y segundo: — ¡Qué sopa tan buena! Los chiquillos saludaron alegremente al viajero, blandiendo sus cucharas. Tan joviales fisonomías podían inspirar confianza á Mauricio; ¡pero cuesta tanto el pedir limosna, aun á los que la han hecho! Mauricio salió del paso muy hábilmente, y por medio de un chiste se grangeó un nuevo almuerzo.

Correspondiendo á las caricias de los chicos, se sentó frente á ellos, y como si tuviera una cuchara en la mano y un plato lleno sobre sus rodillas, se puso á aparentar que comía, y se saboreaba plenteramente. Los mas jovencitos se rieron á carcajadas; llegó luego la madre y se rió á su vez, pero compadeciéndose. Así, hizo seña á Mauricio para que viniera: llegó gozoso, se sentó junto á la jóven familia y tomó parte activa en el almuerzo, obligándole la madre luego á que aceptase además un trozo de pan.

--Este es el postre del pobre, le dijo ella.

--Gracias, señora, repuso el niño con reconocimiento. Un rico no hubiera hecho mas; he tenido hambre y me la habeis apagado.

Y partió despues de saludar graciosamente á los niños y á la madre.

## XXXII.

### TEODORO.

Mucho tiempo hacia que andaba con los ojos fijos sobre tan deseadas montañas que veia siempre á lo léjos, cuando le tomó la delantera un hermoso coche cuyo color y libreas negras anunciaban desde luego el luto. Hallábanse dentro un señor y una señora, á quienes miró con cuidado Mauricio quitándose el sombrero. El viento que soplabá entónces descompuso su negro cabello y volaban sus melenas alrededor de su bella cabeza. Como los caballos no iban sino medio trotando, la señora pudo fácilmente examinar al chiquillo. Movióse de repente manifestando sorpresa, y lanzó un grito. El coche se detuvo, y ambos se asomaron por la puertecilla hablando entre sí con much

animacion. El muchacho, desconfiado siempre, se paró. Dijéronle que se aproximase, y obedeció temeroso. Cuando estuvo á veinte pasos de ellos, la señora exclamó:

—¡Es el mismo! ¿no es verdad?

El caballero bajó del coche y se acercó á Mauricio. El pobre niño se quedó confuso, y pensó en huir, pero no se atrevió. Tomóle de la mano el caballero y le miró apasionadamente. ¡Sus ojos azules, sus negros y rizados cabellos, su hermosa boca!.... ¡Dios mio!....

Tales eran las reflexiones que hacia voceando en presencia de un anciano criado que acudió allí y que miraba á Mauricio con la misma sorpresa.

—¿Cómo te llamas, hijo mio? le dijo el amo.

Mauricio temia que aquella gente le hubiera conocido, por haberle visto en algun punto y presenciado sus ligerezas y sus escapatorias. Acordóse en seguida del cuchicheo de los gendarmes y se creyó perdido si declaraba su verdadero nombre que tantas veces habia dicho. El pavor le inspiró el fingimiento, sin que el pobre niño se alejara completamente de la verdad. Se acordó que su padre le llamaba

frecuentemente Teodoro, con motivo de haberle dicho que esto significaba: *Dios lo ha dado*, y Mauricio dijo, poniéndose encarnado, que se llamaba Teodoro.

Acosado de preguntas relativas á sus padres y á su viaje, respondió con la misma sinceridad.

—Soy un huérfano, dijo, y trato de colocarme como pastor en los alrededores.

—La señora, que le miraba con ternura, le dijo:

—Os hallais solo, hijo mio, y estais cansado; venid con nosotros.... os apearemos donde querais.

Mauricio, confuso y perturbado aceptó medio seducido y sobresaltado. Jamás habia oido voz tan halagüeña ni visto señora tan bella. Hízole sentar á su lado, miróle y le acarició. Al cabo de poco tiempo la señora ocultó la cara entre sus manos, y cuando se descubrió tenia el rostro cubierto de lágrimas. El caballero le dijo:

—Si su presencia es la que ha ocasionado semejante trastorno, es preciso separarnos.

—¡Ah, exclamó ella, quisiera que jamás se separase de mí!

A seis quilómetros de allí llegaron á vista de un castillo, y propusieron á Mauricio que pasase la noche en él. La exclamacion de la señora le habia alarmado algun tanto, pero no se creyó sériamente amenazado por ninguna desgracia, y aceptó con timidez. ¡Qué albergue tan diferente del de la víspera! tras de una choza ambulante, ¡un magnífico castillo! Todo fué proporcionado; Mauricio estuvo regalado, le alojaron en un elegante cuarto, donde habia una magnífica cama, y le sirvieron unos criados, pero no sabia qué hacerse en medio de esas magnificencias.

El dia siguiente le propusieron si queria que le buscasen en los alrededores una colocacion de pastor.

—A ménos, dijo la señora, que no prefieras estar conmigo. Mi querido Teodoro, ¿quieres reemplazar á un hijo que he perdido? Ya que tú has tenido tambien la desgracia de perder á tus padres, nosotros los reemplazaremos.

Diciendo esto, el chiquillo se puso á llorar. La señora, al ver en sus lágrimas una prueba

tan pura de reconocimiento, se conmovió. Se habría entristecido mas, si hubiera sabido que Mauricio se enternecía al pensar en su pobre padre, y que acongojado se decia á sí mismo:

—¡No, no, jamás le abandonaré!

Cesaron en la conversacion, añadiendo solo la señora:

—¡Haz lo que quieras, hijo mio, no temas que te detenga á pesar tuyo; pero si me aprecias, aunque poco, quédate aún conmigo!

### XXXIII.

#### EL CASTILLO DE VARANES.

El amo empleó otros medios para vencerle del todo. Le proporcionó todas las diversiones que gustan los jóvenes en su edad, como aros, trompos, arcos, flechas, pelotas y un columpio. El tiro de pistola le interesó vivamente; pero lo que mas le encantó, fué un caballito en el que iba á caballo la mitad del dia. Añádanse á esto las golosinas, los vestidos elegantes, y en fin, el lujo. Por otra parte, Mauricio veia que complacia á dos personas desgraciadas de-  
iándose colmar de favores. Léjos de notárse-

le ya modales groseros, se veia en él cierta facilidad en el trato. Tenia réplicas agradables, conversaciones sencillas y divertidas, y oia continuamente decir á la señora con ternura:

—¡Es su imágen! Dios lo ha permitido así para consolarnos.

Viendo los criados que el favor de Teodoro crecia de dia en dia, se acostumbraban á servirle con mas deferencia, de la que él no abusaba con todo; pero ¿qué niño ó qué hombre rehusa aceptar largo tiempo las ventajas de una posicion brillante que se le ofrece con empeño? Teodoro no tardó en acostumbrarse á ocupar su rango, y esto aumentaba el cariño de la señora para con él, en razon á que con semejante conducta se parecia mas y mas á su hijo. Así pasaba el tiempo, divirtiéndose y dando y recibiendo pruebas de cariño. El consolador se empeñaba tanto mas en ese nuevo lazo, cuanto que pensaba menos, no diré en Dragon, sino en su mismo padre. La prosperidad le echaba á perder mas que los accidentes de toda clase y las malas compañías. Sin embargo, la conciencia le perseguia, aun en el mismo

castillo de Varanes, y le hablaba bastante alto para confundirle alguna vez.

—Engañas á tus bienhechores, y olvidas á tu padre; no puedes vivir siempre así.

Permitíanle pasearse á caballo por los alrededores, y durante una de sus escursiones vió á un chiquillo, que sentado á la orilla de la carretera parecía muy cansado. Mauricio, acordándose de sus pasadas aventuras, se acercó á él con interés, y le preguntó adónde iba.

—Voy á correr la Francia, contestó tartamudeando.

—¿Qué llevas ahí en esa caja?

—¿En esta caja? Pardiez, una marmota. Vais á verla.

Hízola bailar delante de Mauricio, y éste quiso saber de dónde venía.

—¡Pardiez, vengo de mi país, de Saboya!

—¡De Saboya!

Al oír esto el hijo de Gerbin se conmovió tanto, que en el acto no pudo articular una palabra. Díjole luego:

—¡Tú vienes de Saboya y yo iba allí!

—¡Vos, señor! ¿qué vais á hacer en aquel pobre país?

—No soy tan señor como tú lo crees. Díme, amigo mio, ¿por dónde has pasado para venir hasta aquí?

—¡Ah! he venido siempre de frente; vengo de Valorsine, Chamouny, Sallenche, Magland, Cluse, Bonneville....

El muchacho nombró en seguida todos los lugares por donde pasó. Mauricio saca corriendo de su bolsillo una cartera muy bonita que Mme. de Varanes le había dado, y escribió, según dictaba el saboyanito, todos esos nombres que le repitió.

—¿Y vas á correr solo el país? dijo luego compadeciéndose. ¿Has abandonado á tu padre?

—Soy demasiado jóven para seguir su oficio.

—¿Qué oficio?

—Albañil. Mi padre es albañil, mi abuelo fué albañil, y yo tambien lo seré cuando sea mayor.

—¿Dónde está tu padre?

—Si me preguntais por su casa y su familia, está en Valorsine como os lo he dicho; pero él está hace seis semanas en una ciudad que es—

tán reedificando, incendiada enteramente hace seis meses, y llamada Sallenche!

—¡Sallenche! ¿la reedifican? ¿Habrá allí muchos albañiles?

—Dos mil por lo menos; y como los saboyanos no eran suficientes, han hecho venir trabajadores de fuera.

Cada palabra que el chiquillo pronunciaba, aumentaba la curiosidad de Mauricio, y añadió el saboyano:

—Entre ellos hay hombres de bien, y mi padre no deja de tener amigos. Como me enviaba á Francia, dos ó tres de los que trabajan con mi padre me han dado cartas para sus casas, con encargo de entregarlas cuando pasara junto á ellas.

—Enséñamelas, enséñamelas; ¡quizá hay alguna de mi padre.

—¿Vuestro padre es albañil?

—¡Sí, amigo mio, como el tuyo! ¡Ruégote me enseñes esas cartas!

Alargóle el niño sus papeles, entre los cuales halló Mauricio en seguida la carta de su padre, que conoció por la letra, dirigida á la señorita Justina Gerbin, su difunta prima.

Temblábanle las manos, y se llenaron de lágrimas sus ojos. Después de dar algunas explicaciones como Dios quiso, consiguió abrirla y halló una dentro para sí. En su vista lloró tanto, que sus lágrimas inundaron el papel. Mauricio, vuelto un poco en sí, pudo leerla, y vió que contenía una benévola recomendación en favor del saboyanito, y pruebas de cariño, buenos consejos dictados por un buen padre y dirigidos á un hijo que tanto apreciaba.

—¡Desdichado de mí! exclamó, ¡cómo he podido olvidarle!

Entonces, penetrado de dolor y pesaroso, no piensa sino en correr á Sallenche, arrojarse á los piés de su padre, y pedirle perdón.

—Mas ¿cuándo llegará?

—Pronto, puesto que vas á caballo.

—El caballo no es mío.

—¡Qué lástima! dentro de tres días llegarías allí con él.

¡Qué tentación para Mauricio! Ya sabe ahora en dónde está su padre, conoce bien el camino y va á caballo. Demasiado débil le hemos visto hasta ahora para que deje de ceder aún.

—Luego volveré, se decía á sí mismo, y entonces al paso de devolver el caballo, daré satisfaccion á M. y Mme. de Varanes. Si voy á pedirles permiso para marcharme, no me le concederán.

Semejante idea y la vergüenza de decirles una mentira le impelieron á que cometiese otra falta. Partió, pues, tan pronto como consiguió del saboyanito la promesa de visitarle á su regreso. Quiso forzarle á que aceptase la mitad de su bolsa que la excelente señora tenia el cuidado de llenar, pero el niño rehusó diciendo:

—Tengo con que alimentarnos mi marmota y yo, y hasta pienso volver á mi casa con dinero

## XXXIV.

### MAURICIO A CABALLO.

Separáronse ambos despues de abrazarse; Mauricio volvió la vista, compadeciéndose del chiquillo, pues los que van á caballo, casi siempre se compadecen de los que van á pié. ¡Pobre Mauricio, si hubieses sabido lo que te iba á suceder, tambien te hubieras compadecido de tí mismo! Anduvo mucho el primer dia, y no

se paró casi hasta el anochecer, en cuyo tiempo entró en la mejor fonda que le pareció. Trataronle bien y quizá lo mismo á su caballo, aunque la tierna edad del jinete le dejase á disposicion del mozo de cuadra. El dia siguiente, cuando hubo de pagar, se sorprendió Mauricio al ver la inmensa suma que habia gastado. Le trataban noblemente; pero calculó que con dos sangrías semejantes su bolsa iba á desmayarse. Notó en esto, que si á caballo se marchaba mas de prisa, tambien se gastaba mas. Mas pobre se veia con el caballo que con el perro; á caballo y bien vestido no se aprovechan los humildes recursos que de suyo se ofrecen á los que van á pié.

Partió muy inquieto y lleno de remordimientos. ¿Aquel padre en cuya busca corria con tanto ardor, único motivo por el que se le podia disimular, no será el primero en desaprobarme semejante atentado?

—¡Ah! cuánto necesito verle, exclamaba, y colocarme bajo su salvaguardia. ¡Qué malo me vuelvo con la vida que estoy siguiendo!

Estas tristes reflexiones le persiguieron todo el dia. Hubo de atravesar por la noche un

bosque para llegar á una aldea, donde el señorito hallaría, segun le dijeron, una hermosa fonda. Habia llegado á lo mas espeso de él cuando halló á un hombre de mal aspecto, cuyo encuentro quiso evitar dirigiendo su presuroso caballo hácia la izquierda; pero éste fué mas listo que él.

—¡Vuestra bolsa, señorito! dijo el perillan cogiendo el caballo por la brida.

Mauricio, estremecido, miró á su alrededor, como si hubiese querido llamar á su fiel defensor. No tardó en desengañarse, y pálido como la muerte, entregó su bolsa. Ella era hermosísima, pero el ladron se llevó chasco al ver el poco dinero que halló dentro.

—¡Poco provisto estais para un caballero tan bien montado! le dijo con insolencia; pero ¡qué hermoso vestido! ¡cáspita, qué paño tan nuevecito! ¡Vaya, señorito, desnúdese!

Mauricio lloraba y gemia.

—¡Poco ruido! eso de nada sirve, y manos á la obra.

Hízole el malvado un gesto imperioso, y Mauricio bajó del caballo y se quitó el frac. Ello no era bastante; preciso fué quitarse el

chaleco, el pantalon, las medias y hasta las botas. En fin, viendo que la tela de la camisa era finísima, el inclemente ratero la quiso tambien. Mauricio, trémulo y conmovido, la tendió por tierra para envolver sus efectos, é hizo por sí el hatillo en presencia y bajo la direccion del malvado, miéntras detenía el caballo.

El infame meditaba quizá el último atentado; al ménos así lo indicaba su brazo, armado de palo y levantado sobre la cabeza de Mauricio, cuando se oyó un grito cerca de allí. El ladron volvió la cabeza hácia donde gritaron, y el niño tuvo la ocurrencia de ocultarse como un raton y trepar desnudo sobre unas rocas cubiertas de arbustos. El ratero no podía ir trás él, á ménos de abandonar el hatillo y el caballo, y prefirió montar en éste y alejarse á escape.

Sin embargo, el pavor, el sobresalto y el frio harian quizá lo que no pudo hacer el malvado. Mauricio se hallaba tan fuera de sí, que permaneció inmóvil, incapaz de ayudarse á sí mismo y sin atreverse á implorar socorro. Al cabo de un instante volvió en sí, pero fué para sufrir todavía mas. Hacíase de noche,

y ¿cómo pasarla? ¡Ay de mí! ¡iba á perecer tan cerca de Sallenche y de reunirse con su padre! ¡Qué pesaroso estaba! ¡Cuántos remordimientos experimentaba en tan terribles momentos! ¡Qué contrito y de qué buena gana imploraba la Divina Misericordia, confesando sus culpas y pecados! Lloraba, gemía, y veía cerca de sí sus últimos momentos. En medio de esta angustia oyó el paso de un caballo.

—¡Es él que vuelve! se dijo á sí mismo con voz sofocada. ¡Dios mio, salvadme!

Sin embargo, Mauricio no se movió, pues le era imposible. Acechaba al hombre que iba á pasar por allí. Temblábanle sus rodillas, rechinaban sus dientes y le tiritaba todo su cuerpo. ¡Dichoso encuentro! Este hombre tan temido era un gendarme. Mauricio, que se ve así en salvo, hace justicia á este personaje tutelar é implora su auxilio con la voz que le quedaba. A semejante quejido el gendarme volvió la vista y se sorprendió al ver á un niño en cueros. Tartamudeó Mauricio algunas palabras, y el gendarme se puso al corriente de lo que le ocurría.

—¿A dónde ha ido ese hombre? preguntó el valiente.

—Por ahí.

—Sin embargo, yo no he encontrado á nadie. Habrá dejado el camino.

En esto hizo un movimiento como para ir á buscarle, y Mauricio exclamó:

¡Oh señor, y me dejais aquí!

—¿Dejarte? no por cierto. ¡Pobre niño, está yerto! ¡Tienes los piés ensangrentados?

—Me he herido huyendo en esas espinas.

—¿Qué atrocidad! ¡atacar el infame á un niño!

Miéntras así hablaba, el buen hombre se quitó su capa, se la puso á Mauricio cubriéndole enteramente con ella, y luego, cogiéndole en brazos, volvió á montar; lo llevó como pudo, pues el chico no se hallaba en disposición de ir á la grupa.

Anduvieron así largo rato, sin que el gendarme se atreviera á preguntar nada á Mauricio en el camino, pues echó de ver en él un temblor convulsivo que indicaba la grande agitación del pobrecillo. En fin, llegaron á la guardia, hicieron buen fuego, le calentaron

bien, le dieron una taza de caldo, y luego le acostaron en una cama de campamento. Bien alimentado y en cama mullida, se durmió á pierna suelta, por estar entre gendarmes.

## XXXV.

## MAURICIO ENCUENTRA A SU PADRE.

Durmió muchísimo, y lo primero que vió al despertarse, fueron sus vestidos puestos en la cabecera de su cama. Creía soñar. Dijéronle que el gendarme á quien debia su vida le habia hecho ese nuevo servicio, y acababa de traer consigo al malhechor y al caballo. Vistióse placentero, luego le preguntaron cómo se llamaba, y se guardó bien de mentir ahora, pues demasiado sentia su falta, además de que hablaba á la autoridad á quien nunca se debe engañar. En fin, confesó que se llamaba Mauricio Gerbin.

—¿Mauricio Gerbin! exclamaron los gendarmes; ¿el hijo del albañil?

—Sí, señores. ¿Cómo lo habeis sabido?

—Efectivamente, las señas son idénticas, dijo el comandante de guardia, el que, cogien-

do un papel, leyó circunstanciadamente las señas de su fisonomía. Se halló todo conforme, y debía serlo.

—¡Ah, desgraciado niño, cuánto has hecho sufrir á tu padre! dijo gravemente uno de bigote blanco.

—¡Mi padre! ¿Sabeis dónde está? ¿sabe él mi paradero?

—Lo sabemos, y si Dios quiere, dentro de dos horas te verá.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas de un modo tal, que estremecieron á Mauricio.

—¡Ah, señor! ¿será acaso?....

—Está enfermo de pesadumbre; creo que tu presencia le curará.

Entonces el niño lanzó lastimeros gritos; el veterano le cogió de la mano y se encargó de llevarle á los brazos de su padre.

—Vamos, vamos, decia Mauricio. ¡Dios mío, perdonadme, curadle! ¡qué desgracia para mí si así no fuera!....

Engancharon un caballo á un cochecillo. El niño supo en el camino que su padre habia escrito al pueblo algunos dias ántes, y que le habian contestado; que tan pronto como supo la

muerte de su prima y la huida de su hijo; acudió en seguida, y que como se inclinase á creer que Mauricio queria reunirse con él, dejó sus señas en toda la frontera, y despues de recorrerla por sí mismo en busca de su hijo, á causa de no hallarle, cayó enfermo en los alrededores.

Preciso fué prepararle por grados el placer que iba á experimentar. El hombre de bien que le traia el hijo, le anunció primero que habian sabido de él y que estaba bueno; no tardó en añadir que él mismo le habia visto, y en fin, le dijo que su hijo estaba allí.

—¡Mauricio! exclamó.

Y al chico no pudieron ya detenerle. Arrojóse en los brazos de su padre, y luego se hincó de rodillas, en cuyo estado siguió sin querer levantarse.

—¡Perdonadme, perdonadme! decia sofocado.

Los abrazos paternos le dieron á entender bastante que no se hallaba ante un juez severo. Lo único que Gerbin dijo á su hijo en términos de reprension, fué:

—Mauricio, me has ocasionado casi la muerte....

A tan tierna y grave reprensión, la respuesta del niño fué sollozos y arrepentimiento.

Los pesares desaparecieron con el placer, y no tardó Gerbin en hallarse en disposición de oír la historia de Mauricio. Mas de un día duró: bueno y malo todo lo dijo.

En vista de su relación sencilla y franca, el afortunado padre pudo asegurarse de que la vida aventurera no había hecho mucho daño á su hijo.

—¡Y el pobre Dragon! ¿dónde estará? decía Gerbin, bastante dichoso ahora para que echase de ménos su perro. Ahora, hijo mio, no podemos ménos de visitar á los que te han favorecido. Debemos disculparnos para con algunos, y aun satisfacerlos: el bien que Dios nos hace nos obliga á recordar nuestro deber hácia los hombres; no seamos afortunados é ingratos á la vez.

Volviéndose á su casa, pasaron por el mismo camino que trajo Mauricio; pero qué diferencia entre los dos viajes! El uno lleno de trabajos y accidentes, y el otro fácil y encantador.

Caminaban ámbos juntos frecuentemente dándose la mano. Mauricio montaba á menudo en el caballito que trajo de Varanes, y enseñaba á su padre los sitios donde le sucedieron tales y tales aventuras. Parábanse alguna vez: he aquí la choza del pastor, allí la cruz y mas allá el encuentro con el ciego.

La visita á Mr. y Mme. de Varanes fué de las mas interesantes. El dichoso consorcio se regocijó de volver á ver al niño. Oyeron su historia con interés, y fueron tan bondadosos que le perdonaron su disimulo y su huida.

—Dios os le ha devuelto, dijo la castellana á Dionisio Gerbin; no os le pediré, pero prometmedme estableceros en los alrededores: ya que Mauricio no ha querido ser nuestro hijo, al ménos será nuestro amigo.

Ambos lo prometieron con reconocimiento, y cumplieron su palabra.

Despues de haber visitado el castillo, no despreciaron la tabla del honrado carnicero; allí les estaba aguardando un nuevo placer, pues hallaron á Dragon. El carnicero consiguió descubrir al ladron, y sin contarle lo que sabia, le hizo dar el perro del chiquillo, creyendo po-

dérsele entregar algun dia. Fácil es de adivinar el placer que experimentó el pobre animal. ¡Perro fiel jamás se pierde! Sucedieron tantas adversidades á Dragon, que su natural sensibilidad se aumentó muchísimo.

Despues de haber cumplido de camino con todos los deberes de la honradez y del reconocimiento, Gerbin y su hijo volvieron á su pueblo. Esto fué un verdadero acontecimiento. Las heridas del vecino las hallaron completamente curadas, y se escusaron cerca de su fogoso enemigo por tan terrible accidente; pero no habiendo quedado éste del todo satisfecho, cogieron sus trastos y partieron sin pesar de la aldea de Mr. Bernardo para ir á casa de Mme. de Varanes.

Aunque calmasen mas tarde nuevos herederos el dolor de tan cruel pérdida, siempre vieron con placer, animaron y sostuvieron á Mauricio.

Al cabo de diez y seis años Mr. Varanes quiso construir un castillo á la moderna, y habiendo Mauricio trazado el plano, su padre le ejecutó con muchísimo vigor. Dragon, que fué dechado de ancianidad y de reconocimien-

to, vivía aun en esa época, y se consumía lentamente en el rincón del fuego, á la manera de un tizon que acaba de quemarse poco á poco bajo la ceniza.

Hacia ya un gran rato que habia concluido de hablar el buen anciano y los niños permanecían aún atentos, pendientes, por decirlo así, de sus labios como esperando que no hubiesen parado ahí las sorprendentes aventuras de Mauricio. El abuelo, que comprendió el interés que todavía los animaba, quiso, á la vez de alargar la conversacion, ver el provecho que sus nietos habian sacado de lo que les acababa de leer, y dirigiéndose á Luis, el mayor de ellos, le habló de esta manera:

—Y bien, Luis, hijo mio, ¿qué es lo que dices de las aventuras de Mauricio que acabas de oír?

*Luis.*—Me gustan bastante, papá; pero si quiere usted que le diga la verdad, creo que yo en lugar del padre de Mauricio, no le habria dejado en el pueblo con la prima, sino que le habria llevado conmigo á Saboya.

*El abuelo.*—Pues no hay duda que habria

hecho muy bien, ¿y sus estudios? ¿y los deseos que tenia Gerbin de ver á su hijo hecho un arquitecto?

*Luis.*—Pero ya usted ve, papá, cómo no siguió estudiando Mauricio, y todo lo que le sucedió por haberse quedado sin su padre.

*El abuelo.*—Hay ciertas cosas, hijos míos, que los hombres no podemos prever. Al buen Dionisio al marchar á la Saboya, dejando encomendado á su hijo con su prima, le animaban los mejores deseos, iba á trabajar adonde le pagarían un poco mas; ¿y para qué necesitaba ese aumento de salario? para atender á los gastos precisos de la educacion de su hijo. Le dejaba con una buena mujer, que le atenderia muy bien; y aunque en la esfera de lo posible estaba lo que sucedió, es decir, la muerte de esa pobre mujer, el buen padre estaba muy lejos de pensar en ello; creia, al contrario, venir á encontrar á su vuelta muy adelantado al hijo y en buena salud á la prima. Obró con ligereza, es verdad, pero es necesario convenir en que no tuvo la menor culpa de lo que sucedió despues, y en que cualquiera otro padre habría hecho lo mismo en su caso.

*Luis.*—Pues entónces el culpable fué Bernardo, porque si no hubiese querido matar á Dragon, Mauricio habria quedado con él.

*El abuelo.*—Es cierto que la causa de todo lo que le pasó á Mauricio fué Bernardo; pero tambien el muchacho obró sin reflexion al abandonar su casa, pues muy bien podia haber encontrado en el vecindario algun honrado labrador que se hiciera cargo del perro.

*Angela.*—¡Pero y si todos los del pueblo eran tan malos como aquel muchacho que tanto susto le causó despues al pobre Mauricio, diciéndole que los gendarmes tenian órden de perseguirle?

*El abuelo.*—No se debe juzgar nunca de todos los hombres por lo que uno de ellos hace; abundan los malos en el mundo, es verdad, pero los buenos son en mayor número: ese mal intencionado mozo vino precisamente en el momento en que Mauricio se mostraba razonable, á echar por tierra sus buenas intenciones; pero acaso trató nada mas de divertirse un rato con el muchacho, y siempre la falta de reflexion de éste le hizo no volver á pensar en

lo que hacia un rato con tan buen sentido discurrea.

*Luis.*—¡Y el pordiosero! ¡qué bribon! ¡tener guardados diez mil francos, y pedir limosna!

*María.*—¿Cuántos pesos son diez mil francos, papá?

*El abuelo.*—Dos mil pesos, porque aunque el justo valor de un peso mejicano es de cinco francos y cuarenta y un céntimos, es decir, muy cerca de cinco francos y medio, en los negocios mercantiles se le da á cada peso únicamente el valor de cinco francos.

*Angela.*—¿Y los sueldos, papá?

*El abuelo.*—Reputando por cinco francos el valor de cada peso nuestro, como el franco tiene veinte sueldos, y el peso por consiguiente cien, un sueldo equivale á un centavo de nuestra moneda. En cuanto á los doblones de oro, de que os hé hablado tambien en el trascurso de las aventuras de Mauricio, los hay de diferentes valores, pero los mas comunes son los de cuarenta y los de veinte francos.

*Luis.*—Lo que sí no le perdono á Mauricio, papá, es que huyera de la casa de aquel buen alcalde que le sacó de las manos del titiretero

*El abuelo.*—Muy mal hizo ciertamente; pero acaso tú que le criticas semejante acción porque no te hallas en su caso y has tenido tiempo de reflexionar sobre ello, habrías hecho otro tanto si teniendo el mismo miedo que él de los gendarmes, hubieras oído lo que él oyó. Pero admirad, hijos míos, lo que pasa en este mundo; no hay una buena acción que no tenga su recompensa tarde ó temprano, como no hay tampoco una mala que no atraiga á muy poco tiempo sobre el que la comete su castigo. Mauricio encuentra aquel saco de dinero en el camino, y como aun conserva en el fondo de su alma los principios de honradez y de virtud que le inculcó su padre, entrega el saco encontrado á un buen sacerdote, y no quiere recibir mas que unos cuantos sueldos por vía de hallazgo, para comprar con ellos pan al pobre Dragon; pero el hecho llega á oídos del buen alcalde que le saca de las manos del miserable farsante. ¡No se hizo esperar mucho la recompensa! Pero luego, Mauricio impelido por el miedo, por su natural imprevisión, abandona al hombre que tan bondadosamente le había acogido y que sin duda no habría cesado de

dispensarle su proteccion hasta ponerle en manos de su padre; le abandona sin pensar lo que hace, pero es seguro que algo en su interior le decia que obraba mal, y á muy poco tiempo la época del castigo de su mala accion llega, y por un hurto que no habia cometido se ve encerrado en una cárcel. Su encierro era injusto á primera vista, era inocente del crimen que le imputaban los hombres; pero para Dios, ¿podia quedarse sin castigo la falta grave que cometió dejando la casa del alcalde?

*Luis.*—Pero papá, el pobre Mauricio no era malo, ya ve usted cómo le escribió luego luego á su padre para comunicarle lo que le pasaba.

*El abuelo.*—No hay duda en que fué un buen paso ese, y que prueba que el chico iba cobrando esperiencia y que su juicio se iba madurando poco á poco á los golpes de la desgracia; así como tambien fué un buen pensamiento el que tuvo de que Dragon sirviera para dar caza á los rateros; y aquí observareis otra vez la esactitud de lo que dije ántes: hace una buena accion y la recompensa llega inmediatamente; el misma dia en que le ocurre ayu-

dar al juez en sus pesquisas, aunque de una manera tan nueva, sale de su encierro y es el objeto del cariño y de la benevolencia de las mujeres del pueblo.

*Angela.*—¡Y qué bonitos versos cantó en la posada!

*El abuelo.*—¡Lástima que no pensara mas en lo que ellos decían! porque ya ves que si se hubiera fijado un poco mas en lo que cantaba, habria notado lo mal que hacia aun en estar cantando aquellos versos miéntras que su padre, que acaso estaba ya al tanto de que habia huido del pueblo, estaria pasando dias muy amargos; y no debia creer en la felicidad del ave que se abrigaba siempre en la misma rama al lado de su padre, puesto que se detenía á cada momento y no volaba á encontrar al suyo cuanto ántes.

*Angela.*—Oiga usted, papá, ¿y por qué Mauricio no le diria al pobre ciego que habia perdido su dinero que él se le daba, y no que le habia encontrado? ¿no hizo mal en contarle esa mentira? El ciego se lo habria agradecido mas, y él habria dicho la verdad.

*El abuelo.*—Estás en un error, hija mia; lo

mejor que ha hecho Mauricio ha sido esto, pues si la caridad es tan grata de todas maneras á los ojos de Dios, lo es mucho mas cuando va acompañada de una delicadeza de accion como la del chico. Solo Dios y él vieron lo que habia pasado; y cuánto mejor no es obrar de este modo solo por aliviar la miseria de un semejante nuestro, que hacerlo ostentosamente, como algunos otros que para darle una limosna á un pobre, no parece sino que esparran á que los vea el mayor número de gente posible. No olvidéis nunca, hijos míos, el precepto sublime del Evangelio sobre la caridad: "Que vuestra mano izquierda ignore lo que dáis con la derecha."



UN VIAJE  
AL  
POLO DEL NORTE.

---

*El abuelo.*—Voy ahora á leeros, hijos míos, el extracto de un viaje al polo del Norte, verificado y narrado por el inglés Bragg, y que insertó en las instructivas y bien escritas “Cartas de Rafael á su hermana Josefina,” el apreciable y malogrado jóven D. Rafael Roa Bárcena.

Habia cumplido veintitres años, dice nuestro viajero, y mi padre, no queriendo refrenar por mas tiempo mis vivos deseos de hacer un viaje al Norte, me dijo que en la próxima pri-

mavera me permitiría embarcarme en un buque ballenero. Entre tanto hacia yo los preparativos, murieron mi madre primero, y luego mi padre, dejándome heredero de cuantiosos bienes. Con tan triste suceso había abandonado mis proyectos de expedición, cuando un día en que me paseaba por los nuevos astilleros oí una voz conocida que me preguntaba si iba á ahogarme y por qué causa. Era un amigo, el capitán Slapperwack, á quien referí mi desgracia y quien me contestó:

—Supongo que habreis renunciado á vuestro proyecto de descubrimiento del polo septentrional, puesto que sois rico; pero si persistiéseis en tal idea, yo, que también soy solo en el mundo, estoy decidido á acompañaros.

Una resolución momentánea me inspiró una respuesta afirmativa; acepté la oferta de mi amigo el capitán, y me le llevé á casa, donde concertamos con toda minuciosidad los preparativos del viaje. Escogimos un gran buque ballenero forrado de gruesas planchas de roble y quedó provisto de cuanto pudiese necesitarse, atendidos el frío y los incidentes á que íbamos á estar sujetos en la expedición. Acep-

tamos la compañía del instruido y excelente joven holandés David Saunders, á quien se encomendó la parte médica de la tripulación, y tomamos por contra-maestre á Jacobo Douglas; llevando además tres carpinteros, un herrero y un cocinero, componiéndose el resto de dicha tripulación de escoceses, holandeses y dinamarqueses. Yo compré dos hermosos perros de Terra-Nova enseñados á tirar fardos y á comer pescado fresco ó salado.

*El abuelo.*--Para que comprendais el rumbo que van á seguir nuestros viajeros, venid á que os le enseñe en esta esfera. Debemos, en primer lugar, buscar la Inglaterra, que es una de las islas Británicas pertenecientes á la Europa y situada en su parte occidental; como veis, dicha isla está separada de la de Irlanda por un pequeño mar, y teniendo que ir nuestros viajeros hácia el polo del Norte, y debiendo precisamente buscar el abrigo de las tierras inmediatas, se dirigirán subiendo por este estrecho mar que separa las dos citadas islas, y tomando mas al occidente, dejarán á un lado la isla de Irlanda, que es tambien de la Europa y pertenece á Dinamarca, navegarán á dis-

tancia de las costas de la Groenlandia, que compone la region mas al Norte de nuestra América Septentrional, y se dirigirán por fin hácia las islas de Spitzberg que están ya á los 80 grados de latitud Norte. Una vez fijado este derrotero, y que no os hallareis ya confundidos en las regiones en que precisamente vamos á entrar, sigamos oyendo á nuestro viajero.

Estando ya todo listo se levó el ancla el 1.º de Junio de 1801; bajamos el Humber á favor de la marea, y en seguida nos engolfamos en el mar. El dia 5 llegamos á la embocadura del Fort, y reuniendo toda mi gente les puse de manifiesto el plan de la espedicion y los riesgos que naturalmente debiamos correr, así como las penalidades consiguientes á un viaje de la naturaleza del nuestro; les dije que estaba pronto á dar veinticinco pesos al que quisiese volverse á tierra, y por contestacion recibí vivas aclamaciones, dirigidas tanto al capitan Slapperwack, á quien dí á reconocer por jefe del buque, como á mi persona, que se reservaba el rumbo y la direccion general de la espedicion.

Hasta el día 22 de Junio, en que alcanzamos el paralelo de los 70 grados, nada notable habia ocurrido; el ambiente habia ido refrescando cada vez mas; tuvimos á veces grandes olas, tiempo nublado, encontramos varios buques que no reconocimos por la bruma, y aumentando el frio, apelamos á la ropa de abrigo, pues comenzaba á caer la nieve en copos que era preciso ir tirando de las jarcias para que no se acumulasen y causasen luego algun daño en su derrumbe. En este dia 22 oimos tres cañonazos á los que contestamos, pero sin poder dar con la nave que los disparaba, ni saber si eran señal de fracaso ó mera advertencia. El dia 25, al mediodía, vimos en el horizonte un pálido resplandor, semejante al que producen los últimos rayos del sol: era la luz fosfórica de las nieves, á que se da el nombre de *blink*. El 26 en la noche nos encontrábamos á poco mas de los 74 de latitud Norte. El 23 encontramos un *groenlandés* que nos regaló algunos barriles de aceite y un venado que nos pareció esquisito, pues hacia tiempo no tomábamos carne fresca. Este dia percibimos la tierra al noroeste, y juzgamos que

no podía ser sino Groenlandia. Estábamos en el paralelo 75 grados.

Las montañas de Groenlandia pueden verse á cuarenta leguas en el mar; bajan hasta la superficie del agua y eternamente están cubiertas de hielo y nieve, escepto en los parajes muy escarpados y resbaladizos. Los peñascos y cerros en que no se detiene la nieve, parecen á cierta distancia de un moreno rubio, y luego se presentan con capas de diferentes colores, cubiertas acá y acullá de una poca de tierra y de algunas yerbas y matorrales. En los valles se encuentran algunos arroyos y estanques, y un corto número de arbustos desmembrados. Los escasos habitantes de aquel país establecen sus habitaciones en la orilla del mar, donde hay alguna pesca, y el interior está del todo desierto. En Groenlandia no se encuentra otra madera que la que llevan á la playa las corrientes y las tempestades que la arrancan de las regiones septentrionales de la Rusia: estas maderas son el pino, el abeto y el alerce en mas abundancia, y troncos de estos árboles flotan constantemente entre los hielos

entregados á las vicisitudes de aquellos terribles mares.

No era nuestro intento detenernos en Groenlandia, pues deseábamos llegar cuanto ántes á Spitzberg para pasar allí el invierno, aprovechando despues toda la temporada bonancible y avanzar hácia el polo. Mas sufriendo nuestros perros en su estrecha prision, resolví darles algunos dias de descanso, y tocamos aquellas tristes costas el 30 de Junio. Apesar de aquella soledad y aridez sentí cierta complacencia al pisar la tierra y me dirigí al interior con mi escopeta, matando á poco andar un hermoso rengífero del que me costó trabajo quitar á los perros que se habian echado sobre él, y cuya carne nos pareció exquisita. Tambien habia por allí liebres y una especie de zorros. En cuanto á vegetales no ví mas que musgo y arbustos desmedrados. Allí se pescan grandes arenques y ballenas.

El dia 3 de Julio tuvimos brisas ligeras y un viento claro, y se veia de dia lo mismo que de noche, puesto que el sol no se pone en aquella temporada. Hielos flotantes cuyo fin se nos perdía de vista nos cercaron amenazando en-

cerrarnos en un cerco impenetrable, que á poco se rompió como por encanto. Las olas en su incesante hervidero reducen el volúmen de esos inmensos témpanos de nieve, magullando los unos contra los otros y socavándolos por las quiebras. Navegamos sosegadamente sobre uno de aquellos enormes trozos que se hundia hasta 60 piés de la superficie. El dia 10 de Julio, despues de encontrar varios balleneros que regresaban, avistamos la isla de Cárlos, y doblando el Cabo Frio anclamos en un fondo de 15 brazas donde encontramos un barco holandés que regresaba tambien, y cuyo capitán al saber nuestro intento de pasar el invierno en Spitzberg, nos miró como á una turba de insensatos, ofreciéndose á llevar á Amsterdam nuestras últimas disposiciones.

Al dia siguiente nos dimos á la vela, y engolfados en una niebla densísima oímos un espantoso crugido ocasionado sin duda por el choque de los témpanos. No podiamos avanzar en direccion alguna, sin árduas dificultades, por haberse amontonado los hielos, de suerte que hacian girar la embarcación como en un torbellino. El dia 12 botamos la lancha

para remolcarnos, y tuvimos mil trabajos para abrirnos paso. Hay mil riesgos en medio de estos hielos, porque el buque puede estrellarse contra ellos, ó pueden cogerle en medio dos témpanos que se entrechoquen, y en todo caso el esterminio es inevitable. Cayó este día nieve en abundancia y el termómetro estaba bajo el hielo aun á las doce de la mañana. Nuestros marineros agotaron sus fuerzas en la maniobra.

El 17 de Julio llegamos á la vista del promontorio de Hachuit, estando á 80 grados de latitud. El 18 llegamos hasta una milla de Peña Hendida. El 20 llegamos á la isla de Spitzberg, que descubrieron los holandeses, quienes hicieron en ella colgadizos y otras construcciones, y hasta quisieron plantear una colonia; mas todos los habitantes perecieron el primer invierno, y aun se ven allí restos de la poblacion. Los rusos han intentado tambien pasar allí el invierno; pero rara vez sobrevive la mitad de ellos; y nosotros al desembarcar en aquel país desierto y al ver que ya los holandeses que acostumbraban quedarse unos dias mas, se habian ido de allí, siendo hombres ave-

zados al frío y á los rigores del invierno, hicimos serias reflexiones sobre la situación difícil que nos esperaba.

Escogimos una ensenada bastante al abrigo de los vientos y anclamos. Desembarqué con el capitán Slapperwack, Saunders y seis hombres. El suelo era pedregoso y presentaba el horrible aspecto que caracteriza generalmente aquellas regiones. Entre las eslabonadas montañas se percibían acá y acullá enormes pilas de hielo que se ofrecen á la vista bajo los aspectos mas variados y de mil extrañas maneras. Cuando el tiempo está despejado y el sol flecha sus rayos, despiden las pilas un vivo resplandor. Ora aparecen tan brillantes como espejos que reverberasen los purpúreos rayos del sol poniente; ora se tiñen de un azul tan resplandeciente como el zafiro, y á veces se engalanan con los variados matices del arco-iris, sobrepujando en brillo al de las piedras mas ricas, y derramando por la atmósfera una claridad muy superior á la de los valles de diamantes de la Arabia.

Estando resguardados los tres frentes de aquella bahía por la elevación de la costa, re-

Resolvimos unánimemente establecernos para pasar el invierno en aquel lugar, situado á los 78 grados de latitud Norte. El paraje que escogimos estaba cubierto de enormes peñascos irregulares, resultados sin duda de alguna convulsion violenta de la naturaleza, y en medio sobresalia una especie de plataforma como de cien varas cuadradas y al abrigo de los torrentes, en uno de cuyos ángulos armamos nuestras tiendas, y bajamos del buque algunas provisiones.

Nuestro principal afan era proporcionarnos un retiro para el invierno; y sabiendo yo que las construcciones levantadas en la superficie de la tierra no dan allí sino muy poco resguardo, dispusimos hacer una habitacion subterránea, como en efecto lo verificamos formando una muralla con la tierra, dividiendo nuestro sótano en tres espaciosos cuartos, levantando á trechos columnas de construccion tosca, pero de gran solidez, llenando los intervalos con velas y telas embreadas, y no dejando mas que una abertura en medio para pasar de una á otra division. En esas columnas apoyamos las vigas principales que

habian de sostener nuestra cubierta, haciéndolas descansar por varios lados sobre la tierra, y las que habiamos traído ya cortadas para no tener mas trabajo que el de colocarlas. Teniamos un escotillon al que subiamos por medio de una escala; habia dos aberturas pequeñas para dar salida al humo; y á falta de ventanas que hubieran sido poco útiles atendida la poca luz de la luna y de las nieves, única que podia entrar de fuera, teniamos lámparas que nos calentasen al mismo tiempo que alumbrasen. Estendimos telas para cubrir el maderaje y pusimos pieles de oso embutidas en la puerta para que nos librasen del ambiente. El cuarto de en medio era el mas espacioso y nos servia de cocina comun á toda la tripulacion. El contiguo á la derecha era nuestro estrado, donde dormia yo con los cabos de la gente, y donde estaban nuestras provisiones mas preciosas, como la pólvora, drogas, licores, libros, instrumentos, &c. Los renglones mas abultados se hacinaron en la tercera pieza, que nos servia de almacen.

Desmantelamos nuestro buque cuanto pudimos, y logramos dejarle bien afijado para

muchos meses en medio de los hielos inmóviles. Colocamos nuestras barcas en un peñascal, y allí formamos un nicho para los perros que tuvieron que albergarse con nosotros luego que empezó el invierno. Durante todo el verano nos afanamos en abastecernos de pescado, que es abundantísimo allí; y le conservábamos, secándolo al sol, ó salándolo, ó depositándolo en la nieve, en la que las carnes conservan su frescura por mucho tiempo, con tal que al deshelarlas no se echen en agua caliente, pues se pudrirían en el acto, sino que se laven en agua fría. A este último medio de conservar tanto el pescado como la caza llamábamos escabeche en Spitzberg.

Cuando no era precisa mi presencia me dedicaba á explorar el interior del país. Observé que los peñascos producen un efecto peregrino; y es que al asomo de una borrasca parecen de fuego por combinarse los rayos del sol con la claridad de la nieve. La cima de las montañas está casi siempre cubierta de nubes; algunos peñascos parecen formados de una sola piedra desde la base hasta la cima, asemejándose á edificios arruinados; otros se

componen de varios trozos enormes, cuya superficie presenta vetas parecidas á las del mármol, salpicadas de rojo, blanco y amarillo. En la parte de estas rocas que está espuesta al Sur y al Oeste crecen yerbas, musgo, una especie de siemprevivas y otras plantas indígenas; al paso que en la parte que mira al Norte y al Este, conserva el viento un frio tan intenso, que destruye toda vegetacion. Las plantas llegan á su desarrollo en poquísimo espacio de tiempo. La tierra debe su feracidad al escremento de las aves que van allí en la primavera y que luego se alejan en busca de regiones cálidas. En el discurso de mis correrías no ví mas que dos rengíferos que tuve la dicha de matar y tanto esta especie de animal como el zorro son de los pocos habitantes de aquellos lugares, contándose igualmente los anfibios que abundan, el becerro marino, y el caballo marino, que se asemeja tanto al caballo de tierra como la ballena al elefante.

Las heladas comienzan á reinar á fines de Setiembre. Estábamos á principios de Octubre, y se helaba la tinta al lado de la lumbre. Las paredes y pilares de nuestra habitacion

## AL POLO DEL NORTE.

187

se escarchaban alcanzando hasta nuestros cobertores aquel aljófar. Todos los licores se helaron, y el aguardiente y el espíritu de vino tomaron la consistencia del aceite helado, y el aceite la del jamon, en términos que se podía cortar por tajadas. El frío fué siempre aumentando hasta principios de Marzo, y era tan violento, que se partian las piedras estallando con estrépito. Algunas veces se cubria el mar de un vapor tan denso como el humo de un horno, que se llama humo de hielo, el cual no es tan frío como el ambiente puro. En el interior de nuestra habitacion era una extrañeza el ver toneles de cerveza demolidos por el frío, y hombres afanados en romper ó aserrar trozos de cerveza helada. La carne estaba empedernida, y aun á veces permanecia helada por el centro, despues de haber estado largo rato en el agua hirviendo. Todos nuestros instrumentos de matemáticas quedaron de tal modo alterados por la condensacion del frío, que nos fué casi imposible hacer uso de ellos, y tuvimos que envolver con pieles los telescopios para evitar que se quebrasen los tubos. Los grandes clavos empleados en la construc-

cion de nuestra morada se angostaron en términos que se podían arrancar sin el menor esfuerzo. Ningun reloj podía andar sin la precaucion de tenerle al lado del fuego, encerrado en una caja guarnecida de lana y cubierta de una piel. Entónces era espuesto el tocar los metales, vidrio ó porcelana, porque podían dichas materias, por efecto singular de la contraccion que produce en ellas el frio, pegarse á la mano sin que fuese posible separarlas sin arrancar la piel.

Nuestros dos gatos, de hermosas pintas, padecían tanto del rigor del frio, que se arribaban á la lumbre hasta el punto de asarse y mucho ántes que hubiese llegado el frio á su mayor estremidad, los lindos matices de sus pieles se habian vuelto blancos. La misma trasformacion acaeció en los perros que se volvieron perfectamente blancos, y estaban de puro débiles aletargados. En el interior de nuestra habitacion solia señalar el termómetro 20 grados bajo cero, y el azogue que espuse al aire en una taza de café, se volvió tan duro que se podía echar al suelo sin que sus partes se separasen. Apenas era suficiente el calor de

## DL POLO DEL NORTE.

189

las estufas y lámparas para mantener la circulación de la sangre. Tal es aquel clima en que, á pesar de todo esto, se ha emprendido formar establecimientos; tan cierto es que la codicia y la ambición arrostran todo peligro. Tomamos todas nuestras disposiciones para precavernos del invierno, que comenzaba á endurecerse mas y mas, y nos divertiamos miéntras en dar caza á las becerras y bueyes marinos y á los osos blancos.

Por Diciembre nos hizo perder el frio dos de nuestros perros, y tuvimos que abrigar con nosotros á los demas, resultando de tal aglomeramiento un desaseo inevitable en nuestra habitacion, y un aire pestífero; y teniendo que romper con frecuencia el hielo que se formaba en la chimenea para no ahogarnos con el humo y la fetidez. No apeteciamos mas que estar junto á la lumbre, pues el calor animal no es allí bastante á mantener la sangre en circulación. Nevó mucho en este mes de Diciembre y quedamos enterrados debajo de la nieve que se alzaba veinte piés sobre nuestra habitacion, atendido el tramo que atravesaban los palos añadidos con que haciamos respirar

la chimenea, y estábamos temerosos de que derritiéndose de pronto aquella nieve, nos inundase; pero esta zozobra quedó desvanecida por el huracan mas horroroso que jamás he presenciado. En un instante dispersó el viento aquellos prodigiosos montones de nieve, llevándose moles enormes con una violencia tal, que las montañas solas en la naturaleza eran capaces de resistir.

El estruendo de esta tempestad que bramaba en todas las direcciones de la atmósfera, se asemejaba al rayo acompañado de torbellinos; nos parecia oír al Océano rodando sobre nuestras cabezas y la tierra que temblaba bajo nuestros piés: á cada momento temíamos ver nuestra techumbre arrebatada por el viento, y encontrarnos á descubierto en nuestro subterráneo, como el pájaro en su nido, cuando el segador corta las espigas que le guarecian. Creíamos que nuestra embarcacion no hubiera podido resistir á semejante cataclismo y quedábamos desahuciados de proseguir nuestros descubrimientos polares. Me causó tal zozobra esta idea que apenas calmó un poco el viento quise ir á la playa, sin reflexionar en el peligro que cor-

ria. El hielo habia cerrado tan bien la puerta, que para abrirla tuve que recurrir á palancas y tenazas. Al salir quedé horrorizado, pues nunca se me presentó vista mas espantosa que la escena de desolacion que reinaba afuera.

Saunders y Douglas salieron conmigo. Hacia un frio tan riguroso, que no nos atreviamos á abrir la boca, y de todas las partes del cuerpo, los ojos solos estaban espuestos al aire. Todo yacia enterrado en la nieve, de suerte que nos hubiera sido imposible distinguir el mar de la tierra si ántes no hubiésemos visto aquellos sitios. Tras largo y penoso ahinco, llegamos á descubrir nuestra embarcacion sepultada en la nieve en el mismo paraje en que la habiamos dejado.

La luna resplandecia en medio del silencio de la noche, y de improviso fué apagada su luz por los fulgores de una aurora boreal. Vimos hácia el Sur una inmensa estension del firmamento teñida de vivísimo encarnado; parecia que toda la constelacion de Orion se bañaba en sangre. Esta luz, inmóvil al principio, mudó luego de lugar y de color; matizóse de azul y violeta, encaramándose despues en cúpula so-

bre nuestras cabezas, delineando arcos en todas direcciones, que parecían otros tantos ropajes, hasta que al fin toda la bóveda celeste se engalanó con su esclarecido cortinaje, de donde surgían manantiales de oro bruñido y de luz, por entre los que flechaban las estrellas sus rayos inflamados. Al ver aquel sublime espectáculo, el alma estaba en raptó tal, que no podía ménos de reconocer en esta magnífica obra la diestra del poderoso Artífice del universo. En un instante todos aquellos fuegos se comprimieron hácia su centro comun y desaparecieron despues hácia el sudoeste del zenit.....

*Luis* (interrumpiendo).—¿Y cuál es la causa de la aurora boreal?

*El abuelo*.—Los sábios no conocen todavía ni la causa ni el origen de este gran meteoro. Sin embargo, algunas observaciones han hecho sospechar que el mismo fluido que produce el trueno, la electricidad, representa un gran papel en su formacion. Cuando una aurora boreal se manifiesta, la aguja imanada de la brújula se agita, aun cuando el fenómeno tenga lugar á grandes distancias del parage en que

se encuentra la aguja. En esto, como en todo lo que se refiere á los fenómenos de la naturaleza, hay diversas opiniones tan curiosas y dignas de atención las unas como las otras. El sol está rodeado de una atmósfera que nos ilumina, y que se extiende algunas veces hasta mas de treinta millones de leguas. Cuando las últimas capas de la atmósfera solar no distan mas de sesenta mil leguas de la tierra, caen entónces hácia nuestro globo en virtud de las leyes de la gravitacion mútua de los cuerpos, y precipitándose en bastante gran cantidad en la atmósfera terrestre la materia luminosa de la atmósfera solar, debe necesariamente causar auroras boreales.

*María.*—¿Y las há habido alguna vez en Méjico, papá?

*El abuelo.*—Sí, hija mia, y he aquí cómo la refiere D. Cárlos María de Bustamante:

“La noche del 14 de Noviembre de 1789 entre ocho y nueve apareció una bellísima aurora boreal por el lado del Norte. Comenzó por unos rayos blanquecinos en forma de escoba, que se fueron estendiendo poco á poco y cargando hácia el Norte y Nordeste, hasta las ocho y me-

dia en que fué su mayor incremento. A esta hora se veía en el horizonte la luz que formaba la basa de un color entre rojo y amarillo, de cuyos extremos se percibía una porcion de circunferencia mas iluminados que el resto del segmento del círculo, que representaba de color rosado oscuro por un humo denso en que parecia estar mezclada la luz. Las circunstancias de haberse visto esta figura circular, la altura en que se manifestó superior á las mas elevadas nubes, el haber comenzado despues de dos horas de puesto el sol en un tiempo sereno y limpio el cielo, y la inclinacion que tuvo hacia el Occidente, hizo creer al pueblo que aquel era un verdadero fuego que bajaba de lo alto para incendiar á esta hermosa ciudad, como el que abrasó á Sodoma y otras cuatro ciudades. La imaginacion de los mejicanos estaba teñida con el horrible espectáculo de los asesinos de Dongo, y la memoria de esta gran maldad aun se recuerda con horror. Predispuestos de este modo á creer lo mas funesto, comenzaron á temblar y huir despavoridos al santuario de Guadalupe, produciendo una consternacion general por todos los ángulos de la ciudad Veian,

## AL POLO DEL NORTE.

195

por otra parte, que en San Agustín se sacó al Santísimo Sacramento y se hacían preces fervorosas en la iglesia; esta circunstancia aumentaba la pavorosa idea, y he aquí que comenzaron á salir despavoridas muchas gentes á implorar auxilio al santuario de Guadalupe: dábanse sendos golpes de pecho; otros, asidos de un Cristo y sin miramiento ni vergüenza, confesaban sus pecados; las mujercillas, empeñadas en adornarse seductoramente, abandonaban los tafanarios postizos con que procuraban seducir á la juventud incauta. La gente sensata, que no era mucha, y que conocía la naturaleza de aquel fenómeno, se divertía más con estas escenas que con la aurora boreal. Luego que entendió el virrey el movimiento del pueblo, destacó piquetes de soldados á la garita que contuviesen los pelotones de gente y la instruyesen de aquel fenómeno, haciéndola revolver; pero esto era querer echar puertas al campo: huían como cabras desbandadas y no escuchaban voz alguna de consuelo. Calmáronse cuando desapareció aquella hermosa luz, y los pecadores penitentes á voz en cuello regresaron á sus casas no ménos mohinos que

avergonzados por haber proclamado fuera de tiempo sus flaquezas; el chasco no era para menos.”

*Angela.*—Papá, díganos usted por qué cayó fuego del cielo que abrasó á Sodoma, y cuál fué el espectáculo de los asesinos de Dongo.

*El abuelo.*—Los abominables crímenes que se cometían en las ciudades de Sodoma y Gomorra habian provocado el enojo de la venganza divina. El Señor envió á dos ángeles para castigarlas. Lot, varon virtuoso, los habia alojado en su casa y los defendió cuanto pudo de los sodomitas que querian hacerles mal. Los ángeles hicieron meter á Lot dentro de la casa é hirieron de ceguedad á los que estaban fuera, de modo que no pudieron dar con la puerta. Entónces le dijeron á Lot que tenían órden del Señor para destruir aquella ciudad, y que saliera de ella con toda su familia por que él habia encontrado gracia ante sus ojos. Lot obedeció, salió de allí y por muchos dias llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del cielo, y no dejó de ellas mas que pavesas. Al salir Lot de la ciudad, le ordenó el ángel que no volviese la cara hácia la tierra

maldita por el Señor; pero la mujer desobedeció esta orden y quedó en el acto convertida en estatua de sal, en justo castigo de su desobediencia. No de sal ordinaria, sino de piedra y cual se saca de los montes, dura como el mármol: ó tambien en un cuerpo muerto, yerto, duro y seco con aquella materia sulfúrea y nítrosa que la Escritura llama sal.

En cuanto al asesinato de Dongo, oigamos de nuevo á D. Cárlos María de Bustamante:

“A las siete y tres cuartos de la mañana del dia 24 de Octubre se dió aviso al alcalde de corte D. Agustin de Emparan que la casa número 13 de la calle de Cordobanes en que habitaba D. Joaquin Dongo, almacenero y labrador rico, se hallaba abierta, y éste muerto en el patio con su lacayo y cochero. Trasladado á dicha casa, y hecho el reconocimiento judicial, no solo se encontró asesinado á Dongo, sino á todos sus familiares, hombres y mujeres, en número de once personas, violentadas las puertas de las cajas de caudales, y se echaron de ménos catorce talegas de á mil pesos que se depositaron en una de ellas, á mas de ocho que existian debajo del mostrador del al-

macen. Tan horroroso suceso obligó al virey á dictar las mas activas providencias para buscar á los reos de estos crímenes horrendos, no solo dentro de Méjico, sino por todo el reino. Cada ciudadano se impuso voluntariamente la obligacion de inquirir quiénes fuesen los agresores. Cierta relojero de la calle de San Francisco, al pasar por la calle de Santa Clara, notó á la sazón que D. Felipe Aldama hablaba con otro hombre, el cual en la cinta del pelo, aunque negra, tenia una mancha de sangre; y no obstante que este era un indicio muy despreciable para presumirle reo de tan atroz delito, haciendo escrúpulo de conciencia, partió á denunciarle al juez de la causa: no se despreciaba entónces ningun aviso por leve é insignificante que fuese, así mandó al punto arrestarle. Sus declaraciones nada producian, pues él probó que en los dias anteriores habia estado en la plaza de gallos, habian muerto en la lid á uno de estos animales, y se le habian pasado por encima de su cabeza destilando sangre, y una gota de ella le habia manchado. Mas como la averiguacion se estendió á saber quiénes eran sus amigos, y con quiénes habia estado en

## AL POLO DEL NORTE.

199

aquellos días, se procedió á prender á D. José Joaquin Blanco y D. Baltasar Quintero. Notóse en éste algunas contradicciones en su declaración, y como se supiese que se acababa de mudar á una accesoria de la calle de la Aguila número 23, por miedo que dijo tenia de que le asaltasen ladrones, el juez mandó que se reconociese dicha accesoria. Esta diligencia dió toda la luz que se buscaba en la averiguacion. En las puertas se hallaron algunos golpes de sable, en las que habian hecho prueba del filo que tenian unos machetes cortos de tierra caliente bien amolados conque perpetraron los delitos, y lo que es mas, levantando las vigas del pavimento se hallaron veintiumil seiscientos pesos entelegados y varias alhajas de oro y plata que luego se depositaron en las cajas reales. Abrumados con el descubrimiento del cuerpo del delito, no pudieron dejar de confesarlo, declarando que Aldama fué el que sedujo á sus compañeros para la perpetracion del robo: éste se mantuvo tenazmente negativo y eludia los cargos con astucia diabólica; de modo que á no verse convicto de todo punto en los careos de sus compañeros y reconocimiento de la san-

que con que tenía manchada su ropa y pañuelo polvero, habría puesto al juez en gran conflicto. Tan horrendos crímenes los cometieron fingiéndose de ronda y dando la voz de la justicia para que se les abriesen las puertas de la casa, en la que entraron á guisa de tigres feroces: asesinaron á cuantas personas encontraron, hombres y mujeres, sin perdonar su saña ni á un perico que habia en la casa. Concluido este destrozo á sangre fria, aguardaron que llegase D. Joaquin Dongo, á quien atacaron en el patio, y luego al cochero, que hizo alguna resistencia con la cuarta, sobre quien descargaron rabiosamente: notóse que todas las heridas las dieron á la cabeza de las víctimas pudiendo decirse con propiedad que ni dieron golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Elevada la causa á plenario, se entregó á los reos para que alegasen en su defensa dentro de un breve término; nada dijeron capaz de excepcionarlos, si no es mostrar la mayor criminalidad de alguno de ellos, cargando el colorido del delito sobre Aldama, seductor de Quintero y Blanco. Efectivamente, era un hombre avezado con el robo y asesi-

nato; habia ejecutado otros dos de antemano, y su perfidia llegó al extremo de prestarse á servir de auxiliar en la Acordada para espedir las cordilleras en persecucion de los reos que se buscaban. Mostrábase muy solícito y afanoso porque se descubriesen los agresores, y no cesaba de invectivar contra ellos. El hizo de cochero para conducir el dinero á la accesoria donde fué depositado. Presentáronse estos malvados al funeral de Dongo, que se celebró en la iglesia de Santo Domingo, y este hecho echó el sello á su reprobacion. En la tarde del 4 de Noviembre se hizo la relacion de la causa en la sala del crimen, no obstante ser dia de años del rey, y se concluyó ya muy entrada la noche. Al mismo tiempo se relató la causa seguida en la Acordada poco tiempo ántes contra Aldama, por el robo y asesinato que habia ejecutado en la persona de un criado de D. José Samper, por robarle dos mil pesos, como en efecto lo verificó. Ejecutado este homicidio, le arrastró y echó el cadáver en una mina vieja; y como se le hubiese dado la denuncia de la existencia de este cadáver en aquel lugar, fué á reconocerle con el carácter

de teniente de justicia, que entónces era de la jurisdiccion de Cuautla de Amilpas. . . . ¡Tanta serenidad tenia este perverso para la ejecucion de los crímenes mas atroces! Apareció tambien por la causa que Blanco habia sido igualmente procesado en la Acordada por cinco robos que habia ejecutado en 1787, en compañía de Juan Aguirre, paisano suyo, en la casa de D. N. Azcoyti, estrayéndole mas de tres mil pesos con ganzúa, y tres robos en Guanajuato, en la casa de Alaman. Quintero fué asimismo procesado por dicho tribunal de ladrones, por queja de un primo suyo que le acusó de haberse robado cuatro mil pesos. Estos tres hombres eran tres veteranos en la iniquidad. El tribunal reunido se dejó ver con todo el esplendor de la justicia. Presidíale el regente de la audiencia; rodeábale muchas guardias que custodiaban á los reos, y un numeroso concurso que lanzaba sobre ellos miradas de horror é indignacion: escuchóse entónces la terrible voz fiscal que ponderó la enormidad de los crímenes y pidió su condigno castigo. Los abogados de los tres reos se ciñeron á pedir que se ejecutasen con la distincion de no-

*bles.* Al siguiente día 5 se votó la causa, y fueron condenados á la pena de garrote, con la circunstancia de salir al patíbulo con ropa talar y gorros negros, en mulas enlutadas. Firmaron la sentencia los señores regente Gamboa, el gobernador de la sala, Chavez, Emparan, Saavedra y Aguirre, hallándose presente el fiscal Hernandez de Alva. El 7 de Noviembre se verificó la ejecucion en un tablado entre la puerta principal de palacio y la cárcel de corte, el cual tenia tres varas de alto, diez de largo y cinco de ancho, todo entapizado y guarnecido de bayetas negras, hasta la escalera, piso y palos: ¡tristes señales de una nobleza gótica española, que recordaba á estos malvados la doble obligacion que tenian de obrar con hidalguía en sus acciones. Presentados en horrible espectáculo y quebrados por el verdugo los machetes y baston con que se presentaron en la casa de Dongo usurpando la voz de la justicia pública, se mantuvieron en el patíbulo hasta las cinco de la tarde, y se llevaron á la cárcel, donde se les amputaron las manos y fijaron con escarpas de fierro en la puerta de la casa de Dongo. El innumerable pueblo que presenció

la ejecucion guardó un silencio pavoroso mezclado de compasion.....”

Pero volvamos á nuestro viajero, á quien por tanto tiempo hemos abandonado.

Observé que entónces, cuando estaba abierta la puerta de nuestra habitacion, introduciéndose el aire exterior, convertia los vapores húmedos de que estaba llena, en copos de nieve que caian en nuestros muebles y vestidos. Habiendo aumentado la violencia del frio, se rajaron los pilares y las vigas, y muchos llegaron á estallar, con alarma nuestra, sucediendo que nuestro pilar principal se partió de arriba á abajo, y tuvimos que ceñirle con fuertes aros de roble. El termómetro de Reaumur señalaba 36 grados bajo cero, y nuestros espíritus de vino se coagularon enteramente. Cualquiera que entónces se hubiera atrevido á salir de nuestra habitacion hubiera espirado en el acto. Tuvimos que tomar todas las precauciones posibles para impedir que el frio hiciese reventar las vasijas que contenian nuestros líquidos, pues de otro modo no hubiéramos conservado ninguno. Guardamos religiosamente la fiesta de Navidad; pero no ob

servé entusiasmo entre mis compañeros, quizá por disminuirse notablemente la animación y el calor vital en aquellas regiones, hasta el grado que un hombre puede beber cada día tres cuartillos de espíritus puros, mezclados con otro tanto de agua, sin emborracharse, y como quien tomase igual cantidad de cerveza común en Inglaterra. Tuve que escribir una parte de la relación de mi viaje con un pincel, porque la tinta se helaba en la pluma.

El día 1.º de Febrero fué quizá el más estremoso. No hacía el más mínimo viento, y estábamos empedernidos con una especie de frío mortal de que es imposible formarse concepto. Ya ántes había sucedido que hacíamos salir un rato á los perros, pero quedaban fuera muy poco tiempo. Deseoso de aprovechar la bonanza, y no previendo el peligro á que los esponía, los solté aquella vez, estándome al extremo de la escalera bien embozado con mis pieles. No estaba tan despejada la luna como solía; pero los fuegos septentrionales eran muy resplandecientes. Al cabo de pocos momentos ví que nuestros seis perros corrían juntos hácia la puerta; cuatro de ellos la

alcanzaron medio muertos, y los otros dos se pararon de repente á algunos pasos de distancia. No sabiendo á qué atribuir esta rareza, y no viéndoles hacer movimiento alguno, corrí prontamente hácia ellos, y los encontré helados de muerte en el verdadero ademan de la carrera. En un instante se apoderó de mí un entorpecimiento á manera de letargo, y tuvieron que meterme, volviéndome Saunders á la vida por medio de un cordial. El termómetro marcaba 40 grados bajo cero.

En el mes de Abril aun señalaba el termómetro 30 grados bajo cero, y hasta el mes de Mayo no vinieron los rayos del sol á iluminar nuestro horizonte. A ménos de haberse hallado en nuestra situación, imposible es formar concepto de los halagüenos impulsos que experimentamos al ver este astro centellante de luz, volver á tomar magestuosamente posesion de los cielos, disipando en un momento las tinieblas en que por tantos meses yaciamos envueltos. Aumentando poco á poco el calor, principió á derretirse la nieve en los puntos elevados y á descubrirse la tierra. Los pája-

ros, que se habian ausentado de aquellos climas, volvieron á visitarlos, y la inmensa extension del Océano empezó á fermentar y á rajarse con espantosos estallidos. Entónces comenzamos los preparativos de nuestra grande empresa.

Dispusimos nuestra embarcacion y provisiones, y el dia 2 de Junio levamos el ancla favorecidos por un buen viento, dirigiéndonos al Noroeste, despidiéndonos de la isla da Spitzberg, y dejando nuestro cobertizo que mas tarde dió abrigo á una espedicion rusa, cuyos elogios mereció. Navegábamos con bastante desahogo por medio de los hielos flotantes, y cuando perdimos la tierra de vista, sopló un viento fresco, levantando enormes oleadas que descargaban sobre la cubierta. Sucediónos muchas veces tener por tierra enormes trozos de hielo que salian inmóviles en forma de promontorios ó cabos, y no era poco nuestro chasco al reconocer el yerro por medio de nuestro telescopio. Cada vez se dificultaba mas la maniobra, pues nos cercaban los hielos; el timon, que requería gran tino, se confió á Douglas, y el resto de la tripulacion trabajaba en

la popa para ensanchar el paso del buque empujando los témpanos con largos palos; estos témpanos, por grandes que sean, ceden al empuje de la embarcación.

El día 10 se separaron los hielos, adelantándonos velozmente al Norte; pero en breve volvimos á vernos rodeados de bajíos. Las fuerzas combinadas del viento, del cabrestante y de los palos, produjeron una violenta compresión en los bajos, y logramos pasar por parajes muy difíciles.

Soplando el viento el 20 con ímpetu, nos entregamos á su impulso y al de las corrientes, llegando hasta los 86 grados de latitud, es decir, á 80 leguas del polo. Por la tarde divisamos tierra, y deseosos de desembarcar en donde nadie había puesto hasta entónces los piés encontramos una isla, á la que llamé del Burgomaestre.

El día 23 nos volvimos á poner en camino, perdiendo de vista la isla. La mudanza de viento nos obligó á amarrarnos en un banco, donde, por un movimiento repentino del hielo pegado, nos encontramos de todo punto encarcelados. Los carámbanos nadantes nos es-

trechaban sobre los bajíos, y viendo que el peligro era inminente, procuramos con gran esfuerzo, y alcanzamos por medio de un trabajo de 36 horas la entrada de un lago en que podríamos estar seguros. Pero una mole inmensa de nieve venia hácia nosotros, amenazándonos con sus picos, y no nos quedaba mas recurso que abrir una cuenca en el hielo; empresa que requirió sumas dificultades que probaban de lo que es capaz el hombre cuando le va en ello la vida. Las sierras de que nos valimos para tajar el hielo tenían 14 piés de largo, 7 de ancho y sus dientes eran de pulgada y media. Nos creíamos ya seguros, cuando las moles descomunales que nos cercaban, moviéndose simultáneamente, estrujaron nuestra embarcacion, haciéndola casi desencuadernarse; de manera que fué preciso reponer, pasado el primer momento, los travesaños de fierro que quedaron rotos. Pero en seguida volvimos á iguales peligros, y en tales sobresaltos anduvimos tres dias. Una vez pudimos deshacer el círculo de témpanos, descargando sobre él una andanada de cañonazos que conmovió horriblemente aquellas soledades, y que se repitió en ecos infinitos y terribles.

El 27 divisamos tierra, y cuando creíamos haber descubierto un nuevo paraíso terrenal, se desvaneció nuestra ilusión, viendo desiertas y estériles regiones enteramente solitarias, y cuyas cadenas de montañas se iban elevando hasta encumbrarse en el horizonte. Embarquéme al punto en una lancha y tomé posesión de aquella tierra, bautizándola con el nombre de Continente Polar. El silencio sumo que reinaba allí hizo tal impresión en un joven de las cercanías de Inglaterra, que se escabulló de entre nosotros y le fuimos á encontrar echado á la orilla de un arroyuelo, en ademan desesperado y deshecho en lágrimas; pretendía quedarse allí á morir, recordando su país y considerando imposible volver á atravesar el círculo de hielos. Le hice llevar entre dos á la embarcación, y para reanimar los ánimos, distribuí doble ración de aguardiente.

Ocho días permanecimos en aquella isla, en la que nos fué imposible avanzar hácia el Norte por entre los hielos. Nos habíamos adelantado ya dos grados mas léjos que todos los navegantes conocidos, distando únicamente unas 60 leguas del polo; y por mas repugnan-

cia que sintiésemos al retroceder, no nos quedaba otro partido que tomar si queríamos conservar nuestras vidas. Toda la tripulación se sintió reanimada al saber tal cosa, y el día 10 de Julio mudamos de rumbo para despedirnos de aquellas regiones inhabitables del Continente Polar.

Reinaba una calma absoluta y teníamos que ir remolcando la embarcación, abriéndonos difícil paso por entre los hielos, hasta el grado que comenzamos á temer si no llegaríamos ni aun á Spitzberg. El 4 de Agosto pasamos por dos llanuras de hielo en que jugaban varios osos; y dimos muerte á uno de ellos, que pesaba 700 libras y cuya carne nos pareció exquisita. El día 10 reconocimos estar cerca de Spitzberg; pero los hielos se estrechaban en torno de nosotros. Los marineros mataron este día un caballo marino, y le prendieron fuego, lo cual presentó el magnífico cuadro de un incendio general que producian los reflejos de la nieve, y atrajo muchos osos al olor del aceite quemado.

El día 12 llegamos al medio de las Siete-Is-las y nos hallamos enteramente cercados de

hielo, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicimos para abrirnos paso, y tomando al fin la desesperada resolución, para no pasar allí el invierno, de dirigirnos en nuestras barcas, ya sobre la nieve arrastrándolas, ó ya en las escasas aguas hasta Spitzberg. Cuando estuvieron cargadas nuestras barcas y trineo con nuestros víveres y efectos preciosos, recomendé á la gente empleara la noche durmiendo para poder ponernos en camino á la madrugada siguiente. A las seis todos estábamos prontos, excepto Douglas á quien fuí á encontrar afeitándose con mucha calma, y con la firme resolución de no separarse del navío mientras tuviera dos tablas juntas.

—No creo que mi suerte sea peor que la vuestra, añadió al fin, pues vais á hacer una peregrina expedición de osos blancos, y yo puedo de un momento á otro sacar el buque de estos obstáculos.

Tres hombres se quedaron con Douglas.

El trineo caminaba con la mayor facilidad; pero tuvimos que arreglar su marcha á la nuestra que era sumamente pausada, pues en seis horas apenas avanzamos una milla. A es-

ta distancia nos paramos á comer estenuados de cansancio, y encendiendo lumbre con la madera flotante que recogimos, íbamos á cocer algunas tajadas de oso y de pescado, cuando nos alcanzaron los compañeros de Douglas trayendo vaca cocida y sopa caliente, con la que nos reanimamos un poco. A las 5 de la tarde el conductor del trineo disparó el mosquete, y hubo alarma creyéndose que íbamos á habérmolas con los osos blancos que andaban cerca; pero era que llegábamos al fin de nuestro viaje, pues el hielo se habia cuarteado allí, de modo que se sumieron los perros del trineo, y fué preciso sacrificarlos cortando los tirantes para salvar aquel, catástrofe que nos consternó. Moviéndose todos aquellos hielos pudo la embarcacion salir del cerco y alcanzarnos con gran alborozo de todos. Caminábamos, sin embargo, de un peligro en otro, y nuestros marineros habian trabajado ya 24 horas como caballos y estaban rendidos de cansancio; pero el Todopoderoso pareció echar sobre nosotros una mirada compasiva, y cambiando el viento vimos roto el hielo por todas partes con terrible estrépito.

El 15 de Agosto, despues de algunas horas de navegacion, perdimos de vista las Siete-Is-las y columbramos con alborozo á Spitzberg. Era muy vistoso el aspecto de los hielos que nos rodeaban entónces; vímos uno que representaba un arco magnífico; otro una iglesia con sus claraboyas, sus columnas y bóvedas; y con algo de ayuda de imaginacion se veian castillos encantados, torres góticas, &c., desterrándose con estos paisajes la tristeza generales. Como á las ocho de la noche oimos un cañonazo que nos anunciaba por primera vez en mucho tiempo, que no éramos los únicos habitantes del globo.

Al dia siguiente por la tarde fondeamos en la bahía del Norte, donde encontramos cuatro balleneros holandeses dispuestos á hacerse á la vela. Todos los demás habian marchado ya hacia un mes: y eso que hay cinco buques destinados á irse quedando uno á uno, despues de la temporada de la pesca, para recoger á los rezagados entre las nieves, cuya institucion filantrópica honra mucho al gobierno holandés.

El dia 24, dos de aquellos barcos se dieron á la vela, advirtiéndonos no nos detuviésemos

mucho tiempo para no ser sorprendidos por los hielos. Hacia tantos meses que no veíamos mas que nubes y hielos, que todo nos parecia encantador ahora en las costas de Spitzberg. Miéntras nuestra tripulacion trabajaba en los preparativos del viaje, hice una correría hasta nuestra antigua habitacion, todo habia sido presa de las llamas! é ignoro si esto se hizo de intento ó por acaso, pero debiamos mirarnos muy felices en no tener ya necesidad de este refugio.

Durante el resto de nuestro viaje de vuelta fuimos acometidos por huracanes y tempestades y no sin una especie de milagro llegamos el dia 5 de Octubre á la boca del Forth, pues estaba el buque de tal manera destrozado y hacia tanta agua, que no hubiera podido resistir del mar 24 horas mas.

Aquí terminó uno de los viajes mas extraordinarios que haya ejecutado el hombre.

No bien habia concluido de leer el anciano, cuando Luis, que hacia ya un gran rato que apenas podia reprimir su impaciencia, le dirigió la palabra en estos términos:

*Luis.*—Papá, como usted nos ha dicho que le preguntemos cuanto se nos ocurra, creo que

no tomará á mal que yo quiera saber si es cierto que durante algunos meses no se pone el sol en las regiones polares, y cuál es la causa de una cosa que á mí me parece tan extraordinaria.

*El abuelo.*—Estoy muy léjos, hijos míos, de recibir mal vuestras preguntas, y voy con mucho gusto á esplicaros lo que deseais saber. Para que os sea mas fácil comprenderme es preciso que os recuerde ántes lo que sin duda habeis aprendido ya en la escuela: que nuestro globo está provisto de dos movimientos; el uno que se ejecuta en derredor del sol en trescientos sesenta y cinco dias y seis horas, el otro que la tierra ejecuta sobre sí misma en veinticuatro horas.

La tierra gira sobre sí misma en veinticuatro horas, como si el globo estuviese atravesado por una larga espiga que se llama el eje de la tierra. Este eje conduce á dos puntos del globo que se llaman los polos. Para distinguirlos, se llama el uno *polo ártico*, y el otro *polo antártico*. Habeis de saber tambien, hijos míos, que el sol no aparece siempre en la misma direccion con relacion á Méjico, por ejem-

plo; pues en estío aparece mas al Norte, y en invierno mas al Mediodía. No es difícil ver que cuando el sol sale en un punto del horizonte mas cercano al Norte, tiene mas camino que hacer en el cielo para ir á ponerse al punto opuesto, que cuando sale y se pone en puntos mas cercanos al Mediodía. En el primer caso sube mas alto que en el segundo. Puesto que tiene mas camino que hacer, debe emplear mas tiempo; así es que en esta época del año los dias son mas largos que las noches: lo contrario sucede cuando nace y se pone en los puntos mas meridionales. Entónces tiene menos camino que hacer, los dias son mas cortos y las noches mas largas. En fin, puesto que los dias aumentan y disminuyen sucesivamente, es fácil concebir que dos veces en el año son iguales á las noches, lo que se llama *equinoccio*. Supongamos ahora que estamos en una de las dos épocas del año en que los dias son iguales á las noches, sea en el equinoccio de la primavera en el mes de Marzo, sea en el equinoccio de otoño en el mes de Setiembre; supongamos tambien que del centro del sol parte una larga espiga de cerca de diez y seis mi-

llones de miríametros, que llega hasta la tierra; la estremidad de esta espiga tocará nuestro globo en un punto que estará á una distancia igual de los dos polos. Al dar la tierra una vuelta sobre sí misma, esta espiga trazará sobre el globo una vasta circunferencia que en todos sus puntos estará necesariamente á igual distancia de los dos polos. Esta circunferencia se llama *ecuador*; divide la esfera terrestre en dos medias esferas ó *hemisferios*: el uno llamado *boreal*, que es el que tiene el polo ártico por vértice; el otro que se llama *austral*, cuyo vértice es el polo antártico. El espacio que se encuentra entre el Ecuador y cada uno de los polos se ha dividido en noventa partes iguales que se han llamado *grados*, de cada uno de los cuales, trazándo círculos paralelos al Ecuador, han resultado líneas llamadas *latitudes* ó *paralelas*.

En la época en que los dias son mas largos que las noches, esa larga espiga de diez y seis millones de miríametros que suponemos partir del centro del sol, se ha alejado del Ecuador, está mas cerca del polo norte. Estando dividido en noventa grados iguales el espacio com-

## AL POLO DEL NORTE.

219

prendido entre el Ecuador y el polo, como os lo acabo de decir, la espiga viene á tocar el globo á cosa de veintitres grados y medio al norte del Ecuador. Girando la tierra sobre sí misma en veinticuatro horas, el extremo de la espiga traza sobre el globo un círculo mas pequeño que el Ecuador, pero que le es paralelo y que se llama el *trópico de Cáncer*. Sin duda sabeis que cuando una bola está delante de una luz, la mitad solamente de esta bola está alumbrada y la otra mitad está en la sombra: ya sabeis tambien lo que se llama los polos de la tierra. Pues bien, fácilmente comprendereis ahora que cuando el sol sale perpendicularmente sobre el Ecuador, su luz se detiene en los dos polos, y que cuando sale perpendicularmente sobre el trópico de Cáncer su luz debe necesariamente avanzar mas allá del polo ártico. Debe avanzar un espacio igual al espacio comprendido entre el trópico y el Ecuador; así es que la luz se detiene á veintitres grados y medio mas allá de aquel polo. Si alumbrá veintitres grados y medio mas allá del polo ártico, es evidente que no puede llegar hasta el polo antártico, y que debe detenerse á veinti-

tres grados y medio mas acá. El polo ártico está seis meses enteros con luz desde el momento en que el sol sale sobre el Ecuador, en el mes de Marzo, hasta el momento en que vuelve á salir en el mismo punto, el mes de Setiembre; está entónces seis meses en la noche, desde el equinoccio de otoño hasta el de la primavera; y sucede lo contrario al polo antártico: este polo tiene seis meses de noche mientras que el polo antártico tiene seis meses de dia, y seis meses de dia mientras que está éste en la noche. ¿Habeis comprendido mi explicacion, hijos mios?

*Luis.*—Sí, papá; pero no sabemos cuál de los dos polos es el del Norte, si el ártico ó el antártico.

*El abuelo.*—El polo ártico; se llama tambien del Norte, Septentrional ó Boreal; y el antártico, del Sur, Meridional ó Austral.

*Angela.*—Papá, ya que es usted tan bueno que nos contesta á todas nuestras preguntas, ¿quiere usted decirnos cuál es la causa de los arco-iris?

*El abuelo.*—De muy buena gana, hija mia. Ese hermoso meteoro en forma de arco de di-

ferentes colores, se ve en el horizonte cuando teniendo uno la espalda vuelta al sol, en el instante en que solo está á una altura de poco menos de cuarenta y dos grados, mira una nube que se deshace en lluvia fina y que está alumbrada por ese astro. Se ven muchas veces dos arcos á la vez, el uno interior y el otro exterior que abraza al primero: se llama al último falso arco-iris porque sus colores son menos vivos y porque están en un orden inverso. Para que se puedan ver dos arco-iris solares basta que la nube sea bastante estensa y bastante espesa. Este arco exterior está formado lo mismo que el arco interior, por los rayos que el sol lanza sobre las gotas de lluvia, y que se quiebran y se reflejan en ellas de manera que cada hilera de las gotas despide á la mirada del espectador los rayos primitivos de diferentes colores, los unos rojos, los otros violetas, y así los demás, segun la especie de que es el rayo, segun el parage en que entra en la gota de agua, y segun la manera con que se quiebra al salir de ella.

*María.*—Estoy pensando, papá, cómo los rengíferos pueden vivir en un país tan frío como el del continente polar.

*El abuelo.*—Hija mia, á cualquiera parte donde volvamos los ojos encontramos una prevision admirable, prueba patente de la inteligencia divina que ha creado todo. En los países mas desgracizados, sea por rigor extremo del frio, sea por la fuerza escesiva de un calor abrumador, se encuentran ventajas felizmente escogidas, y que no pueden ser otra cosa que una compensacion á la miseria del clima. En la Laponia, en medio de los hielos y de las nieves del Norte, el rengífero atraviesa rápidamente los espacios, tirando del trineo de su dueño. Mas útil aún de lo que nos es á nosotros aquí el asno, ese animal tan sóbrio, tan modesto, que presta servicios que nunca se le pueden agradecer lo bastante, el rengífero alimenta al hombre con su leche, le viste con su piel, y su sobriedad, mas notable aun que la del asno se contenta con un poco de musgo, que encuentra debajo de la nieve con un instinto admirable.

*Juan.*—Papá, ahora que me acuerdo, tambien nos leyó usted algo de becerros marinos, díganos usted cómo son.

*El abuelo*,—Oid lo que dice sobre ellos el Buffon de los niños:

“La foca ó becerro marino, es sin duda un animal que ha dado origen á los dioses marinos de los antiguos, y que bajo la pluma mágica de los poetas, se ha convertido en un triton, una sirena, &c. Con efecto, tiene algunas relaciones de semejanza con el hombre; pero no son ni con mucho tan agradables como las que han querido encontrarse entre la muger y la sirena; la foca no canta con tanta melodía que pueda atraer á los navegantes, ni se le conoce bajo este respecto otra ventaja que un lardido ronco cuando goza de todo su vigor, y una especie de maullido cuando es vieja. Su cabeza es redonda como la del hombre, y tambien tenia como éste un cuello que separa la cabeza del cuerpo; pero su hocico es como el de la nutria, casi no tiene orejas, ojos grandes y colocados muy altos, bigotes, dientes de lobo, y la lengua ahorquillada ó hendida. Tiene manos; pero carece de brazos: dichas manos le nacen de los costados, y los dedos armados de uñas, se hallan reunidos por una membrana. Sus piés, que tienen igual conformacion, se ha-

llan al extremo del cuerpo y reunidos á la cola, lo que hace que sean poco útiles para el animal. Sin embargo, ayudándose de la boca y de las manos, avanza y trepa á cualquiera altura; pero de un modo penoso, y como arrastrándose. No tiene la facilidad de arquearse como las culebras: su cuerpo es todo de una pieza como el de los peces, y está abultado por el pecho, angosto á la parte del vientre, sin caderas ni ancas, y sin músculos visibles á la parte de afuera. El becerro marino no se ve precisado como el castor á salir á respirar á la flor del agua, pues vive en el mar sin necesidad de comunicar con lo exterior. Tampoco se halla mal en la tierra, pues se alimenta indiferentemente de yerbas y de peces. Se asegura que es capaz de educacion, que acude á la voz de su amo, que saluda con la cabeza, y que dá otras muchas señales de inteligencia y docilidad. Este animal es muy útil á los groenlandeses, los cuales sacan de él sus vestidos, alimento, y casi todo lo necesario á la vida. Porque en efecto con su piel cubren las tiendas y las canoas, de su grasa hacen aceite para alumbrarse, con sus nérvios

fabrican hilos para coserse la ropa, de sus intestinos, muy adelgazados, forman encerados para las ventanas, y su vejiga les sirve de vasija para poner aceite y otros licores. Secan tambien su carne y la conservan para las épocas en que no pueden cazar ni pescar.”

*Luis.*—No puedo comprender, papá, porqué el frio adelgazó tanto los clavos, y aunque tal vez no viene muy al caso mi pregunta, quisiera que nos lo dijese usted.

*El abuelo.*—El calor tiene la propiedad de aumentar el volúmen de los cuerpos sin aumentar su peso, y el frio tiene precisamente la propiedad contraria. Si se hace enrojecer al fuego una barra de hierro de una vara de longitud, es mas larga y mas gruesa caliente que lo que era fria, y sin embargo su peso no ha aumentado. Si se pone al fuego una olla de agua que no esté enteramente llena, se la ve llenarse á medida que se calienta, y sin embargo no se agrega una sola gota de agua. Si se cierra herméticamente una vejiga medio inflada de aire y se calienta, se infla enteramente, y sin embargo no se le ha introducido nuevo aire. Luego que el calor cesa, el cuerpo re-

cobra su primer volúmen; así es que la barra de fierro se vuelve otra vez de una vara, la olla no está llena hasta derramarse y la vejiga se desinfla y se arruga. Todas estas pequeñas esperiencias, fáciles de hacer, nos prueban lo que os acabo de decir; esto es, que el calor tiene la propiedad de agrandar los cuerpos, y el frio escesimo la de hacerlos mas pequeños.

*Luis.*—Papá, cuando nos habló usted de la aurora boreal nos dijo tambien algo de las agujas imanadas; nosotros las conocemos, pero no sabemos de dónde viene el imán y cuáles son todas sus propiedades.

*El abuelo.*—El nombre de la piedra imán, en francés *aimant*, amante que propende á amar, indica, segun algunos autores, que su principal propiedad es amar el fierro, es decir, atraerle ó adherirse á él. Otros derivan su nombre de la palabra latina *Adamas*, de la que se han servido algunas veces para designarla. Pero en esta última lengua y entre los griegos, el nombre mas usado del imán es *Magnes*, porque se descubrió primeramente en la Magnesia, provincia del Asia menor.

Segun Plinio, Magnes es el nombre del autor del descubrimiento. Era, dice, un pastor del Monte Ida, el cual caminando por esa montaña advirtió que las piedras de imán que en ella se encontraban se adherian á los clavos de sus zapatos y al baston herrado que llevaba en la mano. Esto prueba que los antiguos conocian esta propiedad del imán de atraer el fierro, pero no la que tiene de dirigirse siempre hácia los polos; y se cree que no se vieron brújulas en Europa hasta el siglo trece. Unos atribuyen el honor de esta invencion á Juan Goya, napolitano; otros á Pablo, veneciano, que habiendo aprendido su construccion en la China la llevó á Italia.

Como quiera que sea, ¡qué revolucion no ha hecho en el mundo el descubrimiento de ese oscuro mineral! El imán ha establecido una comunicacion entre las diferentes partes del globo, é hizo conocer el Nuevo-Mundo y un nuevo camino á las Indias.

Además de estas dos propiedades, de las que la primera se llama *atraccion* y la segunda *direccion*, tiene el imán otras tres propiedades no ménos notables: la de trasmidir y comunicar

su virtud al fierro ó al acero que le ha tocado; es la *comunicacion*; la de apartarse mas ó menos de los polos, esa variedad se llama *declinacion*, y en fin, la de un movimiento que le hace inclinar á medida que se aproxima al uno ó al otro polo, lo que se llama *inclinacion*. Todas estas propiedades singulares dependientes de la naturaleza del imán, provienen sin duda del gran sistema de la naturaleza, de alguna propiedad general que es su origen y que hasta ahora nos es desconocida. Se creé que reina en derredor del imán una especie de atmósfera á la que se ha dado el nombre de *materia mognética* y que forma un torbellino en derredor de esta piedra: se descubre sensiblemente ese torbellino por sus dos polos, que tienen efectos contrarios, el uno de atraer, el otro de repeler el fierro.

Se ha hecho créer al pueblo que la bóveda de la mezquita donde está depositado el cuerpo de Mahoma ha sido construida de piedra imán, y que su atahúd, que es de hierro, permanece suspendido en el aire sin ningun apoyo visible. Esta es una fábula, porque la tumba de Mahoma está en tierra en medio de

la mezquita. Una palabra de Plinio ha podido dar margen á este cuento. Este autor dice que Dinocrates, arquitecto de Alejandría, habia comenzado á construir de piedra imán las bóvedas de un templo que uno de los Ptolomeos hacia erigir á su hermana Arsinoe, á fin de hacer aparecer en él suspendida en el aire una estatua de hierro que representase á esta princesa; pero agrega, que ántes que la obra se acabase Ptolomeo y el arquitecto murieron.

Por poco que se reflexione sobre los fenómenos del imán, se conocerá que semejantes empresas deben mirarse como imposibles en la ejecución. No se podría encontrar, en efecto, una cantidad suficiente de piedra imán para sostener un peso tan considerable como el de un sepulcro ó de una estatua de hierro. Y aun suponiendo que se obtuviese una cantidad suficiente, como los imanes tienen mas ó menos fuerza los unos que los otros, y el punto de su mayor atracción está diferentemente colocado, seria imposible llegar á disponer esas piedras en el orden conveniente para la producción del efecto de que se trata, sobre todo, porque los imanes vecinos obran uno sobre otro y

sus partes laterales destruyen ó debilitan sus fuerzas respectivas. Además, si semejante maravilla se hubiera ejecutado alguna vez, habria sido acompañada de una circunstancia demasiado notable para que los autores que han hablado de esas bóvedas de imán hubiesen dejado de hacer mencion de ella. Los imanes no tienen siempre la misma fuerza atractiva; esta virtud varia segun los diversos tiempos, sin que se pueda adivinar á qué debe atribuirse esa variacion. Se habria visto por consiguiente á las estátuas de hierro descender ó elevarse en los templos cuyas bóvedas fuesen de piedra imán, lo que habria sido sin duda mas sorprendente que su suspension simple y continua á la misma altura.



# LA TIA LEONARDA.

## I.

### LOS CUATRO HUERFANOS.

Los cuatro hijos de un rico cultivador de Pau estaban todavía sumergidos en el dolor de la muerte de su padre, cuando al día siguiente de su entierro vieron entrar á su casa una anciana á quien reconocieron inmediatamente por la hermana de su padre.

—¡Ah! ¡buenos días, tia Leonarda! le dijeron los cuatro; sed bien venida, pero llegais demasiado tarde.

—¡Ay! hijos míos, á mi edad de setenta

años cumplidos, no se pueden hacer veinte leguas de una tirada; hace tres días que camino.... En fin, aquí estoy, dijo sentándose; y mirando tristemente á su derredor: ¡Pobre hermano!.... ha partido el primero, me espera allá arriba, y apenas tengo tiempo de llorarle, porque pienso que me reuniré con él muy pronto.

—Desechad esas tristes ideas, dijo el mayor de los muchachos.

—Tanto mas cuanto que mis momentos están contados y que es preciso que me apresure, añadió Leonarda; escuchad.... Marcelo, vuestro padre, se habia casado dos veces, como sabeis, hijos míos. La primera de sus mujeres, Marta, madre de Víctor y de Blanca, era muy rica; la segunda, Cármen, madre de Luis y de Catarina, era muy pobre; vuestro padre no poseia nada; por consiguiente toda la fortuna, las tierras, las alquerías, las vacas, los rebaños, todo pertenece á los dos mayores á los hijos de Marta, á Víctor y á Blanca. Los hijos de Cármen no tienen nada; los papeles que están depositados en casa del escribano probarán lo que digo.... Sin embargo, no he ve-

nido precisamente para deciros esto, todo el mundo y el escribano, no habrían dejado de hacéroslo saber á su tiempo. Este es el objeto de mi viaje: Víctor, Blanca, poseeis una gran fortuna, sois ricos! vuestro otro hermano y vuestra otra hermana no tienen nada; yo os suplico que partais con ellos; pensad que son hijos de vuestro padre.... y que si Dios os ha dado la fortuna, es para hacer un buen uso de ella.... Pero veo que mi moral os fastidia, dijo, advirtiendo que los dos mayores, preocupados con su nueva fortuna, no la escuchaban y que los otros dos, presa de su dolor, tampoco le prestaban atención; yo soy quien tengo la culpa, me callo y solamente os pido un cuarto para descansar hasta mañana.

Los cuatro niños se apresuraron á suscribir al deseo de la tia, la cuidaron muy bien, y al dia siguiente partió igualmente encantada de todos sus sobrinos y sobrinas. Era la hora de ir á los campos. Luis, armado de su podadera, llamó á su hermano.

—¿No vienes? le dijo.

—No, respondió éste; el trabajar se queda

bueno para tí, para ganar el pan que aquí comes; yo soy rico y descanso.

El pobre Luis, conmovido hasta el fondo del corazón al oír esta respuesta, no dijo una palabra y partió para los campos.

En el mismo momento Catarina buscaba á su hermana; encontrándola en la cama le preguntó si estaba enferma.

—No, respondió ésta.

—Entonces, levántate, le dijo Catarina, la lejía está templada, es preciso....

Pero fué interrumpida por Blanca, que con un tono ágrío, repitió:

—¡Es preciso!.... Es preciso hacer los quehaceres sola, Catarina, y economizarme una criada: á los pobres les toca servirles á los ricos, y yo soy rica, ¿lo oís?

Asombrada de ese tono y de ese lenguaje tan nuevo, Catarina parecía clavada en su lugar; no se movía. Su hermana la sacó de esta especie de apatía agregando:

—¡Y bien! ¿qué haceis ahí plantada como un poste de camino real? Vamos, pues, despachaos; quiero teneros en mi casa, pero al menos ganad lo que se gasta en vos.

Catarina se fué derramando ardientes lágrimas.

La tarde de aquel día tuvo una conversación con su hermano, y los dos vinieron á encontrar á los niños ricos.

—Nos es demasiado penoso servir á un hermano y á una hermana, dijo Luis tomando la palabra; todos somos hijos del mismo padre, os dejamos.

—¿Para ir á dónde? preguntaron, es preciso confesar que con mucho interés, Víctor y Blanca.

—A cualquiera otra parte que á tu casa mala hermana, dijo Catarina llorando.

—Como quieras, replicó Blanca; solamente os ruego á los dos que digais en la aldea que vosotros sois los que nos quereis dejar; porque, por nada en el mundo quisiera que los vecinos creyesen que mi hermano y yo habíamos echado de nuestra casa á los hijos de nuestro padre.

—No tengas cuidado, Blanca, dijo Víctor tomando el brazo de su hermana para llevársela, diremos la verdad, que nosotros somos los que hemos querido dejaros.

En el momento en que los hijos de Cármen pasaban la puerta, Víctor tuvo como un remordimiento y gritó á su hermano:

—Luis, haces mal en hacer el orgulloso; yo en tu lugar te serviría.

Despues, viéndole continuar su camino sin volver la cabeza, añadió:

—En todo caso, cuando quieras trabajo, ven á la hacienda y le encontrarás.

Luis y Catarina ni siquiera volvieron la cabeza para manifestar que habian oido. Víctor volvió al lado de su hermana.

## II.

### EL NIÑO, EL PAN Y EL PERRO.

Al dejar la casa de su padre, Luis y Catarina se retiraron á una pequeña cabaña, á orillas de un riachuelo que abundaba en pescados. Luis pescaba é iba á la ciudad á vender su pesca; Catarina hilaba y se ocupaba en los quehaceres interiores. Todo fué bien hasta el invierno: entónces el rio se heló y ya no hubo pescados: el hilo que Catarina hilaba no pudiendo subvenir á las necesidades de aquellos

dos pobres niños, la mayor miseria se apoderó de ellos.

Miéntras tanto volvió la primavera, despues el estío, y en la época de la cosecha un hombre se presentó en casa de los hijos de Cármen.

—He tomado la empresa de las cosechas del país, les dijo, contrato á los segadores, ¿queréis ser de mi banda?

—¡Con mucho gusto! dijeron á la vez Luis y Catarina, encantados de ganar un poco de dinero.

Dicho esto, siguieron al empresario.

Pero cuál fué el asombro de esos pobres niños cuando advirtieron que el campo que iban á segar era el de sus hermanos. Sin embargo, estaban alquilados, y se pusieron al trabajo, Víctor los vió trabajando, fué hácia ellos, y viéndolos vestidos pobremente, les dijo:

—¡Ah! ¡ah! la miseria os ha vuelto á traer á mi casa, yo podria despediros; pero soy buen pariente, podeis trabajar en este campo miéntras haya trabajo en él.

Y corrió á decir á su hermana el encuentro que acababa de tener: ésta no se conmovió de otra manera.

Sin embargo, al día siguiente, á la hora en que los segadores toman su comida, Blanca tuvo deseos de presentarse á los hijos de Cármen con los nuevos vestidos que llevaba desde la muerte de su padre y que habia mandado hacer á la ciudad, porque habia dejado el trage del campo. Se adelantó, pues, vestida de señorita, en compañía de su hermano, hasta debajo de un grueso olmo donde pensaba encontrar á sus hermanos; pero no vió allí mas que á un niño y á un perro. El niño comia una rebanada de pan con mantequilla; el perro, sentado delante de él de tal modo parecia pedirle un pedazo, que Blanca dijo al niño que se le diera, y él se resistió.

—¡Mal haya el gloton que no quiere partir su pan con ese pobre perro! le dijo Blanca.

—¡Ah! ¡Blanca, Blanca! dijo una voz que partia de detrás del olmo; lo que tú dices al niño ¿no se te podria decir á tí que guardas toda la fortuna de tu madre sin querer no dividir sino dar algo de ella á los hijos de tu padre?

Blanca se volvió para ver quién hablaba; vió á la tia Leonarda con un baston en la mano y



*Litog. de Friarte y Ca.*

La Tía Leonarda.

en trage de viaje. Sin dejar tiempo á la jóven para responder, la anciana continuó:

—He llegado por la pradera, y viendo á Luis y á Catarina tan pobremente vestidos, me he informado, y los segadores me han contado todo, la mala conducta de tu hermano y de tí, y el noble orgullo de los hijos de Cármen, que no han querido ser servidores donde habian sido amos; felizmente yo he venido á hacer cambiar la faz de las cosas.

—¿Cómo, tia? dijeron á la vez Víctor y Blanca.

La tia se sentó en el banco donde estaba ya sentada Blanca, y haciendo seña á los hijos de Cármen para que se aproximasen dijo:

—Sabed un gran secreto! la fortuna no venia de Marta sino de Cármen; por consiguiente todo pertenece aquí á los hijos de la última.

—¿Decís la verdad, tia? exclamaron á la vez los cuatro jóvenes.

—Mucha verdad; era una prueba que habia yo querido hacer, respondió la tia; me habia entendido con el escribano para eso, reservándonos restablecer todo á su tiempo. Este ha llegado.... Luis, Catarina, á vuestra

vez, hijos míos, á mandar, á hacer los amos aquí; vamos, Luis, arrójale tu hoz á Víctor y ordénale ir á los campos á tostarse al sol para aumentar tus riquezas; vamos, Catarina, siéntate aquí á la sombra, y manda á tu criada Blanca á preparar tu comida. Haced los amos, hijos míos; sed orgullosos, insolentes, echadlos á vuestra vez, ¡sois ricos!

Pero sin aparentar comprender las últimas palabras de la tía Leonarda, Luis y Catarina cambiaron una mirada entre sí; Luis fué á sentarse á los piés de Blanca, que avergonzada, bajaba los ojos, de los cuales gruesas lágrimas se le escapaban.

—Quédate con nosotros, querida hermana, le dijo, y que no haya aquí ni amo, ni lacayo; sino hermanos y hermanas unidos. ¿Quieres?

Catarina, que se habia deslizado risueña bajo el brazo de Víctor, le dijo al mismo tiempo.

—Hagamos como cuando nuestro padre vivía, Víctor; de una hermosa pera hacia cuatro pedazos, y todos sus hijos eran iguales. ¿Queréis?

—Sois demasiado buenos, respondieron, á la

vez los dos hijos de Marta, no merecemos que obreis así con nosotros; somos malos. Haced lo mismo que nosotros, y hareis bien.

—No lo quiera Dios, gritaron á la vez los hijos de Cármen.

Y Luis añadió vivamente:

—No tenemos mas que un mismo padre, no tengamos mas que una misma fortuna, una misma casa, un mismo campo.

—Viendo esta noble represalia, la tia se puso á llorar:

--¡Ah! Dios mio, dijo casi á su pesar, ¿por qué todo lo que acabo de decir no es cierto?

—¿Qué? exclamaron los hijos de Cármen ¿siempre somos pobres?

--¡Qué! exclamaron los hijos de Marta, siempre somos ricos!

—¡Ay! sí, respondió la anciana.

Entónces la escena cambió; les tocó la vez á los hijos de Marta de abrazar á los hijos de Cármen.

—¡Pues bien! tanto mejor, dijeron; esto nos dá al ménos los medios de volver sobre nuestra mala conducta, y que las palabras de Luis sean sagradas: No hemos tenido mas que un

mismo padre, no tengamos mas que una misma fortuna, una misma casa, un mismo campo.

—Ven, hermana mia, dijo Blanca yendo á tomar la mano de Catarina.

—Ven, hermano mio, dijo Víctor pasando su brazo bajo el de Luis.

—Vamos, tia mia, dijeron los cuatro á la vez, venid á gozar del resultado de vuestro subterfugio.

Desde entónces no se hablaba en la aldea de otra cosa que de la buena armonía y el acuerdo perfecto que reinaba entre los hijos de Marcelo.



LA  
**ESCUELA MILITAR.**

DRAMA EN UN ACTO.

**PERSONAJES.**

El gobernador	}	de la escuela.
El director...		
Eugenio, hijo del gobernador	}	discípulos de la escuela.
Eduardo de Bellecombe...		
Rogero .....		
Teodoro, .....		

La escena se representa en una sala del gobernador.

**ESCENA PRIMERA.**

**EL GOBERNADOR Y EL DIRECTOR.**

*El gobernador*—(Trabajando en su bufete).

*El director*—(Llamando á la puerta y entreabriéndola). Señor gobernador, ¿me permitís que os interrumpa por un momento?

*El gobernador*.—Entrad, señor, pues sabeis que todas mis horas las dedico á los deberes de mi empleo.

*El director*.—Vengo á daros parte de una cosa bastante estraña que pasa en la escuela de algunos dias á esta parte.

*El gobernador.*—¿Qué es, pues? me sobresaltáis.

*El director.*—Señor, tranquilizaos, pues mi relacion debe mas bien inspiraros interés que inquietud. ¿Qué juicio haceis de nuestro último discípulo el jóven Eduardo de Bellecombe?

*El gobernador.*—Todavía no he tenido tiempo de conocerle, pues no hace mas que diez dias que está aquí; todo lo que puedo deciros es, que cuando me le presentaron noté en su fisonomía un carácter de nobleza y de elevacion que me ha prevenido en su favor: ¿será por ventura que sus maestros no estén contentos con él?

*El director.*—No, señor, todo lo contrario, pues todos hacen los mayores elogios de su aplicacion: la esactitud y fuerza de su entendimiento los admira. Ha entrado aquí mas adelantado que la mayor parte de los discípulos despues de tres años de estudios. Solo sus compañeros y yo podemos tener algun motivo de queja de su conducta.

*El gobernador.*—¿Vos, señor! ¿y cómo? Lo siento mucho.

*El director.*—Yo lo siento ménos por mí que por él mismo. No sé lo que pasa en su corazon;

pero es preciso que un profundo sentimiento le ocupa enteramente. He hecho mil esfuerzos para descubrirlo, pero nunca he podido penetrarlo.

*El gobernador.*—¿Podré preguntaros sobre qué se dirigen vuestras reconvenciones?

*El director.*—Señor, sobre esto: Es muy estudioso y nada le distrae de su trabajo; pero en las horas de descanso es serio, sombrío y silencioso en medio de sus condiscípulos. He mandado que le acompañen dos de los mas vivos y alegres para que le diviertan. Se muestra sensible á sus atenciones y aun corresponde á ellas con mucha cortesía; pero todo el juego de sus compañeros no puede animarle. Se opone contra ellos como un banco de nieve. Sí, señor, no señor; y otras palabras de esta clase son todas las respuestas que da á sus preguntas.

*El gobernador.*—Esa melancolía será acaso por la pena que ha experimentado separándose de su familia.

*El director.*—Es lo que me parece mas natural; sin embargo, hace diez dias que se halla en ese estado. ¿Un niño de doce años es acaso susceptible de una impresion tan permanente?

*El gobernador.*—Sí, porque es un niño de un carácter tan grande como lo anuncia su fisonomía.

*El director.*—No importa; si la sensibilidad de esa edad es viva, también es pasajera. Desde que estoy en esta escuela he visto que todos aquellos á quienes la separación de la casa paterna causa las mas vivas pesadumbres, se prestan con la mayor facilidad á los cuidados voluntarios que sus compañeros se toman para distraerles; pero cualquiera que sea el motivo de los sentimientos de Eduardo por sus padres, ¿qué diríais de lo que me queda todavía que decir sobre esta materia?

*El gobernador.*—Avivais mi curiosidad: espero saber de él cosas muy extraordinarias.

*El director.*—¿Creeíais, señor, que todavía no ha querido tomar en sus comidas mas que una poca de sopa y agua? Un delincuente no puede comer ya con mas austeridad que Eduardo.

*El gobernador.*—¿Qué me decís? Ese niño debia haber nacido en Esparta.

*El director.*—Convengo en ello; pero aquí, donde es necesario no afectar singularidad alguna, donde la instrucción de un militar con-

siste en someterse ciegamente á la subordinación general, temo que su ejemplo sea peligroso para los demás. Diez veces he querido obligarle á comer lo que se le presentaba, y no respondia á mis instancias y á mis órdenes sino volviendo hácia mí sus ojos bañados en lágrimas tan tiernas.... (vuelve la cara.) Señor, perdonad, creo que yo también estoy llorando.

*El gobernador.*—Igualmente me siento conmovido con vuestra relacion. Sin embargo, esa desobediencia es culpable y no debe quedar sin castigo. Si persiste en ella, cualquiera que sea el motivo, no puede permanecer en esta casa. El primer fundamento de una escuela militar es la sumision mas esacta á las órdenes y preceptos de los maestros y de los superiores.

*El director.*—Esto era, señor, lo que yo temia y lo que me ha hecho diferir tanto tiempo el daros parte. Esperaba vencer su resistencia; pero le he encontrado tan firme como impene-trable á su corazón.

*El gobernador.*—¿Es posible que en su edad tenga tanto imperio sobre sus sentimientos para librarlos de una vigilancia tan esacta y tan ejercitada como la vuestra?

*El director.*—Es, como me lo decíais poco ántes, un verdadero espartano. Su carácter, aunque sin orgullo y mezclado de dulzura, admira tanto como la precision de sus discursos. Tal es, me atrevo á decirlo, el respeto que inspira su secreto, que se admira uno de su resistencia sin acusarle de obstinacion.

*El gobernador.*—Muy bien, yo mismo quiero sondearle: el retrato que de él me haceis aumenta la grande opinion que tenia formada. Si pudiera ganar su confianza, estoy seguro que ésta me compensaria del trabajo que tendré para conseguirlo.

*El director.*—Las súplicas, las amenazas, la maña, todo ha sido en vano, y así dudo que vuestras tentativas tengan mas suceso, sin embargo de que lo deseo infinito, y por ello os viviré reconocido.

*El gobernador.*—Desde luego quiero informarme de los dos discípulos que le habeis destinado con mas particularidad, pues tal vez me darán algunas luces. ¿Quiénes son?

*El director.*—Rogeró y Teodoro; pero el señor Eugenio, vuestro hijo, quizá os instruirá mejor.

## MILITAR.

249

*El gobernador.*—¿Cómo, tiene confianza con Eduardo?

*El director.*—Mas se confía de Eduardo que de sí mismo. He observado que le examinaba atentamente; ¿pues qué, no os ha hablado todavía de él?

*El gobernador.*—No; pero su discrecion me gusta tanto como su atencion, y aun me anuncia una secreta simpatía por el carácter de ese jóven, que le ha captado la voluntad. Tomaos la molestia de presentármelos.

*El director.*—Quiero mas bien enviároslos, porque tal vez mi presencia les incomodaria, y además estareis con ellos con mas libertad.

*El gobernador.*—Teneis razon. Os agradeceré igualmente que me envieis á Eduardo luego que salgan de aquí.

(Sale el director, y el gobernador le acompaña hasta la puerta.)

## ESCENA II.

EL GOBERNADOR (SOLO).

No sé cómo explicar este misterio. Es muy natural que Eduardo sienta haber dejado á sus

padres, pues un niño de tan bellas disposiciones debía ser muy querido de ellos y recibir muchas pruebas de su ternura. ¡Pero que nada haya podido aliviar su dolor de diez días á esta parte, y en medio de una juventud viva y ardiente, ocupada en buscar medios para distraerle y divertirle! ¡que no quiera tomar otro alimento mas que pan y agua, es lo que no puedo concebir! El servicio de la mesa se hace con aseo y por consiguiente no puede causarle asco; además, él no estaba acostumbrado á una comida delicada. Su padre cuando me le envió me escribió que no era rico y que estaba cargado de una numerosa familia. Mientras mas reflexiones hago, ménos lo entiendo.

(Se pasea silencioso por un rato.)

### ESCENA III.

EL GOBERNADOR, EUGENIO SU HIJO, ROGERO  
Y TEODORO.

*Eugenio.*—Aquí estoy, papá; el señor director me acaba de decir de vuestra parte que viniese con Rogero y Teodoro.

*El gobernador.*—Sí, hijo mio. Me alegraré

de tener un rato de conversacion con estos señores y contigo.

*Rogero y Teodoro.*—Señor, ese es mucho honor para nosotros.

*Eugenio.*—E igualmente para mí, que tambien me sirve de complacencia.

*El gobernador.*—(A Rogero y Teodoro). Me han dicho que no estábais muy contentos con el nuevo compañero que os han dado.

*Rogero.*—Si he de decir la verdad, no es muy alegre ese señorito de.... dime, ¿cómo se llama?....

*Teodoro.*—Nos ha hablado tan poco, que ya no me acuerdo de su nombre.

*Eugenio.*—Eduardo de Bellecombe, señores; y creo que aun es mejor que su nombre.

*Rogero.*—¿Eduardo? en hora buena; pero será Eduardo el mudo.

*Eugenio.*—¡Oh, papá! ¿cómo podeis sufrir que se le injurie?

*El gobernador.*—Señor Rogero, ¿quién os ha dado licencia para poner apodos á vuestros condiscípulos?

*Rogero.*—Pues si no dice tres palabras en dos horas. Si nos hubiera venido de la luna,

no me admiraría, porque allá poco se hablará; ¡tiene un aire tan frío y taciturno! . . . . No desmentirá á su país, no.

*El gobernador.*—¿Pues qué su silencio y su color deben acaso inspiraros aversion?

*Rogero.*—Estoy muy léjos de ser su enemigo; pero supuesto que ni habla, ni es divertido, no podré ser su amigo.

*Teodoro.*—Bien larga es la noche para estar callado, el día es para reirse, hablar y divertirse.

*Rogero.*—¿Pues qué debo yo estar fastidiado porque él lo está?

*Eugenio.*—¡Ah! Eso no es fastidio, es efecto de su pesar.

*Rogero.*—¿Y no hemos hecho todo lo posible para consolarle? Cuantas mas gracias le hacíamos, tanto mas triste se ponía. Finalmente, hemos resuelto no juntarnos con él en nuestras horas de recreo; pero por nuestra desgracia le volvemos á ver á la hora de comer, y hace una figura tal, que quita el hambre á cualquiera.

*El gobernador.*—Pues ¿qué come tan groseramente?

*Rogero.*—Para eso era menester que tuviera muy poca destreza, porque su alimento no se reduce mas que á pan y agua.

*Teodoro.*—Se hace delicado el señorito para hacernos creer que tenia en su casa una comida regalada.

*Eugenio.*—Si creéis que es por vanidad, no le conocéis: el otro dia que el señor director queria servirle un plato bastante apetitoso, yo le observaba, y veia, aunque bajaba su cabeza, que se le caian las lágrimas.

*El gobernador.*—¿Qué dices, hijo mio?

*Rogero.*—Sí, señor, llora algunas veces. Si don Quijote volviera al mundo, seria necesario que los dos se batiesen para saber á quién quedaba el sobrenombre de *Caballero de la triste Figura*.

*El gobernador.*—¿Teneis valor para burlaros de su pena?

*Rogero.*—Sí, señor, porque al fin nos la comunicaria. Es muy molesto verle hacer en la mesa una figura tan ridícula, que quita la gana de comer. Si me habláseis de Teodoro... se nos abre la gana con solo vernos y mirarnos.

*El gobernador.*—¿Con que vosotros no sentiríais que se separase á Eduardo de vuestra mesa?

*Rogero.*—¡Oh, señor! si no deja su tristeza, de muy buena gana.

*Eugenio.*—Pues bien, papá, haced que venga á la mia, que yo me alegraré de tenerle á mi lado y de cuidarle.

*El gobernador.*—Y qué ¿no temes tú su tristeza como estos señores?

*Eugenio.*—Seguramente sentiré mucho verle triste; pero le haré tantas demostraciones de amistad, que tal vez no se tendrá por tan desgraciado, viendo que hay quien se compadece de su pena.

*El gobernador.*—¿Ninguno de vosotros sabe de dónde proviene esa melancolía?

*Rogero.*—¿Para qué saber cosas que nos entristecen?

*El gobernador.*—Y tú, hijo mio, ¿no estás mejor informado?

*Eugenio.*—¡Ay de mí! No, papá; de muy buena gana sabria su secreto para aliviarle si estuviera en mi arbitrio. Tres veces le he suplicado me le diga; pero cuando he visto que

queria sepultarle en su corazón, no me he atrevido á instarle mas. De donde infiero que no me cree bastante amigo suyo para participármele, pero yo soy quien he de ganar su confianza con mis servicios.

*El gobernador.*—Pero ¿por qué no me has hablado de él hasta ahora?

*Eugenio.*—Porque tal vez hubiérais exigido siguiese el modo de vivir de los demás, y le hubiérais reprendido, si no hubiera podido obedeceros. Me habeis permitido el que viva con los discípulos de la escuela, y yo no quiero hacer traición á mis compañeros metiendo chismes; pero cuando suceda alguna cosa laudable, no temais, que yo la diré al instante.

*El gobernador.*—(Abrazando á su hijo). No esperaba menos de tí, querido Eugenio. Tu delicadeza me encanta. (A Rogero y Teodoro). Siento, señores, no poder hacer los mismos elogios de vuestra conducta. Hubiera tenido mucho gusto en que hubiéseis mostrado mas interés por el jóven Eduardo, viéndole triste. Idos, volved á vuestros recreos, que seria lástima interrumpirlos. Si vuestro carácter os preserva de algunas penas, temo mucho

que os impida gustar de los placeres dulces para un corazón noble y generoso.

## ESCENA IV.

EL GOBERNADOR Y EUGENIO.

*El gobernador.*—¡Oh, hijo mio! tú mereces disfrutar esos placeres tan puros y tan interesantes; ¡cuánto me gusta ver en tí esa tierna compasión que muestras por las penas de los desgraciados!

*Eugenio.*—Y qué, ¿cómo podrá uno menos de compadecer á ese pobre Eduardo? Su palidez, su tristeza, todo anuncia que tiene en su corazón un sentimiento violento. ¡Tan jóven y padecer ya! Yo al principio le huía como los demás, y le creía desdeñoso é insolente; pero cuando he visto su constancia, su dulzura y su política, me he ido inclinando poco á poco á él, le he profesado toda mi amistad, y creo que me estimaría yo mucho mas, si pudiera merecer la suya.

*El gobernador.*—¿Y sabes, á pesar de eso que se ha hecho reo de una notable desobediencia?

*Eugenio.*—¿Es decir en la mesa? Verdad es que yo nada comprendo en eso, pero puede ser que crea que un militar debe acostumbrarse á una vida dura, y en todo caso su sobriedad vale mas que la glotonería de los demás, y su ejemplo á nadie pervertirá. Permitidle continúe ese método de vida, supuesto que es de su gusto. Por otra parte, es tan exacto en todas sus obligaciones, y tan aplicado á sus estudios, que es el mas adelantado de nuestra clase en la geografía, matemáticas y dibujo.

*El gobernador.*—Sea en hora buena; pero una conducta que quebranta tan manifiestamente las reglas, no puede excusarse en ninguna circunstancia ni por ningun motivo. Veo que me será forzoso volverle á enviar á sus padres.

*Eugenio.*—¿Qué decís, papá? ¿por una ligera falta, que tal vez merece mas bien elogio que vituperio, echarle de la escuela como á un jóven vicioso? me despedireis, pues, con él.

*El gobernador.*—¿Cómo, Eugenio, de dónde podria nacer un cariño tan particular?

*Eugenio.*—No puedo decíroslo, pero vos mismo lo conoceréis cuando le habléis. Sí, de-

searía que fuera mi hermano, y no sentiría que en breve tiempo le amáseis tanto como á mí.

*El gobernador.*—Muy bien, ahora vendrá aquí, y veré si es digno de inspirar tan vivos sentimientos. Deseo con todo mi corazón que no salgan fallidas tus ideas, y si es así, te prometo.... pero parece que llaman, vete á tu cuarto hasta que te avise.

(Sale Eugenio. El gobernador se levanta y va á abrir la puerta. Eduardo, despues de haber hecho una cortesía, se presenta con un modo noble y respetuoso. El gobernador se sienta y Eduardo se queda en pié.)

## ESCENA V.

### EL GOBERNADOR Y EDUARDO.

*El gobernador.*—¿Sabeis, señor de Bellecombe, para qué quiero hablaros?

*Eduardo.*—Sí, señor, creo haberlo adivinado.

*El gobernador.*—¿Conque es cierto que os desdeñais de la compañía de vuestros camaradas, y que turbais sus placeres con un hu-

mor y una ridiculez sin ejemplo en vuestra edad?

*Eduardo.*—Señor, me atrevo á deciros, con todo el respeto que os debo, que no son esos mis sentimientos ni mi intencion.

*El gobernador.*—Han cuidado de instruiros en las reglas que se deben observar en la mesa, y á las que deben conformarse todos los discípulos, y á pesar de eso no os alimentais mas que de pan y agua.

*Eduardo.*—Es cierto, y nada mas deseo,

*El gobernador.*—El señor director os ha reconvenido, y sin embargo habeis continuado en vuestro modo de vivir.

*Eduardo.*—Sí, señor.

*El gobernador.*—¿Y creeis que eso es haberos conducido bien?

*Eduardo.*—Segun vos, no señor.

*El gobernador.*—¿Conque os es indiferente el que yo tenga de vos buena ó mala opinion?

*Eduardo.*—Lo mismo que el recibir vuestras alabanzas ó vuestros vituperios. Conozco todos los que podeis hacerme con justicia, pues yo mismo tal vez me he hecho otros mas vi-

vos y me ha sido imposible ceder á ellos. Sin embargo, el cielo me es testigo que no soy tan culpado.

*El gobernador.*—Quiero creer que en el fondo de vuestro corazón estais persuadido de vuestra inocencia, y esta firmeza me anuncia que teneis muy buenas razones para justificaros. ¿No teneis alguna que darme?

*Eduardo.*—Ninguna, señor.

*El gobernador.*—Pero debeis saber que la desobediencia es un mal ejemplo, aun cuando tuviéseis motivos que os disculpasen, segun vuestro modo de pensar.

*Eduardo.*—Yo mismo he tenido el honor de decíroslo.

*El gobernador.*—Pues sabed que no se os han tolerado sino con la esperanza de vuestro arrepentimiento.

*Eduardo.*—¡Ah! jamás le tendré.

*El gobernador.*—En fin, mirad que por vuestra terquedad habeis merecido un grave castigo.

*Eduardo.*—Estoy pronto á sufrirle.

*El gobernador.*—¿Y no lo estais para mudar vuestro modo de pensar?

*Eduardo.*—Me es imposible, señor.

*El gobernador.*—Veo con bastante dolor que no puedo permitiros permanecer un momento mas en esta escuela. El rey no quiere jemplos de rebeldía.

*Eduardo.*—¡Qué será, pues de mí, desdichado! ¿quereis que sea una pesada carga para mi familia, un objeto de vergüenza para mí, y de menosprecio para los demás? ¡Oh Dios mio! tú sabes solo si lo he merecido!

*El gobernador* (enternecido).—Si lo habeis merecido.... Eduardo, aun cuando nada me confeseis, decidme, ¿podríais callar vuestro secreto á vuestro padre? Yo he hecho para con vos las funciones de un padre, y vos no quereis ejercer conmigo los deberes de un hijo.

*Eduardo.*—Señor gobernador, si me obligais con esos sentimientos, sois dueño de todo lo que soy. Puedo resistir á vuestras amenazas, pero no á vuestra amistad. Sí, os abriré mi corazon, y en él vereis claramente todo lo que padezco.

*El gobernador.*—¡Acabo al fin de adquirir un hijo!

*Eduardo* (arrojándose á sus brazos).—Pues qué, ¿quereis ser mi segundo padre?

*El gobernador*.—Sí, mi querido Eduardo, no me llameis de otro modo.

*Eduardo* (cogiéndole la mano).—Muy bien, padre mio; tengo otro padre pobre, y tan pobre que no se alimenta mas que con pan y agua; y mi madre, que se está muriendo, no tiene mejor alimento; ni nosotros, cinco hijos que somos, tampoco conocemos otro, despues que hemos dejado el pecho de nuestra madre. ¿Y podria entregarme á la glotonería, cuando mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas no han tenido jamás seguro un pedazo de pan que empapar con sus lágrimas? No, no, mas bien moriré de hambre. Soy Bellecombe, y jamás ha habido de este nombre un hijo indigno de su padre.

*El gobernador*.—Y qué ¿nadie se ha interesado por vuestra familia?

*Eduardo*.—Nadie, señor. Mi padre es pobre despues de haber servido quince años con honor; despues de haber consumido la mayor parte de su hacienda en el servicio, y lo demás

en solicitar inútilmente una pensión. Es de una sangre noble, y nos ve á todos faltos aun de los alimentos de primera necesidad. La víspera de mi partida le oí contar la historia del conde de Ugolino, encerrado en una torre con sus hijos, para morir de hambre en ella, y desde aquel instante la tengo siempre grabada en mi imaginación. Creo oír sin cesar el doble de las campanas, que anuncian la muerte y los funerales de mi padre, de mi madre, hermanos y hermanas. ¡Y quieren que me alegre y divierta, cuando mi corazón está anegado en lágrimas! ¡quieren que yo coma un bocado mejor que el que mi padre ha gustado de tres años á esta parte! Si tuviera la cobardía de hacerlo, no me llamaría Eduardo de Bellecombe. Mientras que mi padre sea desdichado, en cualquier rincón de la tierra en que me vea arrojado, nada me impedirá imitar su pena, y mi dolor será igual al suyo. El cielo vela sobre la tierra, y sobre ese rey que deja morir de hambre á mi padre reina un Dios que nos vengará.

*El gobernador.* -- ¡Qué dices amigo mío? Cree que el príncipe ignora vuestra situación

y que la hubiera suavizado y aliviado si la hubiera sabido. Yo iré á verle, se la haré presente, y contad sobre su justicia, mi querido Eduardo, ¿por qué no haberme confiado desde luego vuestro secreto, y hubierais escusado á vuestra familia diez dias de sufrimientos?

*Eduardo.*—¿Juzgais que siendo yo tan joven hubiera podido evitarlos?

*El gobernador.*—En el dia sois su restaurador y espero que sereis su gloria en la edad del honor. Generoso niño, ¿qué no sea yo vuestro verdadero padre!

*Eduardo.*—Lo mismo que si lo fuéseis por mi agradecimiento y por mi amor. Miradme solamente como á vuestro hijo.

*El gobernador* (apretándole la mano y mirándole con ternura).—¿Hijo mio! ¿Eduardo!....

*Eduardo.*—Sí, soy vuestro hijo, y vos sois el padre de toda mi familia, que por vuestros favores podrá conocer la alegría sobre la tierra. Pero hemos sido tanto tiempo desgraciados, que aun no me atrevo á esperar....

*El gobernador.*—¿Esperar, hijo mio! El dardarlo sería para mí una afrenta. Empeño en ello mi honor y mi empleo. Cuatrocientos escu-

culos de pension para M. de Bellecombe y cien para tí. (Yéndose hácia su despacho). Eduardo, aquí teneis con anticipacion, en nombre del rey, los tres primeros meses.

*Eduardo* (deteniéndole).—¿A mí? ¿acaso yo los necesito? Enviadlos todos á mis padres para que se socorran.

*El gobernador*.—Sí, pero sabrán que vos se los mandais. Mi querido Eduardo. ¿no te alimentarás ya mas de pan y agua?

*Eduardo*.—No, señor, supuesto que mi padre no se verá reducido á ello.

*El gobernador*.—¿Te alegrarás con tus compañeros?

*Eduardo*.—Sí, señor, con tal que mi padre esté contento y alegre con mi madre y mis hermnas.

*El gobernador*.—Muy bien; corre, vé á escribirles, que yo voy á la corte, y hablaré al ministro esta misma mañana.

*Eduardo*.—¡Oh, señor! ¿De qué modo os daria las gracias para satisfacer á mi corazon?

*El gobernador* (sonriéndose).—¡Señor!.... ¿Eduardo, os olvidais ya que sois mi hijo?

*Eduardo* (echándose á sus piés y abrazán-

dolos).—¡Oh padre mio! ¡padre mio! Perdona, que estoy tan fuera de mí, qué....

*El gobernador* (levantándole, le estrecha entre sus brazos, y le lleva con dulzura hacia la puerta).—Vete, vete, déjame solo, que ámbos necesitamos de un momento de reposo.

*Eduardo*.—En breve volveré con mi carta; es necesario que la veais. Padre mio, os suplico no partais sin que os haya abrazado otra vez.

*El gobernador*.—No, hijo mio, no me privaré de este placer. Corre, que te espero.

(Eduardo sale con precipitación).

## ESCENA VI.

### EL GOBERNADOR (SOLO).

¡Oh día el mas feliz de mi vida! ¡qué multitud de interesantes objetos te grabarán para siempre en mi memoria! ¡Un militar valeroso olvidado, á quien voy á hacer recompensar sus distinguidos servicios! ¡Un jóven, de quien puedo formar un hombre para gloria de mi patria! ¡Mi hijo, á quien hallo sensible á la impresion oculta de la virtud y digno del amigo que su corazón ha sabido escoger! ¡Mi prín-

cipe, en fin, á quien le presento un rasgo de heroísmo para que le recompense, y una familia desgraciada para que la socorra! Sí, le conozco, cumplirá la promesa que me he atrevido á hacer en su nombre. Mas bien le volveria yo todo lo que tengo de sus beneficios si las urgencias del Estado no le permitiesen seguir los movimientos de su alma justa y bienhechora.

(Se pasea apresuradamente, y ve entrar al director.)

### ESCENA VII.

#### EL GOBERNADOR Y EL DIRECTOR.

*El gobernador.*—¡Ah señor director! venid á partir conmigo los sentimientos y el júbilo que experimento.

*El director.*—Señor, ¿qué teneis? Os veo tan agitado como á Eduardo. Acaba de pasar corriendo delante de mí, tan contento y tan lleno de gozo, que iba fuera de sí. No me veia ya, no estaba sobre la tierra. Sus ojos, con una celestial alegría, centellaban en medio de sus lágrimas; le llamé, pero ya estaba léjos.

*El gobernador.*—Cuánto me habria alegra-

do de que hubiérais presenciado la escena que ha pasado entre los dos. Es uno de aquellos momentos que no se encuentran dos veces en la vida.

*El director.*—¿Qué, no se frustró vuestra esperanza? ¿le habeis vencido, y sabido su secreto?

*El gobernador.*—¿Cuánto me ha costado el conseguirlo! ¡cuánta pena me causaba atormentarle, y con qué nobleza me resistía! ¡cuánto debe honrarle su desobediencia á los ojos de los hombres!

*El director.*—Yo tenia presentimiento de ello, pero sin poderlo explicar.

*El gobernador.*—¿Quién hubiera podido adivinar un exceso tan generoso de ternura y de constancia? El imponerse esas crueles privaciones, era por no vivir mas feliz que sus padres. Las sobrellevaba léjos de su vista, y sin la esperanza de que pudiesen aliviarlos. ¿Qué juicio haceis de un jóven semejante? ¿qué pensais de un padre que en el seno de la desgracia ha sabido formarle una alma tan grande? ¿Qué dulce satisfaccion para un soberano el tener en sus Estados semejantes virtudes que recom-

pensar! Señor director, me glorío del empleo que se me ha confiado, que es la educación de su noble juventud; pero hay otro que lisonjearía mucho más mi ambición, que es el de darle cuenta de todas las grandes y sobresalientes acciones de sus vasallos, y de contárselas en presencia de su hijo. Creería elevar su trono á una altura de donde pudiese ver todos los hombres honrados de su imperio, y desde donde ellos distinguiesen que aplaudía y fomentaba sus virtudes. De este modo un príncipe sería un dios sobre la tierra, sin las indignas apoteosis de la lisonja.

*El director.*--El nuestro es digno de que le intereseis con un noble entusiasmo en favor de una familia desgraciada.

*El gobernador.*--Serían los primeros infelices dignos de sus beneficios que no hubiera socorrido. He creído poder asegurarlo al joven Eduardo, y ¡cuán sensible y agradecido se ha mostrado! Nos hemos dado los nombres de padre y de hijo, y creo que experimentábamos los verdaderos sentimientos que inspiran estas expresiones.... pero me parece que viene. Entrad en ese cuarto, que en él encontra-

reis á Eugenio, y.... no tardaré en llamaros á los dos.

(Eduardo viene corriendo.)

*El gobernador.*—Sí, él es; ¡qué espresión tan interesante anima su semblante!

### ESCENA VIII.

#### EL GOBERNADOR Y EDUARDO.

*Eduardo* (arrojándose en los brazos del gobernador).—Padre mio, aquí está mi carta; leedla.

*El gobernador.*—No está cerrada, hijo mio, ¿conque quieres que la lea?

*Eduardo.*—¡Si quiero! Leedla, leedla; está llena de vuestra memoria.

(El gobernador lee):

“Papá, mamá, hermanos y hermanas mias, juntaos para oir esta carta. ¡Oh, si pudiera llevarla y leéros la yo mismo! pero ya me considero allá, ya os veo. ¿Por qué llorais? No, ya no os alimentareis mas de pan, de agua y de lágrimas: al fin hay almas generosas en la tierra como en el cielo. No lo creereis; y he aquí, sin embargo, la del gobernador de nues-

tra escuela, que es una de ellas. Sí, papá mio, permitidme que le llame tambien padre como á vos: igualmente es el vuestro y el salvador de todos nosotros. Dice que el rey va á concederos una pension de mil quinientas libras para que nos eduqueis. Pedid á Dios por él, como yo lo hago y lo haré....

(El gobernador interrumpe su lectura y ve á Eduardo de rodillas, con los ojos y los brazos levantados al cielo y bañado el semblante en lágrimas. Se inclina y le levanta.)

—Amigo mio, ¿qué haces?

*Eduardo.*—Estoy ofreciendo mi vida por vos, pues es vuestra.

*El gobernador.*—No, mi querido Eduardo, consévala para desempeñar y llenar á tu patria de acciones honradas y virtuosas. La mia comienza ya á decaer, pero tú puedes prolongarla haciendo su gloria y su alegría.

*Eduardo (con mucho fuego).*—¿Yo, padre mio? ¡Ah, si en mí consistiera! Vamos, hablad, decidme ¿de qué modo?

*El gobernador.*—Por medio de tu amistad para con mi hijo. [Corre hácia á la puerta de su cuarto], Eugenio ven á abrazar á tu hermano.

## ESCENA IX.

EL GOBERNADOR, EL DIRECTOR, EDUARDO  
Y EUGENIO.

*Los dos niños se abrazan mutuamente.*

*El gobernador.*—Eduardo, Eugenio es digno de los sentimientos de amistad que te pido le profeses, pues no ignoras que te amaba antes que yo.

*Eduardo.*—Bastante he conocido que se compadecía de mis trabajos y de mis penas.

*Eugenio.*—¡Ah! pero ya no las padecerás sin que yo tenga parte en ellas, ¿no es verdad, Eduardo? ¿me lo prometes?

*Eduardo* (cogiéndole la mano y presentándola con la suya al gobernador).—Muy bien, Eugenio, confirmemos nuestra amistad en las manos de nuestro padre, y que sea constante hasta la muerte.

*El gobernador.*—Sí, hijos míos, recibo vuestros buenos deseos y los consagro con mi bendición. Amaos; servid á vuestro rey, y morid, si es preciso, por la patria.

FIN.

# UN BENEFICIO

NO SE PIERDE JAMAS.

---

Obligado á trasladarse á Alemania para una mision importante que el ministro le habia confiado, M. de Viarmes rogó á su mujer que fuese á pasar con su hija el tiempo de su ausencia á un castillo que poseia cerca de Tours. La señora de Viarmes accedió con tanto mas gusto á los deseos de su marido, cuanto que pensaba que allí al ménos, léjos del mundo, libre de las visitas importunas á que estaba tan frecuentemente condenada, pero de las que su posicion y las conveniencias no le permitian evitarse, podria consagrar todos sus cuidados á la edu-

cacion de su hija, á la que queria con una ternura enteramente maternal. Por consiguiente, el mismo dia dos sillas de posta salieron de una muy bella casa de la calle Castiglione; la una llevaba á M. de Viarmes á la frontera, la otra conducia á la Turena á la jóven Clementina y á su madre.

El castillo estaba situado en la pendiente de una colina; en medio de un bosque cuya ladera se prolongaba hasta el fondo de un valle delicioso que el Loira baña con sus aguas. Era una mansion encantadora, léjos de toda habitacion. El gorgceo de las aves que por la tarde venian á abrigarse entre el follaje, era lo único que turbaba el silencio de aquellos lugares.

La señora de Viarmes experimentó un encanto inesplicable al entrar en aquella soledad, cuya calma estaba tan en armonía con la situacion de su alma. De todos los criados que tenia en Paris, no quiso llevar mas que á su camarera Zoé.

Clementina no pudo moderar su júbilo al ver esa fresca verdura, esos árboles magestuosos que columpiaban orgullosamente su cabeza sobre las torrecillas del castillo, esas bellas flo-

res de mil formas, de mil colores, las flores que á ella tanto le agradaban y cuyo suave perfume respiraba. Se prometió ser muy juiciosa, muy buena, á fin de recompensar á su madre de la felicidad que iba á disfrutar en aquella risueña morada.

Además de su amor al estudio, Clementina poseía un corazón excelente. El aire vivo y puro del campo hizo desarrollar más esas felices disposiciones. Se la veía, con un libro en la mano, buscar de preferencia los lugares solitarios.

Un día había alargado distraídamente su paseo hasta más allá de la reja del castillo. Seguía un pequeño sendero que costaba la ladera del bosque, cuando un gemido que oyó cerca de ella la sacó de su distracción. Levantó la cabeza y vio á un anciano sentado al pie de un árbol. Sus pálidas facciones, su mirada abatida, llamaron la atención de la niña. Clementina se dirigió á él:

—¿Qué teneis, buen hombre? le preguntó.

—¡Ay! hermosa señorita, le dijo el anciano, hace dos días que estoy sin asilo; no he tomado ningún alimento, he sentido que mis fuerzas

me abandonaban, y me he apoyado contra este árbol, acaso para no volverme á levantar jamás.

—¡Es posible! exclamó Clementina; ¡hace dos dias que no habeis tomado nada? Venid, venid conmigo.

Tendió sus manecitas al anciano para ayudarle á levantarse.

—Apoyaos sobre mi brazo, le dijo, yo os sostendré; no temais nada, soy fuerte.

La linda niña le condujo así hasta la entrada del parque. Allí le hizo sentar en un banco de piedra que tocaba á la reja; despues, ligera como una corza, corrió al encuentro de su madre y le contó lo que habia hecho.

—¡Oh, mamá! agregó con suplicante ademán, ayúdame á socorrerle. Tiene un aspecto tan débil, tan doliente! si se fuese á morir!

La espresion de sus facciones al pronunciar esas palabras revelaba toda la bondad de su corazón. Esta tierna sensibilidad le valió las mas dulces caricias que acaso habia recibido en su vida.

La señora de Viarmes quiso dividir con su hija la felicidad de una accion caritativa; fué á



*Litog de Triarte y Ca*

Un beneficio no se pierde jamás.

la cocina, llenó de caldo una taza y la llevó ella misma al pobre desgraciado.

Los ojos del anciano se animaron á la vista de ese bienaventurado socorro. Cogió con una mano temblorosa la taza que se le presentaba, la llevó á sus labios y la vació.

—Que el cielo derrame sus santas bendiciones sobre vos, dijo, y sobre este ángel de bondad. Sin ella, señora, mañana yo no existía ya: á mi edad son tan crueles las privaciones!

—¿Quién sois, buen hombre? le preguntó la señora de Viarmes.

—Señora, me llamo Gervasio; hacia mas de veinticinco años que trabajaba yo en casa del maestro carretero de la aldea mas próxima de aquí. Hace tres dias que me ha despedido porque pretende que mis fuerzas se acaban y mis miembros no tienen ya el mismo vigor.

--¿Qué edad teneis?

--Ochenta años.

--¿Ochenta años?

—Sí, señora.

—Pero es una barbarie despediros á vuestra edad.

--¡Oh, malvado! exclamó Clementina, si se le echase á él cuando sea viejo.... y si se encontrase á su vez sin asilo y sin pan....

--Buen hombre, dijo la señora de Viarmes, ¿quereis quedaros en el castillo? Yo os daré una ocupacion que vuestra avanzada edad no os impedirá cumplir; no carecereis de nada.

--¡Ah, señora! tanta bondad....

--Venid, venid; seguidme.

La señora de Viarmes condujo al anciano á la habitacion del jardinero, á quien dió en voz baja sus instrucciones.

El padre Gervasio fué instalado en un pabelloncito que se abasteció de objetos útiles y cómodos. Jamás habia sido tan dichoso. Al cabo de algunos dias le volvieron sus fuerzas, se sintió mas alerta, mas robusto.

--Y esa ocupacion, se decia, ¿cuándo vendrá? Paciencia, esperemos, acaso es para mañana.

Entre tanto, la ocupacion no llegaba. Pasaba el dia en pasearse en el parque; á la hora de ponerse el sol, visitaba por todas partes, como si le hubiese estado encomendada la guardia del castillo, despues iba á la reja, cu-

ya llave tenía, la cerraba y volvía á su pabellon.

Una noche, despues de haber terminado su ronda acostumbrada, se habia sentado en el banco de piedra. La noche estaba sombría; el tiempo brumoso; buscaba en su imaginacion en qué podria emplearle la señora de Viarmes, cuando la voz de dos individuos que hablaban por la parte exterior del parque vino á distraerle de sus reflexiones. Presta el oido y escucha este diálogo:

--¿Es en este lugar? decia uno de ellos.

--Sí, respondió el otro; en esta reja.

--Y ese camarada que debe conducirnos, ¿dónde está? Yo no sé el camino.

--Ni yo tampoco. ¿Conoces tú al camarada?

--No, á fe mia; ¿y tú?

--Yo tampoco; pero Rolando le conoce. Nos ha dicho que podiamos fiarnos de él. Es un viejo zorro que sabe de memoria todas las vueltas y revueltas de la localidad y que tiene el medio de introducirnos en la casa.

--¿Pero dónde está? Sin embargo, son las nueve; es la hora convenida.

El padre Gervasio sintió que temblaba al oir

esas palabras; pero vuelve en sí inmediatamente, se levanta y va á la reja:

--Por aquí, por aquí, camaradas, dijo en voz baja.

--¿Quién llama?

--Yo. ¿No es Rolando el que os envía?

--Sí.

--Pues bien; os espero: yo soy el que os debo conducir; venid.

--¿Pero por dónde diablos quieres que pasemos?

--Escalad la pared á la izquierda de la reja; hay por la parte de adentro un banco de piedra que os facilitará el abordaje.

Los individuos no se hicieron repetir la indicacion; saltaron la pared, y hélos ahí en el parque.

—¡Silencio! les dijo Gervasio, el momento no es favorable, el jardinero todavía está en pié, hace su ronda; pero voy á llevaros á un parage donde podreis ocultaros; y cuando él haya vuelto á su habitacion, vendré á avisaros. Lo demás me concierne; dejadme obrar, os respondo de un buen botín.

Pronunciando estas palabras, tomó á la de-

recha, por una calle de carpinos. La oscuridad era profunda. Los dos hombres le siguieron en silencio. A cosa de doscientos pasos de allí, se detuvieron ante una cuevita abovedada, practicada bajo la escalera de un granero de heno.

—Aquí es, les dijo el guía. A propósito ¿teneis armas?

—No, respondió uno de ellos, no venimos mas que para robar.

—Tanto peor, no se sabe lo que puede suceder; pero yo voy á buscáros las. Entrad ahí dentro, y sobre todo no hagais ruido.

Los dos ladrones entraron en la cueva. En el mismo instante Gervasio echó sobre ellos una fuerte puerta de encino que cerró por medio de dos enormes cerrojos colocados por la parte de afuera; volvió á tomar en seguida el camino de la reja, y cinco minutos despues estaba ya bien lejos del parque. Se habria dicho que habia recobrado todo su vigor de otro tiempo segun lo firme y precipitado de sus pasos.

La noche fué tranquila en el castillo.

Al dia siguiente muy de madrugada, Zoé en-

tra precipitadamente á la recámara de su señora.

—Señora, le dice, un oficial de gendarmaría pide hablaros.

—¡Un oficial de gendarmería! responde la señora de Viarmes muy turbada por semejante visita.

—Sí, señora, está en el jardín y os espera. La señora de Viarmes se apresuró á bajar. Clementina la siguió.

—Señora, le dijo el oficial despues de haberla saludado respetuosamente, os pido perdón por haber venido á molestar.

—De ninguna manera, señor.

—Mi presencia nada tiene sin embargo, que deba alarmaros.

—Hablad, señor, os escucho.

—Anoche se han introducido ladrones en vuestro castillo.

—¡Justo cielo! exclamó con espanto la señora de Viarmes.

—Reaseguraos, señora, nada teneis que deplorar. Su complot ha fracasado, gracias á la sangre fria de este buen viejo, agregó desig-

nando al padre Gervasio que se mantenía á cierta distancia.

—¿Será verdad?

—Sí, señora, sin su valor, sin su sangre fría, los miserables habrían probablemente llevado á cabo su culpable designio. Ved, señora, están arrestados.

La señora de Viarmes vió en efecto á los gendarmes que llevaban encadenados á los dos ladrones que Gervasio habia encerrado en la cueva.

Este contó entónces cómo la casualidad le habia hecho descubrir los proyectos de aquellos malhechores, y lo que habia hecho para frustrarlos. Cuando los hubo puesto en un lugar seguro, habia ido á toda prisa á la aldea próxima, á prevenir á los gendarmes, y como estaba cierto de que los ladrones no podian escaparse, habia rogado al oficial que dejase su expedicion para el dia siguiente por la mañana á fin de no turbar el sueño de su escelente señora.

La señora de Viarmes dió muchas gracias al oficial por sus buenos procederes hácia ella.

## 284 UN BENEFICIO NO SE PIERDE JAMÁS.

--En cuanto á vos, buen hombre, dijo á Gervasio, no dejareis ya el castillo, me habeis preservado de un gran peligro, y aunque no fuese mas que para intimidar á los ladrones si se atreviesen á mostrarse otra vez, os quedareis aquí.

--¡Ah! señora, respondió el viejo, mis dias están contados allá arriba, pero los pocos que me quedan os pertenecen. Vos me habeis recogido cuando estaba sin asilo, me habeis alimentado cuando yo no tenia pan, os debo la vida á vos y á esta bella niña; no lo olvidaré jamás.

El honrado viejo Gervasio vivió todavía mucho tiempo; fué bastante feliz para asistir á las bodas de su jóven bienhechora, que se celebraron en el castillo. Murió al año siguiente, tenia noventa y tres años de edad.



## EL MES DE ENERO.

---

El mes de Enero (en latin *Januarius*), deriva su nombre de Jano, el rey mas antiguo de la Italia. Se cree que este príncipe vivia hace mas de tres mil años; hizo felices á los pueblos, y despues de su muerte, esos pueblos, que eran paganos, le colocaron en el número de sus dioses. Los antiguos le representaban con dos caras, queriendo dar á entender con eso que veia por delante y por detrás de sí; es decir, que era bastante instruido para conocer el pasado, y bastante prudente para prever el porvenir. Se le atribuyen muchas invenciones útiles, entre otras, la de las puertas. Los romanos le habian consagrado un templo, que esta-

ba abierto durante la guerra y cerrado durante la paz.

El uso de hacerse pequeños presentes el primer día del año es muy antiguo: existía entre los romanos setecientos años antes de Jesucristo. Entónces, como todavía hoy se acostumbra, se ofrecían recíprocamente votos de felicidad para el año nuevo, agregando los presentes ordinarios de higos, de dátiles y de miel, imágenes de una vida dulce y agradable. Hoy los juguetes de niños, los chochos y las pastillas han reemplazado la miel, los dátiles y los higos.

Se celebra el primero de Enero la fiesta de la Circuncision de nuestro Señor Jesucristo, que no habiendo venido al mundo para infringir la ley sino para cumplirla, quiso someterse á ella. Recibió entónces el nombre de JESUS, que quiere decir SALVADOR.

Los romanos personificaban á este mes con la figura de Jano, y tambien con la de un cónsul que echaba granos de incienso sobre el fuego de un altar consagrado á Jano y á los dioses Lares: un gallo colocado cerca del altar indicaba que el sacrificio se hacia en la maña-

## DE ENERO.

287

na del día primero del año. El mes de Enero, históricamente considerado, no ha sido de los mas fecundos en grandes acontecimientos: notaremos sin embargo algunos de los que durante él han ocurrido en diferentes épocas: las conquistas de Córdoba y de Granada por las armas españolas bajo el mando de San Fernando y de los reyes católicos; el día 28 es notable por haber muerto en él tres soberanos célebres; el emperador Carlo-Magno, Pedro el Grande de Rusia y Enrique VIII de Inglaterra.

En este mes perecieron de muerte violenta los emperadores Calígula, Maximino y Galva; Carlos el Malo de Navarra, Alejandro de Médicis, Carlos duque de Borgoña, el rey de Chipre Pedro I, San Canuto de Dinamarca; Cristiano II, rey de la misma nacion, Luis XVI de Francia; Luis XV, su antecesor, tambien fué herido por Damiens en este mes: murieron además de muerte natural el gran Teodosio, Nerva, Carlos el Calvo, Carlos VII de Francia, Maximiliano I y Fernando el Católico: otros varios hombres célebres por sus hechos de armas han fallecido en Enero, tales

como el mariscal de Luxemburgo, general francés; Morosini, veneciano; Drake, marino inglés, terror de las Américas. En cuanto á hombres sábios pudiéramos citar asimismo á Galileo, Escalígero, Linneo, Muratori y otros.

*El abuelo.* — He querido, hijos míos, que no concluyese el mes de Enero sin haceros, en compendio, una relacion histórica del origen de su nombre y daros una idea de los principales acontecimientos que durante él han sucedido en el mundo. Espero que se os fijarán en la memoria las lecturas que os he hecho, y que los buenos ejemplos que he tratado de presentaros os sirvan de norte en vuestras acciones, y en lo sucesivo procuraré escoger lo mas divertido y al mismo tiempo lo mas á propósito para que la virtud se vaya desarrollando insensiblemente en vuestros corazones. El que obra bien está seguro de ser siempre feliz, porque encuentra en su alma la paz que predicó el Salvador del mundo, y su conciencia tranquila no atormenta, como la del malvado, todos los momentos de su existencia.